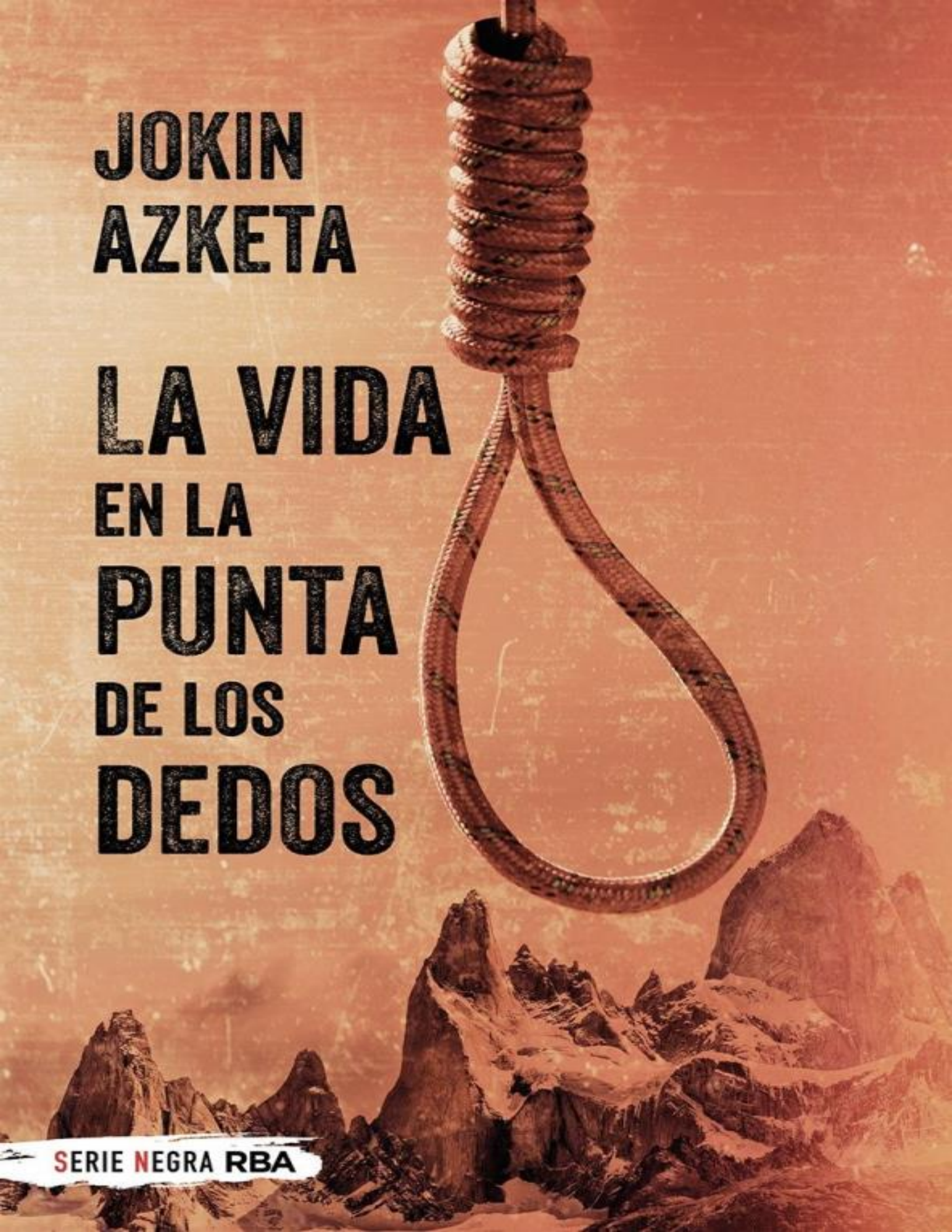
JOKIN AZKETA

LA VIDA EN LA PUNTA DE LOS DEDOS



SERIE NEGRA RBA

LA VIDA EN LA PUNTA DE LOS DEDOS

JOKIN AZKETA

JOKIN
AZKETA

LA VIDA EN LA PUNTA DE LOS DEDOS

RBA

© del texto: Jokin Azketa, 2022.
Autor representado por Marcapáginas Agencia Literaria.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2022.
Avda. Diagonal, 189 – 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: mayo 2022.

REF.: OBDO043
ISBN: 978-84-1132-052-8

EL TALLER DEL LLIBRE • REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

PARA MIS AMIGOS ALICIA, ANTXON Y JUAN,
QUE SIEMPRE ME ACOMPAÑAN

¿Hay alguien que te esté haciendo daño, chiquilla? No tiene por qué ser una mujer, ni tampoco un hombre. Quizá viene a verte algún pájaro que resulta invisible para los demás…

Las brujas de Salem,
ARTHUR MILLER

El crujido de la grava bajo sus pies asusta a unos cuervos que se agitan y revuelven al unísono entre las ramas del árbol que los cobija, revoloteando inquietos como si formaran, todos ellos, parte de un mismo cuerpo negro y palpitante.

Nada más entrar en la habitación, conecta el televisor y, por lo que podría ser un prodigio, aparecen en la pantalla cientos de aves, esta vez muy blancas, chillonas, pendencieras y peligrosas. Los pájaros, otros pájaros.

Mientras tanto, el cielo azul ha desaparecido cediendo terreno al crepúsculo y, a través de la ventana, las luces del letrero luminoso del motel parpadean encendiendo la escena con destellos rojizos.

A este hombre solo ni se le ocurre que alguno de aquellos detalles pueda ser una señal de alarma, y mucho menos aún un mal presagio. Simplemente olvida todo y en pocos minutos cae profundamente dormido. Al día siguiente subirá a un avión. Una prodigiosa máquina metálica que le llevará lejos, cruzando un cielo transparente, una gran masa de luz, y eso era lo único que importaba.

Así fue como transcribí las palabras con las que Jacob Anderson, a quien presentaré más tarde, empezó a contarme lo que sucedió durante aquellos días trágicos y desquiciados cuando, algún tiempo después, solicité visitarle en la cárcel. Ya desde esos primeros momentos supe que mi novela debía comenzar en ese instante, mientras escuchaba la voz de aquel chico y yo, sentado frente a él, asentía sin dejar de escribir en mi cuaderno.

Pero, en realidad, para mí todo había comenzado ya algunas semanas antes, cuando en la cuarta o quinta página de un diario encontré una foto que, por algún motivo, me llamó la atención. En ella, había dos jóvenes posando delante de una casa que se caía a pedazos, un lugar sin duda muy humilde, frente a la que ellos

aparecían risueños y luciendo sus caras hermosas. Sin saber aún qué tenían que ver con la noticia, me fijé en el pie de foto: «Inexplicables e inquietantes desapariciones en una aldea de la Patagonia». Desde que los vi, pensé en ellos como en los dos grandes personajes que soportan todo el peso de la trama y a los que los lectores, aun con el paso de los años, no consiguen olvidar fácilmente. Aunque también reconoceré que, a lo largo de la novela, en algunos momentos, su importancia se vio disminuida.

Lo sucedido en aquel pueblo era demasiado siniestro, demasiado terrible, como para no resultar profundamente atractivo para un escritor como yo.

Volví a fijarme en aquellos chicos con detenimiento. Él era fornido y grandote, estuve un buen rato dándole vueltas y al final caí a quién me recordaba. Era como Burt Lancaster en *El nadador*, aunque mucho más joven que el actor cuando rodó la película. Miraba a la cámara de una manera franca e inocente, puede que hasta ingenua, con una cara rebosante de vida y todavía de esperanza. Ella era más baja y esbelta, llevaba un vestido blanco que parecía algo sucio, aunque puede que en realidad se tratara de algunas manchas que había en la foto o en el mismo diario que yo leía. Tenía el pelo muy negro y largo, desordenado por el viento, aunque en la imagen aparecía detenido y atrapando todo el brillo de la luz del sol.

Al igual que el chico, miraba fijamente al fotógrafo desconocido, sonriendo levemente y con unos grandes ojos del color de la brea. Sin embargo, había algo, una sombra apenas perceptible, que recorría su cara dejando una sospecha acerca de su expresión alegre y que invitaba a creer que se trataba de una mujer muy bella pero, sobre todo, muy triste.

Me era imposible no pensar en lo que estaba sucediendo en aquel pequeño pueblo extraño y fascinante del que también hablaré más tarde. Por el momento, no conseguía quitarme de la cabeza que, en un lugar tan apartado como aquel, entre tantas brumas y al abrigo de los Andes, bien podían suceder muchas cosas.

Y aunque llevaba años preguntándome si viajar servía para algo, todavía me gustaba hacer el equipaje y conservaba algo de la antigua emoción por cambiar de lugares y de gente, pero, sobre todo, por explorar una historia que me permitiera volver a escribir.

Aún sin abandonar mi casa, empecé por consultar qué información circulaba ya por la red. Hasta hacía muy poco tiempo El Chaltén había sido un lugar a trasmano y conocido casi solamente por alpinistas o por los propios colonos, pero ahora decenas de autobuses surcaban las pistas que lo unían con El Calafate. Tantos que, en gran parte, el ripio había sido sustituido por asfalto para que pudieran acercarse hasta allí todos los turistas ansiosos por grabarse con sus móviles a los pies del Fitz Roy, una, otra, montaña mágica.

Esto era parte de lo que leí, pero, en realidad, antes de ir pude ver en Internet solo una foto. Un atardecer asombroso con el sol hundiéndose tras la barrera de los Andes y el brillo de varios cientos de lucecitas encendiéndose casi al mismo tiempo. En esa imagen, el pueblo parecía mayor de lo que es.

Después, tecleé en el buscador sucesivamente «desapariciones en los Andes», «extrañas desapariciones en los Andes argentinos» y, por último, «el enigma de El Chaltén» y las tres me condujeron a una rueda de prensa que pude ver completa en YouTube. En la parte de arriba de la pantalla y destacando en letras blancas sobre un fondo rojo se podía leer «Niñas desaparecidas en la Patagonia» y, al pie, «Don Jesús Acosta López, intendente de la Municipalidad de El Chaltén». En la imagen aparecía un hombre ancho de espaldas, no muy alto pero sí voluminoso, al que le sobraban unos cuantos kilos y con pelo casi plateado que empezaba a escasear. Rodeado por una auténtica nube de micrófonos y por el estallido continuo de los *flashes*, parecía satisfecho mientras respondía a los periodistas con un estilo, para mi gusto, demasiado teatral.

Se daba mucha importancia y parecía tomarse a sí mismo muy en serio mientras hablaba. «Durante los días pasados fueron detectadas muy cerca del pueblo las huellas de un puma. Por lo que afirmaron los expertos, se trataba de un adulto de buen tamaño y, aunque me tiembla la voz con solo decirlo, la presencia de este

animal coincide con la desaparición de la primera de las niñas. Organicé una gran batida, en la que participó prácticamente todo el pueblo, pero no se encontró nada, ni rastro de la niña ni del animal. Sin embargo, sus huellas volvieron a ser vistas algunos pocos días más tarde, justo cuando desapareció Rosita Quiroga».

El alcalde tuvo que contener, gesticulando con las manos, la gran avalancha de preguntas de los periodistas y, cuando todos hubieron callado, continuó con igual solemnidad. «No olviden que vivimos en un lugar salvaje, donde la naturaleza nos regala belleza, pero impone sus reglas. Nosotros solo somos pobres visitantes, pero es la vida la que reina».

Pensé, mientras le escuchaba sentado frente a mi ordenador, en aquel pequeño pueblo invadido por furgonetas con antenas parabólicas, por automóviles con las puertas pintadas con los anagramas de radios o periódicos. Puede que incluso algún helicóptero desplazado hasta allí al olor de la tragedia, decenas de periodistas corriendo de un lado para otro con cámaras y micrófonos, una gran histeria ante cualquier anuncio de la aparición de una nueva noticia…

Lo que decía el alcalde, en cualquier caso, más que un resumen de los hechos me sonaba a un anuncio, a una invitación para conocer una forma casi virgen de naturaleza pura a la que los turistas del mundo entero, pero sobre todo los que dispusieran de una buena cantidad de dinero, no se podían negar… En descargo de aquel pobre hombre solo se me ocurría que esa rueda de prensa había sido celebrada muchos días atrás, cuando aún nadie sabía nada, salvo que los sucesos resultaban profundamente inquietantes, aunque ningún habitante del pueblo quería pensar en crímenes y menos en crímenes tan terribles.

Yo también lo ignoraba todo, pero desde que escuché al alcalde me costó culpar a un animal valiente, solitario y hambriento, que merodea sigiloso entre las casas del pueblo a la hora en que cae la luz. Algo no me cuadraba cada vez que quería imaginarme a un puma pegándose al suelo con todos los músculos tensos, dispuesto a saltar sobre algo que todavía no ve, pero que su olfato le dice que

anda cerca. Un felino extraordinario que de vez en cuando gruñe, haciendo que los perros huyan aterrados escondiendo el rabo entre las patas…

Para cuando llegué a El Chaltén, todos, para nuestra desgracia, ya sabíamos mucho más. Hacía doce días que Carmencita, la hija de los Gaviria, había aparecido. Mejor dicho, habían pasado doce días desde que había sido encontrado su cadáver. Aún no había cumplido los once años. Seis días más tarde, sucedió lo mismo con Rosa Quiroga. De doce.

Fue entonces cuando se ocultó el sol y con él desaparecieron los lugares en los que la vida mece sus tesoros.

Ante los ojos de los moradores del pueblo una neblina lo cubrió todo y, a su paso, solo quedaron los sepulcros, el llanto y las plegarias. Al principio bendecidos por la lluvia; después, arrastrados por la furia del viento.

Todos sin excepción estaban horrorizados; tanto que, si alguien caminaba a solas por la calle y ya oscurecía, era poco menos que imposible que no imaginara cosas… En cada casa iba calando la idea de que aquel lugar hermoso parecía estar maldito y se estaba volviendo peligroso.

Mi primera impresión, nada más bajarme del coche, fue la de haber llegado a un sitio sumido en una calma escalofriante, pero también muy especial. Hay lugares en el mundo que pueden recorrerse decenas de veces a lo largo de muchos viajes y casi nunca se recuerdan. El Chaltén, por el contrario, solo con haberlo visto una vez ya no se olvida nunca.

Los enviados de los distintos canales de televisión, de las radios y los periódicos habían abandonado hacía días la pequeña población, conforme la intensidad de la noticia fue disminuyendo. En su desbandada, habían dejado unas calles vacías por las que no pasaba ni un alma y en las que solo pude distinguir a unos perros tirados en el suelo a resguardo del viento, que apenas se movían, y todo lo más, perezosos o indecisos, se levantaban para volver a tumbarse un poco más allá.

A cambio, los últimos rayos de sol doraban las cumbres. Las torres que venía viendo desde muy lejos, desde las orillas del lago Viedma, como si fueran una alucinación mística, destacaban ahora como vigías en el cielo azul y parecían estar tan próximas, tan presentes y ser tan reales como si en cualquier momento me fueran a caer encima.

El perfil de estas montañas afiladas es uno de los mejores del mundo, tanto, que acaba por influir en los sucesos y, a menudo, deja las palabras sin sentido y fuera de lugar. No puede haber nada tan mágico, ni tan blanco, como los hongos de nieve que a menudo las coronan y que han quedado detenidos de manera imposible en la cúspide de aquellas agujas.

Y como contrapunto está el llano, en el que abundan árboles duros y retorcidos como las lengas, entre los cuales es fácil distinguir a los guanacos, que con sus cabezas erguidas parecen estar más perplejos que intrigados por el hombre. Si alguien consigue acercarse, permanecen unos instantes inmóviles, con sus ojitos fijos en el intruso, y después, como si recibieran una señal, salen en estampida aterrados… Resulta más difícil contemplar a los huemules, que frecuentan las mismas zonas y se alimentan de las hojas de los notros, pero son mucho más escurridizos.

Me pregunté qué papel desempeña la belleza en nuestras vidas si la razón de que yo esté aquí es que esta tierra alberga las sepulturas de unas niñas muy jóvenes, tanto, que apenas habían empezado a vivir.

Al final de la tarde de mi primer día, empezó a soplar un viento terrible que por la fuerza de la costumbre a ninguno pareció extrañar. Nadie sabía qué sucedería después y todos aguardaban con el corazón encogido. El tiempo transcurría lentamente y la espera terminaba por convertirse en una maldición.

Ante mis ojos se extendía una tierra magnífica y grandiosa. Un vasto territorio lleno de preguntas y sin una sola respuesta.

¿Por qué dos niñas?

¿Por qué no dos chicos de la misma edad o incluso dos adultos?

¿Qué nos está queriendo decir el asesino?

Cuando salí de mi hotel, en la puerta ya me esperaba el alcalde del pueblo, cumpliendo puntual con la cita convenida. Caminamos despacio por una calle larguísima y desierta. Desde el principio nos entendimos mal y todo lo que oí de su boca me invitó a desconfiar de él, que a su vez también se mostró como un hombre receloso.

Tenía buenas maneras, era educado y su aspecto era el que mostraba la televisión, no engañaba. Desde el principio fingió hacer todo lo posible por ayudarme y procuró, eso sí que con sinceridad, agradarme. Pero ni hablábamos en el mismo lenguaje ni pensábamos de la misma forma. Parecía una buena persona, un ser vivo decente, pero la realidad demostraba que, simplemente, no era muy listo.

—Es un honor recibirle, *mister* Scarf —me dijo mientras nos estrechábamos las manos—. No todos los días se acerca hasta nuestro pueblo un escritor tan famoso… No sé si sabrá, usted que escribe acerca de las montañas, que aquí en El Chaltén tenemos una de nuestras calles dedicada a Lionel Terray, el gran alpinista.

—Pues no —le respondí—, no lo sabía, pero me alegro. Qué mejor sitio que este, a los pies del Fitz Roy, para recordarle…

—Por cierto, esto es una curiosidad, ¿cómo es que habla tan bien en castellano? No creo que en Inglaterra haya podido aprenderlo sin que un solo acento le delate…

—Mi madre era española —le contesté—. Mi segundo apellido es Villa y desde muy chico pasé todos los veranos en un pequeño pueblo muy cerca de Salamanca.

—Ah, claro, eso lo explica todo…

Durante unos instantes pareció quedar satisfecho.

—Y con respecto a *Sin Alma*, aquel libro que le dio tanto éxito —me dijo cambiando bruscamente de tema y sin que yo le hubiera pedido su opinión—, me pareció que un hombre como el que describe solo puede existir en una novela… En el fondo nadie llega a ser tan perverso…

—Le recuerdo, don Jesús, que se trata de un personaje real, no de ficción, y que mi libro no es una novela, sino el resultado de una

larga investigación. Esas cosas pasan, la gente malvada existe de verdad. Es triste, pero es así.

—Ya, ya, *mister* Scarf, me refiero —y se entretuvo buscando las palabras precisas—, me refiero a que no me gustaría que viniera aquí solo buscando una historia extraña que le venga bien para escribir un buen libro… Aquí trabajamos duro para sacar a nuestra comunidad adelante, poco a poco conseguimos que cada vez nos visiten más turistas. El Cerro Torre, pero sobre todo el Fitz Roy, son nuestros tesoros y vienen de todo el mundo para verlos… No estaría bien contar solamente lo malo, empezar a hablar así como así de desapariciones, seguro que me entiende…

Yo comprendía su interés y sus ganas de escurrir el bulto. Me parecía lógico que no quisiera que los sucesos fueran una mancha vergonzosa para el pueblo y que a cada paso hiciera lo posible por restarles importancia.

—Tal y como usted lo emplea, el término *desapariciones* suena tan ambiguo que puede significar tanto que alguien ha muerto a causa de una enfermedad como que ha sido obligado a ausentarse. Tendrá que ser más preciso.

—Bueno, *mister* Scarf, es que en realidad aún no sabemos nada de lo sucedido. Todo a su debido tiempo. La policía está investigando y prefiero dejar que hagan su trabajo, luego ya veremos…

—Me temo, señor alcalde, que, desgraciadamente, se trata de algo más que de unas niñas del pueblo extraviadas en el bosque. Lo que ha sucedido, y eso no hay que olvidarlo, es que Carmen Gaviria y Rosa Quiroga han aparecido en las afueras, colgada cada una de un árbol, con unos pocos días de diferencia. Y dos niñas ahorcadas no son un triste suceso ni tampoco una casualidad, sino unos crímenes horrendos. Me parece que es inútil esconder la realidad. Lamento decirlo, pero la muerte nos ronda, aunque usted parezca empeñado en no verla.

—Lo sé, lo sé —me dijo sin perder su calma fría—, y es terrible, pero en todas partes pasan cosas, siempre, es la desgracia del género humano. Fíjese, aquí mismo, cuando Terray y Magnone escalaron por primera vez el Fitz Roy, murió Poincenot, uno de sus

compañeros de expedición. Es algo que sucedió en el año cincuenta y dos y sin embargo los rumores aún corren por ahí… Unos dicen que se ahogó cruzando un río, otros que recibió un tiro de un marido celoso. ¿Quién sabe qué sucedió en realidad? Pero, aun así, los turistas y los montañeros siguen acercándose a nuestro pueblo. Tenemos algunas de las montañas más espléndidas de la Tierra que les llaman para que vengan a verlas. Y le repito que nuestra gente ha construido todo esto con mucho empeño y grandes sacrificios, no creo que vayan a permitir que cualquiera mande todo al traste así como así. No lo estropeemos, eso es todo lo que le pido, *mister* Scarf…

Volví a tenderle la mano como cuando nos encontramos.

—Seguiremos hablando, señor alcalde, ha sido un placer conocerle y le prometo que voy a contar la verdad. Estoy seguro de que eso será lo mejor para todos. Yo solo quiero saber qué es lo que pasó a los pies de estas piedras gigantescas, no tengo intención de perturbar el pasado ni de malograr el futuro.

—Eso que usted llama la verdad no siempre es fácil de encontrar ni significa lo mismo para todos. Aquí, *mister* Scarf —me dijo sin soltarme la mano y mirándome fijamente—, el viento sopla cualquier día a una velocidad endiablada y nos susurra palabras al oído. Entonces, los perros, que parecían estar muertos, no paran de aullar estirando mucho el cuello, las cosas se mueven de su sitio y caen, y, a veces, nos volvemos un poco locos. El viento es lo único verdadero. Piense si no será el culpable de todo lo que pasa… —Y dejó la frase colgando, sin interés por terminarla—. Le deseo mucho éxito —siguió al cabo de unos instantes sin dejar de mirarme—, pero no me gustaría que uno de sus libros superventas sirviera para hundir a este pueblo y a todos los que vivimos aquí. Así es que procure no hacer promesas sin saber si va a ser capaz de cumplirlas.

En estas últimas frases don Jesús había ido endureciendo el tono. Subí a mi habitación sintiendo todavía sus ojos clavados en los míos y una inquietud creciente. Pensé en lo que me había dicho el intendente acerca de Poincenot. Esta es una esquina del mundo muy bella pero que esconde entre sus montañas grandes secretos… Me

acordé de Cesare Maestri y sus ascensiones nunca probadas al Cerro Torre, de Toni Egger, del compresor y de tantas y tantas preguntas que tardaron años en encontrar respuesta y que tal vez, en su día, fueron algunos de los grandes enigmas de la historia del alpinismo. Habían pasado los años, pero entre montañeros se seguía hablando de aquellas escaladas como de un acontecimiento reciente.

«¿Cómo un pobre hombre como yo podía pretender saber algo de semejante tragedia como la que está sucediendo en El Chaltén?», me pregunté. Uno, a solas consigo mismo, enfrentado al espejo y a la realidad, es siempre un poco ridículo. Para ser mi primera noche, iba a costarme dormir…

La mañana del día siguiente empezó bien, con una atmósfera limpia y el cielo azul más deslumbrante que yo hubiera visto nunca. Un día espléndido que invitaba a caminar, algo tan simple que siempre me lleva al optimismo.

Al final de la tarde tenía una cita con el jefe de la policía, así que aproveché el tiempo para conocer los alrededores. Siguiendo el mapa, tomé la ladera que asciende en dirección oeste, hasta que El Chaltén quedó muy abajo. Entre los Andes y el llano abierto culebreaba el río de las Vueltas, abriéndose paso entre orillas de arena blanca que refulgían en la distancia. Más allá imaginaba una llanura reseca de suelo duro y matorrales repletos de espinas, extendiéndose hasta el infinito como un soberbio desierto.

Al rato, cuando alcancé el mirador Maestri, hice un alto prolongado y me encontré frente al Cerro Torre y a los paredones asombrosos que el sol empezaba a iluminar. Unos dedos surgidos desde las entrañas de la Tierra como llamaradas, impulsados por una fuerza descomunal y que ahora, petrificados, aparecen rodeados por el laberinto del glaciar Grande. Un espejo resquebrajado, un mar en el que el hielo se disputa el espacio con las rocas, tapizado por siglos y siglos de nieve y agrietado por profundas hendiduras.

La panorámica me recompensó con la visión de uno de los últimos trozos de tierra limpia, sagrada, hermosa y frágil como un cristal. Lo que veía no eran sino enormes formas de belleza con el

horizonte ocupado por el perfil dentado y anguloso de la espalda de un dragón. Un animal soberbio, al que admirar temerosos, pero fantástico e irreal. Una visión lisérgica de este lugar que parece imposible por su belleza.

Durante toda mi vida recordaré el momento en el que vi este escenario, sin embargo, nunca sabré cuándo me encontré por vez primera frente al mar… Debió de impresionarme menos… ¿Existen realmente estas montañas? ¿O son solo el reflejo de los rayos del sol entre la nieve y el cielo?

De tanto en tanto, una gran sombra cruzaba por encima de mí y al levantar la cabeza veía cóndores enormes planeando con las alas extendidas y que, a su paso, fugazmente, cubrían el sol. Con cada cambio de luz, el paisaje iba mutando, corrigiéndose a sí mismo con nuevos colores.

No es fácil comprender este terreno, pero sí admirarlo, así que me limité a contemplar el paisaje y, frente a aquellas agujas, me encomendé a la perfección extraña de sus cumbres, rogándoles que me libraran de la ceguera y que, ya que me encontraba ante hechos espeluznantes, me hicieran capaz de ver y de comprender, de entender y no juzgar, de escribir sin perder de vista la verdad esquiva que encierran todas las cosas… Aquellas murallas de granito traían hasta mí el eco de los lamentos, las llamadas de socorro y los gritos angustiados. Casi todo en la vida es un adiós, pasamos el tiempo despidiendo a muertos, viendo morir a otros, pero ese día el dolor era mayor porque había a nuestro alrededor demasiadas tumbas de niñas que piden saber la verdad.

De regreso, tomé hacia el norte, buscando el Campo de Poincenot, el lugar más próximo a la muralla del Fitz Roy al que yo podía llegar. Levanté la vista buscando la cumbre.

A comienzos del otoño austral de 2019, el californiano Jim Reynolds completó los mil quinientos metros de la cara noroeste de esa montaña, en solo integral, por la vía Afanasieff, pero no solo eso, sino que descendió sin cuerda, contando con la única ayuda de sus manos, sus pies de gato y una lámpara frontal que, cuando

anocheció, le ayudaba a buscar sus propias huellas de subida siguiendo los manchones dejados por el magnesio.

Recuerdo lo que entonces, aún impresionado por la hazaña, escribí para una revista:

> El *free solo* significa escalar sin cuerda, sin más seguros que la destreza, poniendo a prueba a cada paso la adherencia y el autocontrol. Ejecutando movimientos precisos, buscando el equilibrio entre la concentración y la incertidumbre. Es la manera de superar una pared con la vida en la punta de los dedos, como dijo Edlinger. Con la dramática tensión de saber que un pequeño fallo hará que todo termine. En el solo integral no se deben desdeñar la preparación ni el entrenamiento, pero unos pocos, solo unos pocos elegidos, están poseídos por el genio y son capaces de escalar dejando que el instinto les guíe y empuje hacia arriba, entre los perfiles afilados que parecen multiplicarse en lo alto. Si hay que definirlo con una sola palabra, esta es *elegancia*, y si necesitamos una frase, es «ESCALAR DE UNA FORMA PURA». Así, escrito con letras mayúsculas. Perdida para siempre la magia de los ochomiles, alejados estos de la importancia que tuvieron para la historia de la exploración y el descubrimiento, y tristemente abandonados a merced de tinglados comerciales, es en las montañas más bajas y remotas, o en las enormes paredes lisas de gran dificultad, donde se juega la verdadera gran partida de este deporte y donde ahora se miden el compromiso, la ética, el estilo y el valor.

Cualquiera que en alguna ocasión haya escalado, aunque sea solo un poco y torpemente, y, desde luego, cualquiera que haya estado en las faldas del Fitz Roy, conoce la magnitud de la hazaña de la que estamos hablando.

Las horas pasan deprisa cuando se está ante un paisaje como este y el tiempo cambió repentinamente. Aquí las tormentas se forman con rapidez y las tempestades se desatan en segundos. Todo parecía momentáneamente inmóvil, pero en un abrir y cerrar de ojos

el cielo se cubrió, dejándome como si hubiera tenido una visión fugaz de la eternidad, las aguas cristalinas se volvieron turbias y los riachuelos se transformaron en torrentes asombrosos que, al poco, crecieron y comenzaron a desbordarse.

Cuando emprendí el regreso, atravesé las cortinas de un frío aguacero, que en el tiempo que me costó avistar el pueblo había cesado. Tras el agua regresó el viento, formando espirales de polvo que recordaban a minúsculos tornados que ascendían hacia el cielo.

Al llegar a la puerta de mi hotel, todavía entusiasmado, todo había pasado y un sol muy brillante presidía una vez más la escena desde lo alto, aunque seguramente tampoco duraría mucho en esta tierra en la que, en segundos, todo parecía iluminarse o se oscurecía súbitamente.

El recepcionista me recibió con una sonrisa en la cara y un sobre en la mano que me entrega.

—Lo dejó para usted el alcalde, señor Scarf. Me pidió que se lo diera personalmente.

Tomás Carreño me esperaba dando pequeños paseos arriba y abajo en la acera de la comisaría. Caminaba con pasos lentos y la barbilla levantada. El gesto serio en la cara, el pelo impecablemente recortado, junto al uniforme sin una sola arruga, me hicieron pensar en un primer momento en un hombre orgulloso y difícil de tratar, tan seguro de sí mismo que cree que mientras él esté al mando todo saldrá bien y tendrá arreglo, pero nada más lejos de la realidad, y muy pronto me di cuenta de mi equivocación.

Me saludó llevándose la mano derecha a la visera de la gorra y, nada más presentarnos, me propuso que nos tuteáramos, algo que en ningún momento hizo Acosta. Desde entonces, todo entre nosotros se desenvolvió con sencillez y naturalidad.

Al tiempo descubrí la razón. Carreño era un buen hombre que, en secreto, dudaba de que un caso estuviera resuelto aunque lo pareciera y que, en privado, muchas veces no podía disimular su desaliento.

Un tipo con miedo a no hacer bien su trabajo y lo suficientemente inteligente y despierto como para que su camino

apareciera sembrado de dudas.

—Perdona si me he retrasado. Vengo del mirador Maestri. He querido contemplar el paisaje, siempre me ayuda a pensar…

—Esto que te sugiere don Jesús no es descabellado —me dijo mientras leía la nota que el alcalde había dejado en mi hotel y como si no hubiera oído nada acerca de mi paseo—. «Fíjese en Jacob Anderson, el americano es un tipo raro. Todo empezó cuando él llegó al pueblo. Hágame caso».

—Y tú, ¿qué piensas del tal Anderson? —le pregunté.

—Leí —me respondió cambiando de tema o como si por segunda vez no escuchara mis palabras— lo que escribiste de Reynolds, el californiano que subió y bajó en solo el Fitz Roy y que nos dejó a todos en el pueblo boquiabiertos…

—No me digas que lees lo que escribo, Tomás —le pregunté.

—Claro, sigo de cerca tu trabajo, siempre lo hago, pero desde que escribiste *Sin Alma* quedé impresionado. En el fondo, los dos nos dedicamos a investigar. Tú para saber si los que escalan montañas cuentan la verdad y yo para atrapar ladrones… ¿Y sabes lo que más me gusta de lo que escribes? Que siempre dudas, que hasta el último momento piensas que la verdad se te puede estar escapando, que hay algo, algún pequeño detalle que no has visto, que las cosas nunca están tan claras y pueden cambiar en un segundo… Bien, pues lo que pasó —ahora sí que parecía que Carreño por fin se había decidido a contestarme— es que este chico, Anderson, vino desde los Estados Unidos queriendo repetir lo que había hecho Reynolds, pero no consiguió escalar ni un solo metro. Mira, Jacob ni siquiera ha alcanzado el collado que has visitado hoy, y eso que ya lleva aquí muchos meses… Si le preguntas, siempre encuentra algún pretexto, la lluvia, el frío, el viento. Fíjate, el viento. Si los que vivimos en la Patagonia tuviéramos que tenerlo en cuenta, no saldríamos nunca de casa. A mí más bien me parece que son la frustración, la idea del fracaso, el pánico a la derrota, lo que le han impedido acercarse. Te puedo asegurar que lo que le pasa a ese chico es algo más que una mala racha. Tiene muchos planes, pero todos le vienen un poco grandes. Fuera lo que fuera lo que buscaba

cuando llegó, desde luego estaba muy lejos de aquí. Al principio no había nada contra él, te lo aseguro. Al contrario. En el pueblo que alguien consiguiera una hazaña haría que todos se arrodillaran ante él. Aquí aman sus montañas y les halaga que otros vengan de lejos a contemplarlas y más aún a escalarlas. Lo que pasa es que después de unos días, cuando empezaron a conocerle, le miraron como a un chiflado. Después pasaron a considerarle un intruso y un tipo raro y, al final, cuando renunció a la escalada y pasaba el día vagando por el pueblo y se emparejó con Lucía, los rumores se acrecentaron y todos empezaron a desconfiar de él. Ese chico es un tipo raro, te lo aseguro, pero creo que cuando llegó no imaginó que acabaría por granjearse tantas enemistades.

—¿Y quién es Lucía? —pregunté.

—Una extraña mujer que vino hace unos años desde Chile, y que apareció ante Jacob con una manzana reluciente con la que tentarle cuando él ya tenía todo irremediablemente perdido. Es esbelta y muy guapa, pero también callada y con algo misterioso a su alrededor que en el pueblo le dio fama de altiva y de orgullosa, aunque yo creo que no es ninguna de las dos cosas. Pero te confesaré que ese no es el problema.

—¿No? ¿Y cuál es entonces? —le pregunté.

—Pues que desde que llegó al pueblo todos quedaron fascinados con ella. Con la boca abierta, como suele decirse. Los hombres la deseaban y las mujeres le tenían una envidia terrible que a duras penas conseguían disimular. Te cuento esto porque cuando vieron a Jacob junto a ella a todos se les despertaron los celos y eso contribuyó a que las cosas empeorasen al empezar a producirse los sucesos… Aquello no podía salir bien y se veía venir que habría jaleo. Luego, cuando las hijas de los Gaviria y los Quiroga aparecieron asesinadas, la cosa subió de tono y, más que desconfiar, muchos empezaron a sospechar abiertamente del yanqui. Mira, Norman, todo el pueblo es un hervidero de emociones y el miedo parecía empujarlos a dar todo por bueno. Dicho de otro modo, se veía con claridad que Jacob iba a pagar los platos rotos.

—Pero ¿ha habido algún detalle concreto o alguna prueba contra él?

—No, de momento no disponemos ni de una sola prueba, pero lo que te dice el alcalde puede no ser descabellado. Mi predecesor en este puesto, que falleció hace unos meses de una extraña neumonía, dejó escrito un informe en el que sus sospechas apuntaban en ese mismo sentido.

A los pocos días tuve ocasión de darme cuenta de que mi nuevo amigo Tomás Carreño sabía algo más, bastante más en realidad, de lo que decía. Y esa facilidad para mentir con naturalidad, esa obligación, que con el tiempo se vuelve costumbre, de guardar secretos que suele acabar por enrarecer las relaciones, nunca fue un obstáculo entre el sargento y yo, que, por otra parte, tampoco le contaba todo lo que sabía.

Supe de la tendencia a la discreción del sargento en el momento en el que me llamó el alcalde a mi hotel para contarme, muy satisfecho se deducía por su tono de voz, que aquel chico norteamericano había sido detenido.

SIN ALMA

Ya sé que he prometido presentarme, pero se me hace raro y, además, resulta extraño hablar de uno mismo. Los que me conocen suelen decir que mis ojos manifiestan descontento, aunque creo que se equivocan y que, en realidad, lo que mi mirada expresa es sorpresa, incredulidad o, en todo caso, desconcierto.

Por lo demás, hace casi una década que no tengo pareja. Mis mejores amigos han muerto o viven en países lejanos a los que, tal vez por pereza, me cuesta mucho ir a verlos, a pesar de que viajo constantemente. No hay presente ni futuro, y el pasado es una losa.

No hay objetos, ni lugares, a los que pueda acudir buscando consuelo, o recuerdos… Estoy solo. Muy solo y, además, no consigo ser un escritor. Le doy mucha importancia a la imaginación, y no poder escribir más que acerca de hechos reales lo tomo como un fracaso. Tengo que agarrarme a sucesos llamativos, generalmente unidos a la tragedia, y, aun así, a duras penas consigo sacar adelante una pobre novela. Pero, curiosamente, el éxito me ha bendecido. Publican todo lo que escribo y, además, se vende. En fin, ¿alguien creyó que la vida era justa?

Pero, ya que tanto el alcalde como el jefe de policía han hablado de mi trabajo, me referiré a este aspecto de mi vida. Los dos han mencionado mis investigaciones, que a veces me han llevado a conclusiones incómodas. Me refiero a alpinistas que dicen haber estado donde no estuvieron, o no en el tiempo en el que lo cuentan, y no siempre por mala fe o ganas de engañar, sino en la mayor parte de las ocasiones por equivocaciones o errores producidos por el agotamiento, la tensión o los terribles efectos de la altura. Esta labor

me ha proporcionado una gran reputación en el mundo del alpinismo, y por lo que ahora puedo comprobar, también fuera de él. Eso me facilita mucho las cosas y abre una buena cantidad de puertas. Pero también tanto Acosta como Carreño han hablado de *Sin Alma*. Para quien no lo conozca, diré que este libro fue un auténtico bombazo, el que de verdad cambió mi vida y me hizo pensar en mí mismo como un autor de éxito leído en todo el mundo.

La investigación me llevó en varias ocasiones hasta Skardu y a varios campos base de montañas situadas en la intrincada cordillera del Karakórum. Desde allí pude establecer contacto con porteadores y expedicionarios que participaron en el intento de rescate y también con el médico de una expedición australiana. Este doctor fue el primero que, al ver el cadáver del alpinista, tuvo sospechas y consiguió que fuera llevado a un instituto de medicina legal en Karachi, donde le practicaron la autopsia.

Aquel fue un verano especialmente trágico en aquellas montañas y un expedicionario británico fue abandonado a su suerte en un campamento de altura por su compañero. Hasta ahí, hasta cierto punto, todo normal. Pero lo que más tarde quedó demostrado es que en aquella decisión no solo estaban presentes el agotamiento, una tormenta feroz que atacó el lugar durante tres largos días, el natural interés por salvar el propio pellejo y los síntomas de edema que sufría el abandonado, que hacían pensar en que su salvación era imposible, sino que el que consiguió alcanzar ileso los campos inferiores había inyectado a su compañero una buena dosis de metitural, un anestésico leve con el que consiguió que el otro quedara postrado en una pequeña tienda y así, de esta manera, si se quiere poco ética pero muy efectiva, solucionar de una vez por todas el reparto de la herencia de sus padres.

Los dos alpinistas eran hermanos y, por lo visto, no todo entre ellos había sido fraternidad, sino que también habían hecho sitio para la envidia, la rivalidad y la codicia. A través de mis pesquisas encontré la confianza necesaria para dedicarme a escribir, que era lo que quería, y después aparecieron la fama y el dinero. Al mismo tiempo, al alpinista fratricida se le abrió la puerta de una celda que

se cerró ruidosamente a sus espaldas. Era un miserable que había dejado morir a su hermano solo por dinero.

Desde aquel día, la sola aparición de mi nombre al pie de un texto es sinónimo de que allí hay algo turbio, y tengo que admitir que he desarrollado un especial interés por esos aspectos oscuros, por esos rincones a los que no llega la luz. Tanto, que las vidas de quienes ocultan lo que saben, las de las víctimas y las de los verdugos han terminado por parecerme terribles y fascinantes a un tiempo. Los demás, lo admito, los limpios de corazón, a menudo me resultan insípidos, y los detalles de sus vidas, conocer cómo se limpian los dientes, si son o no madrugadores, si aman a sus hijos o se desentienden de ellos, directamente me aburren. Tengo lo que algunos suelen llamar una predilección por los tipos raros…

JACOB ANDERSON

Cuando pregunté a Carreño por qué habían detenido a Jacob Anderson, se mostró extraordinariamente reservado. Solo conseguí arrancarle la promesa de que, al cabo de unos días, con la investigación ya avanzada, podría darme más detalles.

Sin embargo, ante mi sorpresa, y puede que como una prueba de amistad a cambio de su mutismo, accedió a mi petición de visitar al detenido en su celda.

Antes de acudir, y con un esfuerzo consciente, me deshice, me olvidé de todas las opiniones que pudiera llevar conmigo al llegar a El Chaltén, y lo hice para poder empezar de cero, totalmente limpio y libre de prejuicios. Aunque tengo que reconocer ante mis lectores que me acerqué a Anderson buscando su complicidad de una forma interesada. Ese chico estaba destinado a ser uno de los personajes principales de mi novela, y era mejor que lo tuviera de mi parte desde el principio para no desperdiciarlo y poder obtener lo mejor de él.

Aun así, al llegar a la pequeña comisaría, creo que como le habría sucedido a cualquiera, yo esperaba encontrarme a un tipo repugnante, pero no fue así. Esa fue la primera sorpresa que me llevé frente a aquel hombre al que en adelante ya siempre, y sin que él lo supiera, llamé el nadador.

Me hicieron esperarle en una sala a la que un grueso cristal dividía en dos mitades. Cuando se abrió la verja, hasta entonces cerrada por un candado, y apareció entre dos guardianes, pude comprobar que su altura y su físico en general impresionaban, pero luego su forma de hablar o de moverse y la manera de gesticular

destruían el aspecto imponente que mostraba en la foto y le convertían en un tipo anodino. En segundos su figura se deshacía, o se arruinaba, y dejaba a la luz a un hombre torpe y triste, a un fracasado que perdía todo el interés.

Aunque se veía a la legua que estaba muy cansado, como si llevara sin dormir desde que fue detenido, y más que fatigado parecía enfermo. Tenía los ojos apagados como si hubiera perdido por completo la noción del tiempo y el aspecto tétrico de quienes viven en permanente zozobra. Pensé que no era difícil descubrir en él algo de ese poso de tristeza que acompaña de por vida a quienes no han podido cumplir ni uno solo de sus propósitos y, a menudo, han tenido que conformarse con menos.

O con nada.

Ver a aquella persona completamente derrotada resultaba estremecedor. Al tiempo que se sentaba, me saludó alzando las manos. Me fijé en cómo se las frotaba a pesar de tenerlas esposadas.

—Disculpe que me rasque continuamente —me dijo volviendo a mostrarme las manos, esta vez para que viera que las tenía llenas de picaduras—, pero en esta prisión abundan los insectos.

Hice un gesto de asentimiento con la cabeza para que supiera que le disculpaba, y él siguió:

—Agradezco su interés por mí, pero yo ya no quiero nada. Ni tan siquiera saber la verdad. Me da lo mismo si me tienen encerrado de por vida. Lo único que quiero es olvidar.

Pensé que tal vez se debiera al agotamiento, pero resultaba muy llamativa su actitud aparentemente tan calmada. Jacob Anderson podía ser un pobre diablo complicado, incluso un desgraciado a punto de perder la cabeza, pero me costaba imaginarle como un asesino de niñas. En aquel momento, mientras le observaba, tuve la certeza de no ser mejor que él, sino distinto, y que lo que nos diferenciaba era que yo había tenido al azar de mi lado, mejor suerte en la vida y él no. Es más, tuve el presentimiento extraño de que Jacob corría algún tipo de peligro. Todos los habitantes del pueblo

podían estar expuestos a idénticos riesgos, pero fue solo a él a quien imaginé sufriendo algún daño.

—Mire, Norman —continuó—, hasta cierto punto usted es el responsable de que yo viniera a este pueblo. Sí —dijo ante mi cara de sorpresa—. Leer su artículo acerca de la hazaña de Reynolds fue para mí como una revelación. Para entonces yo ya llevaba años escalando en solo, pero lo que usted escribió me cambió para siempre, y una vez que estuve frente al Fitz Roy todo lo demás desapareció. El pueblo, el río, la gente, incluso mi propio pasado, dejaron de existir y solo quedó ante mis ojos la visión de un camino, de una línea fina y en zigzag que me conduciría limpiamente hasta la cumbre, y, una vez allí arriba, desaparecerían mis temores y vería cómo todo recobraba el sentido. Pero, a partir de ese momento, mi tiempo se esfumó. Lo malgasté creyendo —así mismo me lo dijo— que algo para lo que se requiere tanto valor me haría abandonar el lastre y avanzar en la vida. Estas montañas tienen una belleza escurridiza. Las mejores perspectivas se tienen desde el llano, desde lejos. Una vez cerca, apenas se ve nada, y por eso pensé en hacerme con esa pared, en adueñarme de esa aguja. Para poder adentrarme de una vez por todas, para fundirme con las rocas y la nieve y formar parte de algo extraordinariamente hermoso… Los primeros días —siguió— fueron los mejores, sin dejar de pensar ni un solo momento en esa torre, pero también los más angustiosos, porque enseguida empezó a aparecer la sombra de que, para mí, aquella mole era un objetivo inalcanzable. Al principio las cosas parecieron ir bien, pero muy pronto perdieron el rumbo por completo. Y eso fue solo el comienzo. Después olvidé todo, las razones, los motivos, y cada vez con más frecuencia me quedaba en blanco, sin saber ni tan siquiera dónde estaba ni cuál era el hechizo que había guiado mis pasos hasta esta esquina del mundo.

Después, se entretuvo en explicarme que la escalada era su vida, pero que sus fracasos le condenaban a la soledad.

—Todo se debe a la pérdida del valor. Nadie sabe qué es hasta que le pasa, pero en un momento notas cómo te abandona, y es entonces, mientras lo ves huir y apartarse veloz de tu lado, cuando

comprendes que defraudarás a todos los que confiaron en ti. En tu vida se abre una grieta tan profunda que, por mucho que lo intentes, nunca llega a cerrarse del todo. En muy poco tiempo, Norman, nadie me recordará y mi existencia no habrá servido para nada. Siento terror cuando pienso en el olvido.

Me quedé mirándole a través del cristal. Esas palabras explicaban cuál era el mundo extraño de este hombre, aparentemente entusiasmado por la vida, pero aplastado por el peso de la angustia, del tiempo que transcurre inútilmente y de su propio destino que le llena de temor. Escucharle me invitaba a sentir compasión, aunque había algo que sonaba a postizo y artificial, a discurso aprendido de memoria para quedar bien ante desconocidos.

Esta es la situación tal y como la imagino durante los días previos a ser detenido: Jacob se encuentra ante una encrucijada dolorosa. Pasa el tiempo completamente solo, caminando sin rumbo y con desgana por las calles vacías mientras el viento barre la tierra y remueve en los caminos las piedras más pequeñas. No puede escalar ni tampoco vencer el miedo terrible al fracaso, pero no tiene otra alternativa y la reconfortante sensación de tener un objetivo en la vida ha durado apenas unos instantes. Por si esto fuera poco, las cosas en el pueblo están empeorando. Lucía ha dejado de entenderle y, además, están sin blanca. Algunas veces está tentado de marcharse, de volver a su país, aunque sabe que allí tampoco mejorarán las cosas así como así. Es un momento a todas luces angustioso, sin poder dejar de mirarse a sí mismo con incertidumbre, con terror más bien, y totalmente desorientado.

Regresar a la tierra en la que nació tampoco arreglará nada, cuando precisamente lo que siempre ha necesitado ha sido escapar de allí… A duras penas consigue salir de la casucha en la que vive sin ganas de ver a nadie. Además, en el pueblo cada vez le miran peor y ya no se siente a salvo entre ellos. ¿Quién es Jacob?, me pregunto. ¿Un héroe caído en desgracia que, de pronto, ha descubierto sus límites? ¿O, sencillamente, un impostor?

—Creo que buscabas superarte —le dije con intención de consolarle tras abandonar mis reflexiones— y necesitabas vencer

una gran dificultad. Un artista no debería sentirse cómodo ni adaptarse a un estilo convencional, y eso también vale para tu forma de entender el alpinismo. Es demasiado simple pensar en un escalador solo como alguien en plena forma y adicto a las emociones fuertes… Además, no olvides que la cima, al final, no es más que un lugar solitario, desamparado y frío…

¿Debería atreverme y preguntarle abiertamente por las niñas? ¿Probar a impresionarle con alguna frase como «cuéntame de verdad y sin rodeos qué pasó durante aquellos días», dicha con firmeza y mirándole a los ojos? ¿O por el contrario era mejor seguir abonando el terreno de la confianza entre nosotros para que las respuestas surgieran por sí solas? Era lógico que yo tuviera tantas dudas, en realidad, yo aún no sabía nada de Jacob. Ni tan siquiera las causas por las que había sido detenido.

El nadador se alegró cuando le dije que había venido para ayudarle, e incluso llegó a sonreír confiado al saber que tenía previsto quedarme hasta que todo se aclarase, aunque aquello no era del todo cierto.

—Bueno —me dijo incrédulo y con amargura cuando nos despedimos—, no sé si hay nada que aclarar. Será mejor que me convenza de una vez de que todo ha terminado.

Pero no había terminado. En realidad, ni tan siquiera había comenzado, y aunque entonces yo eso no lo sabía, pensé que al menos había tenido a Jacob cara a cara y que no salía de aquella pequeña cárcel con las manos vacías.

Volví muy despacio hasta el pueblo, sin conseguir dejar de pensar en él. Ya no existe la pena de muerte en la República Argentina. Más vale; aun así, aquel chico iba a pasar unos largos años entre rejas. Y los iba a pasar sin que hubiera una explicación lógica. Nadie podía adivinar la razón por la que había cometido unos crímenes terribles para los que, aparentemente al menos, no tenía ni un solo motivo. Una gran maquinaria de sospechas se había puesto en funcionamiento, y, una vez arrancada, puede que fuera difícil de detener.

Y yo, por mi parte, en aquel momento solo quería desvelar su secreto y poder escribir un buen libro explorando las razones que le habían convertido en un asesino de niñas. Eso era lo único que verdaderamente me interesaba, pero, después, a medida que los hechos fueron avanzando, mis ideas y mis puntos de vista evolucionaron.

A lo lejos se oían los ladridos de algunos perros y flotaba el olor que deja la muerte a su paso…

LAS PRUEBAS

—En aquel momento no podía contarte nada —me dijo Tomás Carreño—, estábamos siguiendo una pista y eso me obligaba a guardar silencio.

Ya he hablado antes de la facilidad de mi amigo el policía para ser discreto, algo que siempre admiré. De él aprendí a no dar detalles, menos aún a quien los solicita.

—Sí, desde luego, ya sabes que lo entiendo, pero ¿qué pruebas tenéis?

—Mira. —Me muestra una foto en su teléfono móvil en la que podía verse un mosquetón de un color azul muy brillante y que parecía extraordinariamente ligero. En uno de los laterales podía verse el nombre de la marca, Black Diamond—. Cuando los cadáveres de las dos niñas fueron encontrados, los dos colgaban de una cuerda que había sido fijada a una cinta que rodeaba un árbol. Pues bien, en los dos casos un mosquetón exactamente igual que este que te muestro había sido utilizado para sujetar la siniestra polea. Como te digo, en los dos casos —y lo recalcó— los mosquetones eran como este.

—Tal y como le advertí, *mister* Scarf —intervino el alcalde—, la alarma en el pueblo y la desconfianza en torno al norteamericano crecían por momentos y la policía tuvo que tomar cartas en el asunto…

—Claro —dijo Carreño—. Por descabellado que en aquel momento pareciera, yo no podía dejar de investigar cualquier indicio, así es que al final decidí registrar la casa de Jacob y Lucía.

Imaginé al bueno de Tomás, al policía cumplidor, celoso de sus obligaciones, sometido día a día a un forcejeo y a la presión constante del alcalde para buscar un culpable. Más bien para poner nombre a un culpable que en el pueblo ya estaba señalado de antemano. Buscando que una detención silenciara las voces estridentes y chillonas de los vecinos más impacientes, atemorizados y recelosos, que necesitaban con urgencia ver a alguien detenido y propagaban rumores en contra de Jacob Anderson.

—Estos tipos —explicó el alcalde refiriéndose a Lucía y a Jacob— estaban desquiciados. Llevaban meses y meses tomando, y el alcohol les había convertido en unos trastornados. Vivían prácticamente con la puerta abierta y cualquiera de sus vecinos podía ver que la bebida sacaba lo peor de ellos. Puede usted preguntar a quien quiera y todos le contarán que se peleaban continuamente y a menudo se zurraban de lo lindo. Además, por lo visto, en su locura habían descubierto la fe, así que, tras las peleas, arrepentidos, seguían bebiendo un rato y después, agarrados de la mano, se iban dando tumbos hasta la iglesia.

—Ya —contesté mirándoles a los dos—, pero que una pareja acabe destrozada por las razones que sea no quiere decir que uno de ellos se dedique a colgar niñas de los árboles…

Tal vez con la intención de disipar mis dudas, Carreño comenzó a contar cómo se había desarrollado la detención de Jacob y yo imaginé una noche limpia y las siluetas de unos policías iluminadas por el resplandor de la luna. Sus figuras alargadas sobre el suelo de tierra, los coches lanzando destellos azules mientras ellos llamaban a golpes en la puerta de la casa destartalada.

—Aún puedo verlo todo como si estuviera sucediendo ahora mismo. Jacob estaba como ausente, parecía que aquello no iba con él mientras miraba cómo los policías revolvían sus cosas. Al rato, cuando uno de los agentes levantó, sujetándolo entre el pulgar y el índice, un mosquetón idéntico a los que habían aparecido junto a los cadáveres y se lo puso frente a la cara, tampoco dijo nada, se quedó impasible. Sin embargo, recuerdo perfectamente el grito que se le escapó a Lucía y cómo se tapaba la cara con las manos y, sin dejar

de llorar, le daba la espalda mientras le esposábamos para conducirlo al coche. Creo que aquel segundo le bastó para comprender qué clase de monstruo era Jacob y no pudo soportar la idea de haber estado viviendo con un asesino de niñas. Y ese fue el momento en el que Jacob también empezó a llorar y, por fin, se derrumbó.

—¿Lo ve, Norman? —dijo el alcalde—. Ya está. Asunto concluido. En este pueblo de gente buena y trabajadora se nos había colado un loco sanguinario. Ha sido terrible, pero ahora todo ha terminado. Él pagará sus culpas en la cárcel y nosotros podremos seguir con nuestras vidas.

—¿Y ustedes creen que la mediocridad puede llevar a un alpinista a convertirse en un asesino? No sé si eso es suficiente… Además, señor alcalde, toda esa historia que ahora me cuenta de que Lucía y Jacob eran una pareja de alcohólicos desequilibrados es nueva. Es como si necesitaran reforzar la culpabilidad de ese chico recalcando que no estaba en sus cabales y que la bebida había hecho estragos en su cerebro…

—Mire —otra vez el alcalde—, se lo repito. Hable con cualquiera de sus vecinos, todos le dirán qué tipo de vida llevaban el norteamericano y la chilenita… Yo no me invento nada, *mister* Scarf. Y en cuanto a su primera pregunta, un psicólogo de la policía que le visitó en la cárcel encontró más que razonable que fueran la frustración profunda, la derrota y el no saber aceptarlas causas más que suficientes para matar. Como una forma de tomarse la justicia por su mano y que todos pagaran por ello…

—Sí, seguro que pueden ser causas suficientes, pero ¿los mosquetones hallados junto a los cuerpos tenían las huellas de Jacob? —les pregunté.

—Veo —otra vez era el alcalde quien respondía— que no se resigna a perder su historia, amigo Norman. Pero haría bien en no echar mierda sobre nuestro pueblo. No nos gusta que vayan por ahí hablando mal de nosotros, ¿sabe? Y, si le digo la verdad, tampoco me gusta que se muestre más comprensivo con un asesino que con las víctimas…

—Lo que necesito, señor Acosta, es comprender por qué un asesino hace lo que hace. Y entender no es perdonar, o no del todo, al menos. Además, no es que de buenas a primeras vaya a ponerme de parte de quien haya hecho esto, no. Pero todo es muy complicado y yo necesito saber más antes de condenar o absolver a alguien. La realidad tiene matices que es necesario conocer y huir de ella es imposible, no está a nuestro alcance.

Carreño hizo un gesto con las manos extendidas buscando suavizar la tensión creciente, y mirándonos a los dos dijo:

—Los mosquetones los están analizando, pero, Norman, ¿cómo no van a tener huellas? Nadie más en el pueblo tiene unos mosquetones como esos. Además, ¿qué mejor prueba que su llanto? ¿Qué más quieres que unas lágrimas por su propia inculpación?

Me quedé mirando a mi buen amigo Tomás Carreño. Yo sabía que él tampoco estaba convencido y que no había tenido más remedio que ceder a las presiones del alcalde. Seguro que hacía días que no pegaba ojo ni podía quitarse de la cabeza a aquel chico norteamericano metido en una celda con el cuerpo lleno de picaduras. Decidí no rendirme tan fácil y, mirando fijamente a don Jesús Acosta para que no tuviera duda de que me dirigía a él, hice otra pregunta.

—¿Y no comprobaron si algún vecino del pueblo o de los alrededores se encontraba ingresado en algún hospital psiquiátrico y fue dado de alta coincidiendo con los crímenes? ¿O si algún peligroso delincuente ha cumplido su condena y ahora está otra vez en la calle? ¿Han pensado en esos detalles?

—Aquí no hay alrededores —dijo el alcalde, visiblemente molesto —. Entérese de una vez, señor escritor, esto es la Patagonia. No hay nadie en ninguna parte, estamos solos y me parece el colmo que ahora nos quiera tomar por dementes furiosos o por asesinos. Déjelo, Norman, suelte su presa de una vez. Si quiere escribir escriba, eso no puedo impedirlo, pero no destroce todo a su paso para hacerse rico a nuestra costa…

—¿Y en algún asunto sucio del pasado? Ya sabe a qué me refiero, ¿no, intendente? A cosas oscuras y que creían haber

olvidado, pero que ahora regresan para vengarse y ajustar las cuentas pendientes.

—Oiga, Scarf —me respondió Acosta todavía más enfadado—, usted no sabe nada de nosotros. Hasta hace treinta y cinco años aquí no vivía nadie. Nadie, ¿me entiende? Solo los pumas y los guanacos, ni un alma más. ¿Qué pasado quiere que tengamos?

Después, permaneció unos segundos en silencio intentando calmarse, pero por la forma en la que me miraba yo estaba seguro de que ya habría hablado con una buena parte del pueblo y a estas alturas todos desconfiarían de mí y nadie iba a contarme nada…

—¿A cuántos kilómetros está Londres de El Chaltén, *mister* Scarf? —me preguntó por sorpresa—. ¿A diez mil? ¿A once mil?

—Sí, algo así —le respondí sin saber a qué venía aquello.

—Solamente su libro, y el dinero que ganará con él, le han traído hasta aquí —me dijo mirándome casi con odio—. Los que vivimos en El Chaltén no le importamos nada… No me diga que no tenía nada que investigar más cerca de su casa. ¿Es que allí no suceden cosas? ¿O es que piensan ustedes los ingleses que los criminales solo están entre nosotros? Hace años desapareció una cría rubia de Leicester, Madeleine creo recordar que se llamaba, en una playa portuguesa, en el Algarve. Sus padres la habían llevado de vacaciones, pero se evaporó, y aún no la han encontrado. Nunca más se supo… ¿Por qué no se ocupa de ella y nos deja tranquilos? Si sucede algo aquí, en este pueblo, lo solucionaremos sin su ayuda, no se preocupe por nosotros.

Me quedé dudando si debía contestarle. Su comentario me sonó a una fanfarronada, pero pensé que era mejor no decir nada. Me fijé en que a lo lejos un grupo de niñas con batas de rayas blancas y azules cruzaba la calle. Desde la puerta, una mujer joven vestida de un color oscuro se despedía de ellas haciendo gestos con la mano.

—Es la maestra —me dijo Tomás queriendo ser conciliador al ver que me había fijado en ella—. Seguramente, salvo sus padres, la persona que mejor conocía a las niñas. Tendrías que acercarte un día y hablar con ella, te contará cosas interesantes.

—¿Y aquel otro tipo?

—¿Quién?

—Ese hombre mayor que las mira… ¿Es el abuelo de alguna de ellas que viene a buscarla?

—Ah, ese. —Era el alcalde el que contestaba ahora fingiendo estar más calmado—. No lo había visto. Es don Ramón, vive tabique con tabique con la casa de Lucía y Jacob. También a él podría visitarle, tiene mucho tiempo y, más que a otra cosa, lo dedica a pasear con los ojos bien abiertos…

Tendría los ojos bien abiertos, como decía el alcalde, pero había algo asqueroso en su manera de mirar a las niñas. Puede que la distancia me hiciera equivocarme, o que me empezara a traicionar la imaginación, pero lo cierto es que nunca he podido olvidar la forma en la que aquel hombre observaba a aquellas pobres criaturas. Así que, sin decir nada, di las gracias al policía y al alcalde y me despedí pensando que era todo demasiado fácil y que por el momento gran parte de lo sucedido se me escapaba o alguien me lo estaba ocultando deliberadamente…

DON RAMÓN

Don Ramón Gómez Alvarado era una de las visitas sugeridas por el alcalde. Carreño me había contado que, aunque en el pueblo decían cosas de él, eran todo habladurías y que de su pasado bien poco o nada se sabía a ciencia cierta.

—Mira, Norman, no puedo saber, ni me importa, qué es lo que se oculta en el pasado de don Ramón. Pero estoy seguro de que ahora solo es un hombre que se aburre y bebe mucho, aparte de eso no hay nada, digan lo que digan en el pueblo. Me parece que harías bien en olvidarlo, aunque, si te interesa como personaje peculiar para tu novela, acércate un día por Don Guerra, es un bar en el que pasa casi todas las tardes. Allí le conocen bien. Puede que el alcohol sea su punto débil y que beba más de la cuenta, el resto son solo chismorreos.

Puede que el sargento tuviera razón, pero yo no olvidaba la forma en la que le vi mirar a las niñas y no estaba tan seguro de que fueran los ojos de un borracho los que me impresionaron.

Pensé seguir el consejo de Carreño, pero preferí visitar el lugar en el que vivía antes que el bar en el que, por lo visto, pasaba las horas muertas. Llegué al final de la tarde. Su casa, tal como me dijeron, estaba en la salida norte del pueblo, casi ya en las afueras y pegada a la de Lucía. Frente a la entrada de las dos, un campo baldío ocupado por unos matorrales chamuscados, tal vez por el fuego de un pequeño incendio, un bidón de gasolina roñoso y unas latas de pintura vacías prevenían al visitante del descuido con el que iba a encontrarse. También, por si faltaba algo para completar el cuadro, junto a la puerta había una furgoneta destartalada, un trozo

de chatarra sobre cuatro ruedas más que otra cosa, que parecía casar bien con el aspecto andrajoso de su dueño.

Don Ramón abrió nada más golpear la puerta con los nudillos, como si me hubiera visto venir desde lejos, algo bastante probable, y estuviera esperándome.

—Ya, ya sé quién es usted —me dijo con sequedad cuando hice amago de presentarme al tiempo que se hacía a un lado para franquearme la entrada.

Era un hombre de mediana edad, todo nervio y músculo, con el rostro endurecido por trabajos exigentes al aire libre. Su aspecto era muy desaliñado, vestía unos pantalones muy viejos y sucios, con una gran cantidad de zurcidos, y un jersey que, aunque más nuevo, le quedaba muy grande, como si alguien se lo hubiera dado pero sin acertar con su talla.

Al verle de cerca, comprendí por qué su forma de mirar me había desagradado tanto el día anterior. Tenía los ojos muy pequeños, o demasiado juntos, pero todo, absolutamente todo en su mirada de comadreja, o de rata, incomodaba de inmediato y era una invitación a desconfiar de él. Aunque se esforzara por ser amable, que no lo hacía, le habría resultado imposible desprenderse del aire repulsivo y atemorizador que le acompañaba. La verdad, desde que puse los pies en aquella casa, me encontré incómodo y deseando que la reunión acabara cuanto antes para poder marcharme.

—Si viene a preguntarme por Anderson, mi vecino, tiene que saber que todo lo que le han contado, eso de que desde el principio le trataron con desconfianza y le miraron mal, es mentira.

Y se calló.

Al rato, viendo que yo no dejaba de mirarle sorprendido, continuó.

—A Jacob le recibieron bien. En el pueblo, lo que había hecho Rynols les había parecido admirable y les gustó que otro chico norteamericano viniera para repetirlo.

—Reynolds —le corregí.

—Pues eso, como sea. Pero Jacob cometió el mismo error de siempre. Él no era mejor que todos ustedes.

—¿Que quiénes? —pregunté.

—Que todos los que llegan aquí hablando en inglés.

—¿A qué se refiere exactamente? —le dije sorprendido.

En silencio, y como si no me hubiera oído, fue sacando tabaco de una pequeña bolsa y liándose con parsimonia un pitillo. Después, muy lentamente también, buscó el encendedor por todos sus bolsillos y, cuando lo encontró, prendió fuego al cigarrillo que sujetaba en la boca mientras me miraba.

—¿Qué era lo que me preguntaba, señor escritor? —me soltó de pronto.

—Le preguntaba —le repetí, a pesar de estar seguro de que lo recordaba perfectamente— por qué tiene esa opinión de los angloparlantes…

—Todos los que llegan para escalar nuestras montañas se las dan de conocer el mundo, como si quisieran impresionarnos pensando que somos unos palurdos. Piensan que saben más que nosotros y se ven en la obligación de echarnos una mano, darnos algunas monedas y rescatarnos de la pobreza… Parecen buenas personas, y tal vez lo sean, pero nos miran por encima del hombro y nos quieren dar algo de comer, como a pobres animalillos exóticos y asustados. Para resumir, *mister* Scarf, aquí todo el mundo es bienvenido, pero no nos gustan los que abusan de nuestra hospitalidad y además piensan que tienen que enseñarnos algo.

Al terminar la frase, don Ramón giró levemente la cabeza, como si buscara algo, y se levantó. Tal vez por eso, porque mi anfitrión la dejó momentáneamente vacía, me fijé en su silla. Al igual que la que yo ocupaba, era sólida y fabricada en un plástico resistente.

Pensé que habría ido a la cocina y regresaría con un par de vasos y una botella, pero no. Creí que en este intervalo sucedería algo, y me quedé esperando, pero no pasó nada. No supe qué le había hecho moverse, pero volvió a sentarse con las manos vacías. Para desviar mi atención, se dedicó a quitarse los restos de ceniza que se le habían quedado prendidos en el jersey.

Después, fingió mirar algún detalle del hule que servía de mantel y durante unos segundos los dos estuvimos concentrados en unas

manchas que, según de qué lado se mirasen, parecían un pequeño mapa de África dibujado con café, aunque también podían ser más cosas, como el perfil de una cara, o la huella dejada por un animal de gran tamaño en la arena, tal y como ha sido deformada por el viento unos pocos días después.

Don Ramón recorría el contorno de la mancha con uno de sus dedos. Puede que pensara lo mismo que yo, o que fuera solo otra excusa para prolongar su silencio.

—¿Y Jacob? —le dije aburrido de que evitara seguir hablando—. ¿También era así?

—A Jacob, al principio, todos le recibieron muy bien, pero enseguida demostró que era como los demás. En el pueblo, más o menos en secreto, le aborrecían y todos hablaban de él como de un señorito orgulloso de su dinero que no sabía trabajar, con demasiados pájaros en la cabeza y que les miraba desde arriba. Y eso que le trataban con cortesía, eso pude verlo muchas veces, pero en el fondo se reían de él y no creían ni palabra de lo que les contaba aquel americano que se las daba de listo…

Me pareció que, si bien me estaba engañando o llevando la conversación hacia donde quería, don Ramón tenía un sexto sentido especialmente bien afinado para descubrir a los perdedores y, aunque, a primera vista, pareciera que empinaba el codo más de la cuenta y que solo fumaba y miraba al infinito, no perdía detalle de lo que pasaba en el pueblo. Después, a pesar de que seguí sin confiar ni un ápice en él, me di cuenta de que tenía un discurso más sofisticado y elaborado de lo que yo esperaba. Aunque fuera para contarme mentiras…

—¿Y usted qué pensaba de Jacob?

—A mí estos chicos que vienen a escalar siempre me han caído bien. El día que me contaron que Reynolds había partido para escalar el Fitz Roy en solitario, pensé que nunca más volvería a verle con vida… Pero, bueno, esto no viene al caso. Jacob al principio me pareció un buen chico y siempre le ayudé en lo que pude, aunque a partir de un punto ya supe que no haría nada de lo que decía, que era un farsante. Aun así me daba lástima…

No hacía falta ser muy observador para ver que don Ramón se mantenía en todo momento cauteloso y escogiendo con sumo cuidado cada palabra que pronunciaba. Cuando hablaba, parecía estar de parte de Jacob, pero es muy posible que aquello solo fuera un truco o una trampa pensada para embarullarme y distraerme de mi objetivo.

—Ni él mismo lo sabía —continuó—, pero sus emociones y su manera de mirarnos eran colonialistas… Esa superioridad arrogante, ese creer que su llegada mejoraría la vida de los que, a sus ojos, solo somos una pobre gente…

¡Colonialista! Creo que era lo último que había esperado oír de la boca de aquel tipo. Había venido preparado para que don Ramón me contara muy poco y con desgana, queriendo terminar cuanto antes una conversación que sin duda le incomodaba, pero lo que nunca imaginé es que quisiera despistarme suministrándome aquella cantidad de mentiras y de datos que no venían a cuento. Todo lo que decía solo servía para desviar la atención de lo que de verdad estaba sucediendo. Así es que, para que no continuara por ese camino, le pregunté directamente.

—Pero ¿cree que es el culpable? Sea sincero, por favor.

—Mire, yo al principio le advertí de lo que estaba pasando, pero Jacob siempre me escuchaba con un aire inexpresivo y, por lo que ahora sé, mientras tanto, hacía de las suyas y arrastraba a todo el pueblo a la desgracia.

Volvió a fumar sin mirarme y, cuando yo ya creía que no hablaría más, añadió:

—Y contestando a su pregunta, señor escritor, yo no creo nada, pero cuando aparecieron sus mosquetones sujetando las cuerdas con las que habían sido ahorcadas las niñas… no me quedó ninguna duda.

A mí, sí, y cada vez mayores. Por lo visto, lo de los mosquetones azules ya corría de boca en boca y todo era posible, incluso que fuera el propio don Ramón, con sus ojos azules y acuosos, su pelo blanco y su presencia constante en el pueblo, el que los hubiera robado de casa de su vecino… Se veía a la legua que mentía, o que

sabía mucho más de lo que contaba. Además había algo en aquel hombre que inspiraba temor e imponía respeto… Don Ramón no era mejor persona de lo que yo creía, pero, a cambio, sí que era mejor personaje, y me alegré sabiendo que me daría para llenar una buena cantidad de líneas de mi libro.

Se quedó mirándome durante unos momentos, escupió algunas hebras de tabaco que se le habían quedado en la boca y después, utilizando su dedo anular como catapulta, lanzó la colilla encendida a través de la ventana que, a pesar del frío, permanecía abierta de par en par. Me entretuve mirando a mi alrededor. En la habitación contigua no había muebles, salvo una cama revuelta y con una colcha verde muy descolorida que sobresalía entre las sábanas.

—No soy religioso —me dijo cuando al fin volvió a mirarme.

—Y eso, ¿qué tiene que ver?

—Pues que no creo en los milagros y que ese chico acabara bien en este pueblo habría sido uno y de los grandes. Jacob aprendió bien pronto que este es un lugar de mucho carácter en el que no es difícil sentirse solo o aislado. Para que me entienda, señor escritor, él mismo, sin ayuda de nadie, se deslizaba hacia la tragedia poco a poco desde que llegó.

La entrevista no dio para más y él no hizo nada por retenerme. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que no le gustaba mi compañía. Puede que no le gustara la de nadie.

Seguro que aquello era cierto y que aquel escalador solitario estaba marcado por la fatalidad, pero, aun así, muchos parecían haberse esforzado en ayudarle a caer en desgracia. Había que adivinar a qué se refería exactamente don Ramón con sus palabras, pero parecía claro que, al poco tiempo de su llegada, Jacob ya había sido condenado. Tal vez por ser extranjero, o por ser un fracasado. Seguramente, por ser un escalador errante que a todos incomodaba y que hacía que vieran reflejadas en él sus desdichas.

Me despedí de don Ramón, que se quedó en la puerta tan quieto como una estatua. Durante muchos metros sentí su mirada perforándome la espalda mientras me alejaba de su casa. Años más tarde, recordarle apoyado en la puerta todavía me produce una

sensación de inquietud. En aquel momento, pensé en la maldad, en un flujo de veneno corriendo a gran velocidad por las venas de todos. Mirara a donde mirara, solo veía el rastro del dolor y las caras de unas niñas inocentes que habían sido asesinadas.

Volví a mi hotel caminando despacio, con la única compañía del aullido del viento y atravesando calles a las que unas pobres bombillas apenas daban algo de luz, mientras le daba vueltas a qué hacer para salir de aquel atolladero.

A medianoche me desperté sobresaltado y, sin saber por qué lo hacía, me acerqué a la ventana. La oscuridad habría sido total de no ser por una bombilla que se bamboleaba colgando de un cable que atravesaba la calle. Bajo su foco de luz, que también se movía, estaba don Ramón, quieto como una estatua a pesar del frío y mirando hacia mí. La escena resultaba profundamente turbadora y noté que mi corazón latía con fuerza.

Me froté los ojos, y cuando volví a abrirlos ya se había escabullido por uno de los laterales de mi campo visual. Confieso que sentí miedo.

Por la mañana, no conseguí dormir después de que amaneciera y, antes de salir, permanecí un rato en mi habitación tratando de identificar los sonidos de una pequeña población que despierta: el escape de un automóvil y el que desde la distancia parecía ser el de una motocicleta, algunas voces lejanas y los ladridos de los perros…

El reloj marcaba las ocho y media de un día de primeros de marzo y todo volvía a empezar. Bajé a la recepción a por café y, mientras lo tomaba, llamé a Carreño.

—No tienes nada que temer —me dijo—. Está muy solo y, como apenas duerme, sale muchas noches a pasear. Sería imposible contar cuántas horas pasa deambulando por ahí a solas. Se habrá parado bajo tu ventana por casualidad. Suelen decir que odia a todo el mundo, pero yo creo que solo odia de verdad a los extranjeros.

No supe si aquello era una broma del sargento o una manera de quitarle importancia. Me quedé con la duda y tampoco supe si al policía aquella visita nocturna le parecía ni mucho menos tan normal como aparentaba.

—Créeme, Norman, es totalmente inofensivo. Pero, si quieres, ya que has llamado, ven a la comisaría, me ha visitado la madre de Rosa Quiroga. Esa mujer está muy mal y creo que no se recuperará nunca del golpe sufrido, pero, entre sus desvaríos, cuenta algún detalle interesante. Además, me veo en la obligación de escucharla, aunque solo sea por respeto al dolor que padece.

EL DON GUERRA

Antes de acercarme a la oficina de Carreño fui hasta el bar en el que don Ramón pasaba tanto tiempo. Se trataba de un lugar limpio, acogedor y confortable. Lo primero que se me ocurrió fue que era un milagro, o un rasgo de caridad, que dejaran entrar a un tipo tan siniestro como él.

—Usted es el escritor, ¿no? Es un placer recibirle —me dijo el que parecía el dueño o el encargado con simpatía.

Mientras hablábamos, pude ver mi propio rostro y la nuca de aquel hombre en un espejo que sobresalía tras una fila de botellas. Además, para los interesados en los detalles, añadiré que en la pared de al lado había un mapa muy detallado de los alrededores de El Chaltén. Seguro que aún sigue allí si alguien quiere verlo.

—¿Don Ramón? Mire, los camareros le conocen muy bien, distinguen si está o no borracho y saben medir, con una escala del uno al diez, el mal humor del viejo cada día. Algunas veces viene, se sienta en una esquina sin levantar los ojos del vaso, quieto, muy quieto, y, al rato, deja unas monedas sobre la mesa y se va sin despedirse. Pero otras se le nota que no puede parar, se retuerce las manos arrugadas, sale a la calle con la excusa de fumar, cambia de postura continuamente y, si se da cuenta de que alguien le mira, aunque sea durante un segundo, le insulta a voz en grito. En general, nadie le hace caso. O bien le tienen miedo, o no quieren tener problemas ni aguantar sus maldiciones y, cuando le ven así, muchos se ponen nerviosos y terminan por marcharse… Si me pregunta por mi opinión…

—Claro —le respondí—, es su opinión la que me interesa.

—Pues… Creo que a don Ramón no le importa hacer amigos, pero sus explosiones de ira hacen de él casi un personaje de teatro. No se le puede tomar muy en serio.

—Bueno, lo tendré en cuenta. ¿Y recuerda si le vio, si estuvo aquí, coincidiendo con la desaparición de alguna de las niñas?

—Sí, lo recuerdo muy bien. Me fijé en él cuando empezaron a sonar las campanas el día que desapareció la segunda de las niñas. Casi no podía aguantar sentado, entraba y salía constantemente del bar, miraba a todos lados y volvía a sentarse. Había sol y, cada vez que salía a la calle, se pasaba la mano derecha por el pelo, supongo que en un gesto nervioso, y los dos anillos que siempre lleva brillaban con un gran destello de luz. Le confesaré que yo tampoco me atreví a preguntarle nada. Es un tipo complicado, raro y más joven de lo que aparenta. Las pocas veces que le da por hablar, que suelen coincidir con los días en los que ha bebido mucho, le gusta presumir de haber vivido al límite, y suele repetir que desde siempre se sintió aburrido de las cosas de la vida y dejó todo lo que empezó a medias, sin llegar nunca a concluir nada. A veces, cuando se va, me quedo en la puerta para mirarle mientras recorre la calle tambaleándose, pero, un día que había bebido aún más de lo normal, salí tras él con intención de ayudarle, porque me pareció que de un momento a otro iba a derrumbarse, y me dijo que siendo casi un adolescente había querido matarse, pero que algo falló… Durante un tiempo, en el pueblo se rumoreó que había tenido algo que ver con la dictadura y que, cuando todo empezó a cambiar, buscó un sitio tranquilo y discreto como este en el que nadie estuviera al tanto de su pasado… No sé, vaya usted a saber qué hay de cierto en la vida de ese hombre.

Yo también pensé lo mismo mientras me despedía del camarero agradeciéndole su colaboración. La ignorancia es magnífica, todo lo que no sabemos da para rellenar a voluntad los huecos dejados por la desidia de la verdad y la realidad. Tanto si don Ramón era un suicida fracasado o si había sido un esbirro de los golpistas, tenía ya mucho terreno ganado para ocupar la plaza de personaje interesante en las páginas de mi novela. La fama que le precedía hacía de él un

hombre a quien temer y, a la vez, fascinante, como esos grandes lagartos que se calientan al sol mientras exhiben sus llamativos colores.

LA MADRE DE ROSA

Cuando al rato llegué a la comisaría, el sargento me ofreció asiento y, comprendiendo mi interés, empezó a contarme lo que sabía sin demasiados preámbulos.

—Esta señora, que también se llama Rosa, como su hija, me ha dicho, como ya ha hecho unas cuantas veces, que cada pocos días se encuentra a su niña en cualquier rincón de la casa mirándola fijamente pero sin pronunciar palabra. Al principio, por lo visto, la madre insistía en hablarle, pero luego, al ver que nunca le respondía, desistió y se fue acostumbrando a encontrársela siempre igual, con los ojos muy abiertos, la boca cerrada y unas marcas amoratadas surcándole el cuello.

—Sí, por lo visto las apariciones deben de ser algo común entre quienes sufren el asesinato de un ser querido… Recuerdo que no hace mucho leí que una madre, trastornada después de que su único hijo hubiera sido degollado, contó a su psiquiatra que cada tarde podía verle por la casa, y que el pequeño le hablaba y parecía encontrarse a la perfección, salvo por un corte profundo que tenía en el cuello del que aún manaba algo de sangre que, al caer, teñía de rojo intenso la ropa del niño y el suelo, y que ella, aunque quería seguir escuchando a su hijo, no podía evitar pensar que se estaba poniendo todo perdido…

—Seguro que es una reacción frecuente. Pero, para terminar la charla, y ya te digo que esta mujer está muy mal, incluso me dijo que a veces dudaba de si se trataba de su hija o de otra niña desconocida, pero que, en cualquier caso, se acostumbró a su presencia y a no soltar un grito cada vez que se la encontraba

deambulando por los pasillos. En muchas ocasiones aún habla de Rosita como si no hubiera muerto y estuviera allí, a su lado, dispuesta a levantarse en cualquier momento. Por lo visto, y aquí llega lo interesante, para compensar el silencio testarudo de su hija, cada vez que recibe su visita doña Rosa se va al bosque y deja unas flores en el árbol del que apareció colgada la niña. Luego, a solas, reza un rato, llora otro a moco tendido y, cuando ya no puede más, regresa encogida de pena a su casa… Esto —continuó tras una breve pausa— volvió a suceder ayer por la tarde, pero, unos metros antes del árbol fatídico, la pobre mujer encontró una cinta de pelo amarilla como la que recogía los cabellos de su pequeña, y yo te puedo asegurar que esa cinta no estaba allí en ninguna de las ocasiones en las que inspeccionamos la escena del crimen.

—¿Y en qué piensas, amigo Carreño? —le pregunté.

—Bien, pienso en que el terrible desequilibrio que sufre la madre puede llevarla a ver lo que no existe. Incluso que la cinta estuviera en su casa y que ella misma la llevara con las flores sin darse cuenta… Puedo esperar cualquier cosa…

—¿Y si no?

—Y si no, pues he llamado a nuestro psicólogo en El Calafate y me ha dicho que estos asesinos suelen ser fetichistas y ha citado el placer diabólico que les proporciona regresar al lugar del crimen. Parece ser que es un comportamiento muy definido, que se repite, y el propósito no es el de arrepentirse, sino el de saborear su obra. Así es que es muy posible que el criminal que a nosotros nos ocupa hubiera conservado la cinta como un trofeo y la hubiera extraviado en una de sus macabras visitas…

—Pero, esto que me cuentas, esa visita reciente del asesino —me apresuré a decirle—, significaría que Jacob Anderson no es el culpable…

—No te precipites, Norman. Tenemos los mosquetones y, sobre todo, el hecho de que se hundiera y empezara a llorar durante su detención, que es como su propia declaración de culpabilidad. Puede que todo esto que cuenta doña Rosa no sea más que imaginación y alguna casualidad…

—¿Y la cinta? ¿Ofrece alguna pista?

—La he mandado para que la analicen, pero no creo que nos sirva de nada. Recuerda que ha llovido durante los últimos días. Estaba completamente empapada y será imposible que conserve restos de nada…

Mentalmente, hice un repaso de lo sucedido. Jacob Anderson había sido considerado el principal sospechoso y, como tal, arrestado de inmediato, pero a los días iban a tener que soltarle. Por más que la policía le hubiera acribillado a preguntas, era cierto que no tenían ni una sola prueba sólida contra él, pero, sobre todo, lo que iba a ser determinante para su liberación sería que, mientras el escalador estuvo encerrado, tuvieron que descolgar de un árbol el cuerpo rígido de otra niña inocente, la tercera, aunque eso ya tendré tiempo para explicarlo un poco más tarde.

Hace unos días, en un esfuerzo más por sacar alguna conclusión o captar algún detalle que nos hubiera pasado desapercibido, pedí a Carreño que me mostrara una imagen de cuando encontraron el cadáver de Carmen Gaviria. La foto que me mostró era perfecta en cuanto al estilo, si nos referimos a las que aparecen en los atestados policiales. Había sido tomada por un profesional, y con una buena cámara y objetivo, a una hora en la que la luz ya no sería buena, pero unos focos potentes, alimentados por un generador, habían hecho resaltar todos los detalles. Al verla, noté que me abandonaban las fuerzas. Los músculos y las articulaciones empezaron a dolerme y me quedé muy frío a pesar de estar sudando.

Nunca me he sentido peor.

Aun así, a pesar de la fuerte impresión sufrida, rogué al sargento que me acompañara hasta el sitio en el que apareció el cuerpo. La verdad es que no sé qué más pensaba sacar en claro después de haber tenido aquella foto terrible en mis manos, pero quería ver con mis propios ojos uno de los lugares en los que todo sucedió y que me sirviera para imaginar lo ocurrido. El policía aceptó y me dijo que no estaba a más de veinte minutos a pie por detrás de la serrería.

—Como puedes suponer —me dijo el sargento mientras caminábamos—, desde que doña Rosa habló en público de las apariciones de su hija, por todo el pueblo empezaron a correr rumores de niñas a las que ven en cualquier esquina al caer la tarde. Nadie ha podido reconocer a ninguna, pero sí que todos coinciden en describir a una niña, de la edad de las asesinadas, mirándoles fijamente sin pronunciar palabra y que al cabo de unos minutos se da media vuelta para dirigirse hacia las afueras. Algunos dicen que se arrodillan ante ellas pensando que han sido escogidos para la aparición de la Virgen o de una mártir…

—Me imagino que nadie ha podido concretar más ni aportar ninguna prueba tampoco, ¿no es así?

—No, claro que no. Creo que todo se debe al fuerte impacto que los crímenes han causado entre nosotros, unido a la imaginación, a algunas supersticiones y al miedo…

Atravesamos el río de las Vueltas por un puente que hay al final de la calle Trevisán y nos internamos por un pequeño sendero. El olor de algunos troncos recién cortados me hizo recordar otros lugares que forman parte de recuerdos muy lejanos, diseminados por mi infancia, que hace mucho que no visito y que tampoco soy capaz de saber si añoro…

—Mira, Norman, fíjate en esa barrera que se forma frente a nosotros. Se llama cordal de los Cóndores o paredón de los Cóndores. Justamente frente al puente, subiendo un poco, es donde apareció el primero de los cuerpos, el de Carmencita. El segundo, sin embargo, lo encontramos algo más lejos, siguiendo la pista de ripio que lleva a la casa de Madsen. Ahora está cerrada porque no hay turistas, así que los dos lugares eran ideales para el asesino. Solitarios, sin posibilidad de perderse y con un regreso fácil al pueblo sin que nadie pudiera verle. Lo único que podemos sacar en claro es que quien asesinó a esas chicas tuvo que cruzar el mismo puente por el que acabamos de pasar nosotros…

—Bueno, tal vez alguien pudo verles. Podemos preguntar… —Carreño se quedó mirándome compadeciéndome por mi ingenuidad.

—Norman, escúchame, ¿a quién vas a preguntar? En esto sí que tiene razón el intendente. Aquí no hay nadie, olvida los testigos. Estamos en la Patagonia.

Y era verdad. Ascendimos una pendiente poco a poco. Todo el bosque parecía igual, pero no había miedo a que nos pasáramos de largo el punto que buscábamos. Carreño lo tiene grabado en el cerebro y se detiene en cuanto alcanzamos un lugar en el que la vegetación se abría para dejar paso a la luz que en ese momento iluminaba una hierba rala pero muy verde. El sargento me señaló un haya de Magallanes, una lenga de buen tamaño que quedaba casi en el centro. Era un sitio tranquilo y bello. Con el canto de los pájaros de fondo, parecía mentira que hubiera servido de escenario para algo tan horroroso.

—Ahí fue, te aseguro que nunca he visto nada más terrible, todos los que tuvimos que asistir al levantamiento del cadáver estábamos temblando. Mira, Norman —siguió hablando muy afectado—, ante el cadáver de una niña, un profano tiende a preguntarse por los motivos, pero un investigador no pierde de vista los detalles, y en este caso son terribles. El cuerpo de Carmencita estaba intacto. Si olvidamos el horrible detalle de las marcas dejadas en el cuello por la soga, parecía que fuera a despertarse, a abrir los ojos en cualquier momento. El asesino huye de los cortes, de los golpes y de las mutilaciones. Sin embargo, parece empeñado en demostrarnos que puede ser muy cruel…

—Creo —le contesté—, que para asesinar niñas hay que serlo…

—Este aún lo es más de lo que imaginas. El forense redactó un informe en el que explicaba con detalle que a Carmencita le había sido suministrado un sedante, pero que en el momento en el que murió el efecto ya había desaparecido. Además, los de la científica encontraron las marcas dejadas por las patas de una silla, o de una banqueta. Cuatro huellas en forma de L, a unos metros de donde apareció el cuerpo, y dijeron que, tal y como se habían hundido en el barro, un adulto, aunque no podían precisar el peso, había estado un buen rato sentado en ella…

—¿No será lo que me estoy imaginando?

—Sí —me respondió Carreño amargamente—. Esperó a colgarla hasta que el sedante perdió su efecto y después se sentó tranquilamente para verla morir… Y como te decía, Norman, cuando llegamos no había heridas, ni sangre coagulada, solo unos piececitos colgando en el aire al final de un pequeño cuerpo muy rígido y suspendido por el cuello.

—Y cuando apareció el cuerpo de Rosa Quiroga, ¿había hecho algo parecido? —pregunté.

—Exactamente lo mismo. Desde entonces, cada vez que quiero dormir, la escena me despierta. Veo al asesino que ata y amordaza a la niña mientras aún está adormecida, después la hace subir sobre una silla y tensa la cuerda que ha puesto en su cuello anclándola a un tronco con uno de esos mosquetones azules. En el momento en el que ve que la niña vuelve a estar despierta y que sabe por lo tanto lo que le va a pasar, le venda los ojos y retira bruscamente la silla. Después, se sienta frente a ella, impasible, con la mirada fija en el cuerpo suspendido de la chica.

El resto solo hay que imaginarlo, algunos movimientos bruscos, un intento de patalear que los tobillos amarrados con cinta de embalaje hacen imposible, esfuerzos por agitar las manos igualmente atadas, lamentos que los trapos y mordazas que cierran su boca tampoco permiten brotar…

La boca tapada por una mordaza y los ojos vendados me hacían pensar en un asesino que aún conservaba algún rasgo de humanidad o de respeto por sus víctimas, alguien todavía tan sensible como para no poder soportar los gritos de una niña, ni tampoco su mirada… Ni los ojos aterrados de quien sabe que indudablemente va a morir. Pero, probablemente, me equivocaba. Estos detalles formarían parte de algún extraño ritual y nada tenían que ver con la piedad ni con la misericordia. Sea como sea, me dio por preguntarme si la niña habría implorado clemencia, aunque fuera emitiendo los sonidos que le permitieran su boca amordazada. Si fue así, desde luego que sus súplicas no habían sido atendidas.

—Fíjate —me dijo el sargento Carreño— que el asesino en ningún momento ha buscado que desaparezcan los cuerpos, sino

todo lo contrario, lo que ha hecho ha sido dejarlos cerca de un camino o en un lugar despejado. Una cuidadosa puesta en escena para que pudiéramos encontrarlos antes de que las alimañas comenzaran a devorarlos. No parece desear nada, no quiere quedarse con las niñas ni pedir un rescate por devolverlas. Solo quiere dejarnos esos pequeños cadáveres dramáticamente suspendidos de la rama de un árbol. ¿Quiere enviarnos algún tipo de mensaje? ¿Mandarnos alguna señal? ¿O simplemente es un tipo peligroso que se divierte con todo esto?

—Aún ignoramos casi todo —le dije compasivamente al policía—. Pero, si por un momento yo me pusiera a pensar en una reconstrucción, ¿qué más podrías contarme?

—Te contaría lo que el forense ha dejado muy claro en sus informes, que en los dos casos, porque el *modus operandi* se repite, la muerte se produjo entre las seis y las siete de la tarde. Las clases finalizan puntualmente a las cinco y a nosotros, si te has fijado, nos ha costado llegar hasta aquí veinte minutos, ponle diez más si vienes desde la escuela. Y hasta aquí, todo encaja bien. En esta época del año, al comienzo del otoño, oscurece hacia las ocho, así que el asesino escogió bien el horario, para tener tiempo suficiente de matar y después regresar al pueblo aún con luz, pero me pregunto por qué en todo ese trayecto nadie vio a las niñas o se fijó en quién las acompañaba. Parece imposible que atravesaran todo el pueblo como si fueran invisibles…

—¿Y no será que las niñas fueron en compañía de alguien tan poco sospechoso como para que nadie le diera importancia ni se fijara? ¿Que conversaran con tanta confianza como para no llamar la atención de puro normal que era todo? ¿Cómo se explica si no que ningún vecino diera la voz de alarma?

—Y cuando dices eso, ¿en quién estás pensando?

—Pues no lo sé —le dije mirándole—. En una persona muy conocida por las niñas y por todos. Alguien de su familia, un pariente, o la propia maestra… ¿Y los nudos? —insistí—. ¿Tenían algo especial los nudos con los que las ahorcaron? ¿No podrían conducirnos hasta alguien particularmente habilidoso?

—Nada, Norman, nada especial ni característico. Nudos corredizos normales y corrientes de los que conoce todo el mundo. Como el que tú mismo harías ahora sin pensarlo. Por ahí no encontraremos nada…

—Y una última pregunta, ¿sufrieron las niñas algún tipo de violencia sexual? Porque eso parecería encajar con la conducta sádica del asesino.

—Sí, yo también lo pensé y fue una de las primeras cosas en las que se fijó el forense, pero lo descartó desde el principio… Te confesaré que durante los primeros días los rumores corrieron a sus anchas por el pueblo. Primero, cuando desapareció Carmencita, la aparición de un puma fue de boca en boca; después, al faltar Rosa, algunos dijeron que su padre le daba unas tremendas palizas dejándole todo el cuerpo lleno de moratones porque tenía fama de bruja y que ella, aburrida, había terminado por huir. No sé, Norman, hasta que no tengamos alguna prueba concluyente, el asesino puede ser cualquiera. Todos estamos podridos, es difícil encontrar a alguien en quien se pueda confiar. Es triste, pero es así…

Nos quedamos muy quietos, hablábamos entre susurros, como rindiendo algún tipo de homenaje a la niña asesinada, o como si buscáramos una disculpa por no haber sido capaces de evitar esta tragedia. Al final, solo éramos dos hombres de mediana edad sobrecogidos por aquel lugar terrorífico que se hacían preguntas acerca de la condición humana. Dos pobres tipos imaginando un mundo mejor para vivir, fracasando y compartiendo la tristeza.

El futuro era solamente un reflejo muy borroso en el agua de los charcos, y no se podía esperar gran cosa de él. Estábamos más lejos que nunca de resolver aquel trágico acertijo.

De regreso, caminamos inseguros, como si nos encontráramos pisando sobre arenas movedizas y todo a nuestro alrededor amenazara con tragarnos.

—Antes de que me lo preguntes —me dijo Carreño—, el examen detallado que los peritos llevaron a cabo de los trozos de cinta, el trapo utilizado como mordaza y las vendas con las que les cubrieron los ojos no aportó ninguna información. Seguramente el asesino

manipuló todo cuidadosamente y con guantes para no dejar huellas. Ah, y un último detalle, en los dos casos, por lo que dijeron al analizar la forma de las patas, utilizó la misma silla con una doble función, como patíbulo y asiento, una silla que nunca hemos encontrado, pero que está escondida en algún rincón de este pueblo.

—Se me ocurre que igual no está escondida.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que tal vez no haya necesidad de esconder nada, que haya tantas sillas iguales en el pueblo que no sea necesario y que la que utilizó el asesino esté ante nuestros ojos como una más…

—Sí, tal vez, pero desde el principio he tenido la intuición de que en esa silla encontraremos alguna prueba, algo que será determinante para resolver los crímenes, así es que… —Carreño pareció dudar unos instantes, pero siguió—: Aprovechando que el juez ha decretado el secreto de sumario, me las he arreglado para que nadie ajeno a la investigación sepa nada de las sillas. Aparentemente, es un detalle tan pequeño que bien podría el asesino descuidarse y ofrecernos un hilo del que tirar…

Me quedé pensativo sintiendo la gratitud y la responsabilidad de que Carreño me hiciera partícipe de sus secretos.

—Ya sé que estamos perdidos y que, por el momento, somos incapaces de avanzar en la investigación —le confesé—, pero estoy pensando que deberíamos fijarnos en los hombres…

—¿Qué quieres decir? —me dijo sorprendido el sargento.

—Que matar mujeres suele ser un asunto de machos, de hombres violentos que siempre se buscan alguna excusa para hacerlo.

Volvimos caminando en silencio, centrados en nuestras reflexiones y, nada más pisar las primeras calles de la población, le pregunté:

—¿Sería posible visitar a los padres de alguna de las niñas?

—Claro. Los Quiroga son muy buenas personas y estarán encantados de recibirte. Su vida es tan triste que agradecen el

consuelo de cualquiera que les presente sus condolencias. Si quieres que vayamos ahora, viven precisamente aquí al lado…

Nada más entrar, me fijé en la foto de colores chillones que colgaba justo detrás de donde se sentaban. Una foto horrorosa en la que se veía una puesta de sol sobre una playa. Nunca entenderé por qué en los lugares de más belleza del planeta adornan las casas con motivos feos, pero muy lejanos…

Los padres de Rosa parecían distraídos o desconcertados, como si no lograran concentrarse de verdad en nada. Despistados, también podría decirse, pero no, no era nada de eso, sino que era el dolor lo que les daba ese aspecto. Su hija se había ido para siempre llevándose una buena parte de sus vidas con ella.

La primera persona en la que reparé, seguramente por lo que Carreño me había contado de que veía a su hija en visiones, fue doña Rosa. Sentada a un lado, miraba al suelo con los ojos cerrados, y, cuando los abría, mostraba que estaban consumidos, sin brillo ni esperanza. A su lado, su marido ofrecía una de las imágenes de más dolor a las que haya asistido nunca. Viéndole resultaba difícil creer aquella versión maliciosa de que golpeaba a su hija con saña.

Los dos parecían frágiles y desvalidos, como si hubieran empequeñecido o perdido la solidez de sus cuerpos a medida que los días pasaban y la ausencia de la pequeña Rosa se volvía más cierta. Junto a ellos, una niña aún menor que la que había muerto todavía parecía sorprendida. Hasta que desapareció su hermana, nunca había visto lágrimas deslizándose por las caras de sus padres.

Era tan difícil no preguntarse si alguno de ellos lograría remontar su vida tras haber sufrido una catástrofe de semejantes proporciones como no sentir misericordia ante sus vidas echadas a perder, ante sus ilusiones reducidas a cenizas.

Una foto en blanco y negro, clavada en una pared, presidía un lateral de la pequeña sala. Rosita aparece en la imagen risueña, con un pelo ensortijado y muy negro. Todo en ella era alegre, pero se me hacía difícil mirarla sabiendo cómo había terminado. Los niños lo ignoran todo acerca de la muerte y piensan que el tiempo es algo infinito que transcurre lentamente. Sin embargo, a la pequeña Rosa,

en aquella imagen que parecía tan reciente, le quedaban pocos días para que alguien apagara su sonrisa bruscamente y para siempre.

—¿Cree usted en los malos augurios? —me preguntó de pronto Matías, el padre.

Me revientan los que me hablan del maligno y sus designios mientras tienen a un criminal de carne y hueso viviendo cerca de su propia puerta. Pero, por respeto al tremendo dolor de aquel pobre hombre, respondí al tiempo que, compasivamente, le ponía una mano en el hombro.

—No, no creo en las maldiciones ni tampoco en el mal de ojo. Por desgracia, no necesito ir tan lejos, señor Quiroga, me basta con saber que hay tipos malvados a nuestro alrededor y que hay que atraparlos para que no hagan más daño…

—Pues yo sí creo en esas cosas —me dijo levantando la mirada del suelo—. Creo que tenemos mala suerte, o que pagamos, con justicia, por algo muy malo que alguna vez hicimos… Dios decide. Él premia o castiga, y ahora estamos siendo visitados por un exterminador para que paguemos por nuestros pecados. Lo merecemos, aunque no podamos comprenderlo. En algún momento hemos ofendido al Padre y merecemos su ira y que, como pena, ponga ante nuestros ojos el cadáver de nuestra propia hija.

—Nadie puede merecer lo que les está pasando —le dije. Después, me quedé mirándole mientras lloraba, desarmado ante tanta tristeza, sin saber qué hacer, incapaz de decir nada. Me sentí superficial y hasta cierto punto vacío ante sus lágrimas. Los minutos transcurrían con extraordinaria lentitud.

—Rosita era inocente, pero le ha tocado cargar con todas nuestras culpas.

Quise replicarle, pero el sonido del móvil de Carreño nos sobresaltó y lo interrumpió todo. Al mismo tiempo, se me cayó el bolígrafo que tenía en la mano y me pareció que, al dar contra el suelo, producía un gran estruendo.

—Son los Maldonado —dijo dándonos la noticia con cara de espanto—. Están muy alarmados. Dicen que la pequeña Virginia, su hija, no ha vuelto del colegio y nadie la ha visto.

—Virginia era amiga de nuestra Rosita —dijo Matías Quiroga con pesar—. Ojalá que sus padres la encuentren y puedan llevarla a casa antes de que se les termine el llanto.

Fue como la confirmación de mis peores presentimientos. Mientras todos tenían su mirada acusadora puesta sobre Jacob, nadie prestaba atención a la posibilidad de que aquella pesadilla no hubiera terminado y que en cualquier momento volviera a producirse un crimen.

En ese preciso instante empezaron a repicar las campanas del pueblo. Las que con su tañido avisaban del comienzo de una misa en la iglesia, pero que también servían para convocar a los vecinos en la biblioteca si había un incendio, un terremoto o, como ahora, una nueva desaparición…

Carreño y yo cerramos la boca y nos preparamos para tragarnos nuestras lágrimas. Lo sucedido sacaba a la luz nuestras limitaciones a la hora de interpretar lo que sucedía y de hacerle frente para solucionarlo.

ALGUNAS HORAS ANTES

Desde el primer asesinato, las niñas apenas salían de casa. Y, cuando lo hacían, caminaban muy rápido y pegadas a la pared, como si quisieran evitar que la mirada de la muerte se posara sobre ellas. Todas parecían estar convencidas de que no lograrían sobrevivir, y por más que sus padres hacían cuanto podían por tranquilizarlas, ellas solo tenían ojos para ver que los cadáveres se apilaban.

Aquel día, cuando vio acercarse desde lejos la figura de la pequeña, supo que era la elegida. Le daba lo mismo quién fuera, porque habría matado a cualquiera de las tres amigas portadoras de la cinta, como le gustaba llamarlas, que llegara. Pero fue Virginia la que apareció y se puso manos a la obra. La niña, la hija menor de los Maldonado, conocía bien a quien la llamaba desde la otra acera y cruzó a su encuentro sin dudarlo y contenta. También sin desconfianza, bebió lo que le fue ofrecido mientras caminaban por la calle rumbo a las afueras. Para entonces, unas grandes nubes flotaban sobre el paisaje, oscureciéndolo.

Solo los árboles fueron testigos del paso de dos siluetas de distintos tamaños cuando se internaron en el bosque, y es importante destacar que la figura mayor, algo a lo que la menor parecía no conceder importancia, llevaba unos metros de cuerda enrollados en una mano, la misma con la que empujaba levemente la espalda de la niña que caminaba a su lado completamente aturdida. En la otra, cargaba una banqueta de color blanco, sólida y resistente porque está fabricada con plástico duro.

La niña estaba casi dormida cuando alcanzaron el lugar que buscaba, así es que aprovechó para pasar la cuerda por una rama que consideró sólida, tomó un cabo y lo amarró firmemente a un tronco valiéndose para ello de un mosquetón ultraligero, y después, con el otro cabo, hizo un nudo corredizo que colocó en el cuello de la pequeña Virginia, que ya estaba de pie sobre la banqueta.

Después se quedó allí, impasible, mirando las manos atadas y la boca amordazada de la niña. Esperó paciente, hasta notar en los ojos de terror de Virginia que el somnífero hubiera perdido todo su efecto y se los cubrió con una venda. Entonces se acercó y le dijo al oído: «Ahí te quedas, pequeña bruja. Ya no podrás hacerme más daño. Esto será lo último que escuches», y de una patada volcó la banqueta. Como esperaba, sus pies quedaron suspendidos en el aire intentando en vano patalear. Ya solo restaba alejarse unos pocos metros y sentarse, con el único propósito de mirar.

La escena, que en las ocasiones anteriores había tenido un gran impacto, una agonía dramática de la que no había podido apartar la mirada, empezaba ahora a resultar repetitiva, los minutos se alargaron y comenzó a notar la impaciencia y las ganas de que aquello terminara de una vez.

Un poco después, al ver que la niña ha claudicado y que de su cuerpecito ha huido la vida, sin olvidar llevarse la banqueta blanca, gira sobre sus talones y se aleja a paso muy rápido dando la espalda al cuerpo colgado en un claro del bosque, que aún se mueve con un suave balanceo. Durante unos instantes se pregunta cómo será morir, puede que solo una fracción de segundo, un instante de sorpresa y después, nada, salvo la negrura que te atrapa y te traga…

Esperaría al día siguiente para volver a ver a la niña. Soportaría paciente la espera hasta entonces, cuando hubiera sido llevada a la sala de la Municipalidad que servía de morgue, y allí esperaría su pequeño cuerpo, acostado sobre una mesa de aluminio. Delicado, convertido ahora en una figura inquietante y con la piel tan fría y blanca como la nieve.

Frente a su cadáver, juraría y se desgañitaría insultando a Dios por su desidia, por haberse desentendido de ellos, maldiciendo a la mala suerte y a quien estuviera haciéndoles tanto daño. Exactamente lo mismo que hacían el resto de sus vecinos.

Todos bañados en lágrimas.

Todos ignorando, inocentes, que tenían a un asesino a su lado.

Una vez más, al igual que cuando encontraron los dos cuerpos anteriores, habría señales de las ataduras en las muñecas, los tobillos y las marcas amoratadas que deja una cuerda anudada al cuello… Signos inequívocos de violencia.

Sin embargo, la sangre, del color de la púrpura, seguiría sin aparecer… Virginia sería un cadáver más que aterraría por su pureza y que, desde ahora, perseguiría a todos. Un pequeño fantasma encargado de traer noticias de un inframundo vengativo.

LA BIBLIOTECA MUJER PIONERA

No se encontraba lejos de la casa de los Quiroga, pero, para cuando llegamos, el alcalde ya estaba dirigiéndose al puñado de vecinos presentes y a los padres de las otras niñas…

El alcalde había sujetado a una pizarra un mapa de los alrededores de El Chaltén, el mismo que yo había visto en el Don Guerra, y con un puntero iba señalando los lugares en los que fueron encontrados los cuerpos de las otras dos chicas, y también donde un nutrido grupo de vecinos y algunos guardias estaban en estos momentos buscando a Virginia.

—A nuestro intendente le gusta dárselas de importante —me dijo Carreño— y que todos vean que está al tanto y tiene todo bajo control, pero en el fondo no tiene ni idea. Son mis hombres los que han organizado todo el dispositivo de búsqueda, al igual que en los casos anteriores. —Y añadió en cuanto entró en el recinto una mujer joven—: Aquella es la maestra.

También, casi al mismo tiempo, vi a don Ramón entre los asistentes.

—Qué raro —dijo Carreño, que se había fijado en lo que yo miraba—. Creo que nunca antes le había visto participar en un acto de la comunidad.

Cuando el sargento terminó la frase, recorrí varias veces a todo el grupo con la vista para volver a localizarle, pero ya se había ido. Aquel hombre siempre se movía como una sombra, sin hacer ruido, apareciendo y desapareciendo sin aviso.

A la reunión asistían muchos menos vecinos de los que yo hubiera pensado… Puede que, bajo la aparente sencillez de la vida

en el campo, todo funcionara como en cualquier comunidad pequeña, regido por rituales y códigos indescifrables que hacen las cosas tremendamente complicadas. A veces, todo era el resultado de mezclar el esplendor del paisaje con la envidia, la avaricia y las viejas rarezas. Disputas propias de un lugar situado a las faldas de una gran cordillera, casi siempre cubierta por las nubes. Saqué del bolsillo mi libreta y escribí: «Estos pueblos tan pequeños ponen a prueba la resistencia y la estabilidad psicológica de sus moradores y solo el odio y la envidia que unos sienten hacia otros saca a los vecinos de su adormecimiento». Pero nada más poner la última letra pensé que era injusto con la gente de El Chaltén al hacerlo y borré el párrafo entero.

—No creas que no se sienten involucrados —me dijo Carreño comprendiendo el gesto de extrañeza de mi cara, y puede que interpretando mi estado de ánimo al escribir—. Muchos ya estarán participando en la búsqueda y otros no vienen porque quieren ahorrarse el sufrimiento, los sobresaltos, la angustia, y librarse de tener que pronunciar unos cuantos lamentos, pero es como si el pueblo entero estuviera aquí.

Yo, por mi parte, imaginé sin esfuerzo a todos aquellos hombres buenos cada vez que echaban en falta a una niña, destrozándose las manos mientras escarban entre las púas de los arbustos, siguiendo cualquier rastro y cualquier huella por insignificante que pareciera. Todo con tal de llevar a la pequeña de vuelta con sus padres y poder sentirse orgullosos de lo que sería lo mejor que habían hecho en sus vidas.

Hombres duros pensando en las caras agradecidas de sus vecinos y puede que hasta en un coro de admiradores aplaudiéndoles…

Al fondo, la voz del alcalde me devolvió a la biblioteca. Hablaba a los vecinos de esperanza. Tal vez la hubo en las primeras ocasiones, pero ahora ya nadie ignora cómo acabará aquello. Ya no se trata de encontrar a una niña, sino a un pequeño cadáver, en un lugar en el que los árboles se abren para permitir el paso de unos pocos rayos de sol.

El sargento me contó que, cuando desapareció Carmen Gaviria, el alcalde hizo que su madre se pusiera junto a él en el centro de la biblioteca, y que aquella pobre mujer había ido contando a todos qué ropa llevaba la niña el último día que la vieron y al final no pudo evitar romperse en lágrimas y con una tremenda amargura empezó a rogar a todos que la encontraran, que por favor la trajeran de vuelta a casa y se la devolvieran. La tremenda representación, me dijo, se repitió cuando echaron en falta a Rosita Quiroga y su madre, destrozada, tuvo que describir la ropa que vestía su pobre hija ante las miradas de todos.

—Ya has tenido ocasión de comprobar por ti mismo cómo son los Quiroga, muy buena gente, pero unos infelices a los que nunca les ha prestado nadie demasiada atención. Te digo esto porque con cualquier otro motivo habrían estado orgullosos de que todos se fijaran en su pequeña Rosa… Pero cuando apareció muerta… En fin, que nadie desea ser el centro de atención por algo así… Y esta vez el alcalde ha intentado lo mismo, pero ni el padre ni la madre de Virginia se han prestado al espectáculo. Están en su casa, encerrados a cal y canto y se niegan a hablar con nadie. En el fondo, están tan seguros como tú y como yo de a qué vamos a enfrentarnos durante los próximos días…

Mientras tanto, el eco de los últimos acontecimientos sufridos rebotaba por las paredes a medida que los vecinos iban tomando la palabra.

—Yo vi a Virginia al salir de la escuela. Pasó por delante de mi ventana, me fijé porque a esa misma hora comienza en la televisión un programa que me gusta… Salí a la puerta porque mi perro empezó a ladrar y recuerdo perfectamente a la niña llegando sola a su casa.

—Es doña Irene —me dijo Carreño al oído—, es una chismosa que pasa el día en la ventana o buscando cualquier excusa para salir a la puerta a mirar.

—¿Está segura, doña Irene? —le dijo el sargento desde donde nos encontrábamos.

Pero no, no lo estaba. Primero dijo que era miércoles, que lo sabía porque ese día había tenido que ir al médico, y porque llovió un rato por la tarde con mucha fuerza…

Carreño le dio las gracias, pero no dijo nada. El día que Virginia había sido vista por última vez era el jueves y puede que los recuerdos de los que hablaba aquella señora fueran exactos, pero del día anterior, un día como tantos otros en el que la niña sí que llegó a su casa a salvo.

Otro señor, don Pedro, el dueño de una tienda de comestibles y chucherías situada en la misma calle, también contó haber visto a una niña que podía ser Virginia.

—Ya saben, desde lejos y con esas batas de la escuela, todas parecen iguales, pero yo creo que podía ser ella, y la vi subiéndose a una furgoneta de color verde estacionada casi frente a la puerta de mi negocio, pero la verdad es que, como estaba atendiendo a mis clientes, no le di importancia ni tuve tiempo para fijarme en el modelo, la marca, ni mucho menos la matrícula del vehículo o ver quién lo conducía.

Me quedé pensando que lo de don Pedro realmente era imaginación. No podía creer que en El Chaltén no conocieran todos a quién pertenecía cada coche…

Después tomó la palabra doña Mercedes, por lo que me contó Carreño, la dueña de una pequeña panadería que está casi frente a la escuela. Al hablar, se agitaba incómoda dentro de la ropa, como si no fuera de su talla y, nerviosa, continuamente repetía el gesto de llevarse una mano a la cabeza para arreglarse el pelo.

—Yo la vi caminando calle abajo y volverse un par de veces para saludar a la maestra que se despedía de ella de pie junto a la puerta… Pero no pude ver nada más…

Cuando concluyó su intervención, pregunté al sargento por la señora que se encontraba junto a ella, tenía el cabello muy blanco y cuidado, y se movía de una manera resuelta que desprendía energía… Y supuse que serían las razones por las que me fijé en ella.

—Doña Esther es la dueña de una casa de huéspedes en la que antes, ocasionalmente, solía trabajar Lucía. Sé que hace un tiempo que no la llama, pero desconozco la razón. Dicen por ahí que tuvieron algunas diferencias, pero vete a saber… Habla un día con ella, acércate por su pensión y ya me dirás qué te cuenta. Lucía pasó mucho tiempo en su casa…

Cuando Carreño termina de hablar, hago un repaso de los asistentes. Unos habían visto a la niña, eso sí, desde muy lejos, jugando junto al colegio. Otros, en las afueras, muy cerca de donde quedaba su casa, algunos hablaron de haberla visto pasar montada en una bici; Virginia no había tenido nunca bicicleta y probablemente ni sabía montar en una…

Así podríamos pasar horas y todo seguiría igual en la biblioteca. Lo que oigo son falsedades o invenciones agrandadas por las ganas que tienen todos de contribuir a la solución de la historia terrible que sucede ante sus narices. Nadie quiere mentir, pero la inexactitud de sus relatos hace que gran parte de sus recuerdos sean inútiles. Una vez más, me vuelve a la cabeza la pregunta de si la buena voluntad vale o no para algo.

Cuando vine a El Chaltén yo había pensado conocerlos a todos, entrevistarme con ellos si fuera posible y, sobre todo, escuchar, pero lo que estaba oyendo allí no valía la pena… Noté que todas aquellas buenas personas eran incapaces de distinguir entre la confusión y el temor, que, simplemente, se enfrentaban como mejor podían a la tragedia que acababa de suceder. Me pareció muy comprensible. Las muertes habían sido un duro golpe, ahora esta última desaparición ahondaba aún más en el trauma. Todos tenían la certeza de que algo muy malo volvería a suceder de un momento a otro y les pondría los pelos de punta. La espera los angustiaba, les consumía los nervios y reemplazaba a cualquier otra emoción.

En esas circunstancias, era normal que nadie quisiera comprometerse o que se desentendieran para sufrir menos, pero yo necesitaba saber. El tiempo pasa rápido y muy pronto algunos detalles comenzarían a perderse en el olvido.

Carreño había notado mi decepción.

—Mira, desde que desapareció la primera niña y hasta que su cuerpo fue encontrado, no pasó ni una sola hora sin que alguien nos llamara diciendo que la había visto en algún sitio… Y lo mismo sucedió con la segunda. A veces, verdaderos cuentos producto de la imaginación y el miedo. En general, cosas difíciles de creer, pero no hay que tomárselo a mal. Son ganas de ayudar, de colaborar, unidas a una tremenda falta de memoria que todos tenemos para recordar detalles en circunstancias difíciles. Sin olvidar que en cualquier historia todo cambia según quién la cuente…

El sargento Carreño tenía razón, e hice gestos de asentimiento con la cabeza para que lo supiera, pero durante unos instantes me vi a mí mismo como una figura separada de las otras por una gran distancia, como un hombre que camina solitario al tiempo que envejece, pendiente de problemas y de detalles cuya importancia nadie comprende… O parecen haber pasado de moda.

No sé cuánto les costaría liberar a Jacob, pero cada vez estaba más claro que el verdadero asesino no estaba en una celda bajo llave, sino caminando entre nosotros. Era normal que nadie se fiara de nadie, ni siquiera de lo que decían.

Tras las últimas intervenciones todo quedó en silencio, hubo un momento en el que me pareció que todos se fijaban en mí. Seguramente entre ellos ya habían hablado de la razón de mi estancia en El Chaltén y ahora esperaban que les dirigiera unas palabras. Pero yo sabía que, si ahora decía algo, más tarde iba a lamentar haberme pronunciado apresuradamente, sin reflexión y antes de tiempo.

La gente del pueblo inspiraba piedad. De pie o sentados, mirándose unos a otros con desconfianza y los ojos entornados, sospechando de todos y al mismo tiempo sintiéndose abandonados a su suerte. A merced de lo que alguien, a quien piensan que no conocen, decida hacer con sus hijas. Esperé unos segundos por si alguien añadía algo, mientras los ánimos me abandonaban y huían de mi lado. Dentro de nada empezaría a preguntarme para qué servía todo esto y qué sentido tenía, si es que tenía alguno. Me quedaría hueco mientras las rodillas me fallaban, recordando el

tiempo absurdamente desperdiciado y a personas a las que no fui capaz de retener junto a mí.

La reunión se acercaba a su tramo final y el alcalde, alzando la voz, dijo:

—Amigos, vecinos, no permitamos que la esperanza nos abandone. Entre todos encontraremos a Virginia y la llevaremos de vuelta con sus padres.

Pero creo que nadie le hizo mucho caso y todos salieron cabizbajos camino de sus casas. Son resignados, pacientes, cumplidores de la ley. La vida no les ha regalado nada que no sea una tierra áspera que trata a sus hijos con dureza, y por eso se mueven con parsimonia, deseando algo mejor y rezando, con las palmas de las manos unidas, para que suceda. Pero solo encuentran a un Dios furioso al que creen haber ofendido gravemente y que en vez de consuelo les ofrece venganza y castigo. Poco a poco, el pueblo se iría quedando inmóvil mientras anochecía… Calles amenazadoramente vacías, iluminadas por farolas tenues. Sombras que se arrastran por el suelo polvoriento.

Hice lo posible por animarme un poco. Me veía obligado a disimularlo, pero, en el fondo, yo estaba obteniendo lo que quería y como escritor acostumbrado a los enigmas la sola idea de que el asesino estuviera entre ellos me resultaba estimulante. Que fuera uno de los que tanto se lamentaban en público el que, por alguna razón de momento desconocida, estuviera quitando de en medio a sus vecinas más jóvenes llenaba de sentido lo que yo pensaba escribir. No era descabellado pensar en un maníaco que asistiera a estas reuniones para disfrutar del dolor que producía entre los demás. Recordé de pronto que en alemán existe una palabra, *schadenfreude*, que explica la compleja idea de la dicha o la alegría que algunos sienten ante el mal ajeno.

Lo cierto es que por debajo de una historia siempre hay otra. Un río subterráneo que sigue corriendo mientras desafía a las apariencias y que, a veces, consigue brotar y salir a la superficie.

LA MAESTRA

Nos esperaba en la puerta de la biblioteca. Es fácil que Carreño la hubiera advertido antes de que quería presentarnos y estaba preparada para recibirme. Tenía los brazos cruzados cerrándose el abrigo, empezaba a oscurecer, el mercurio descendía rápidamente y hacía frío.

—¿Sabe lo que más me preocupa ahora? ¿La pregunta que me quita el sueño? —me dijo nada más nos estrechamos las manos—. Quién explicará a los niños que otra compañera suya ha desaparecido. Quién les dirá que no volverán a verla nunca, no puedo vivir solo de pensarlo… Solo con que me imagine contándoles la noticia ya veo sus caras de pánico.

Asentí para que supiera que la comprendía, qué otra cosa podía hacer…

Lisa Ros, la maestra, Carreño me lo había dicho, era una gran persona que hacía su trabajo con entusiasmo y que creía en la educación como en una de las pocas cosas capaces de transformar el mundo… Se prestó de buen grado a rememorar los sucesos que habían rodeado a las desapariciones y a las muertes. Fue, sin duda, la más comunicativa y tal vez también, si exceptuamos a los padres, la que parecía haber sentido más intensamente la muerte de las niñas, y digo parecía porque a este respecto también Lisa me daría más de una sorpresa algunos días después.

Empezó por mostrarme una foto que ella misma había tomado en el patio hacía meses, cuando nadie podía aún imaginar algo así. En ella podía verse con claridad, en una esquina, a un grupito de cinco chicas. Se las distinguía a pesar del barullo, destacaban del resto de

niños, todos alegres y generosos, espléndidos y felices, ajenos por completo a lo que estaba a punto de suceder. Lisa señala a Rosita Quiroga, que por el gesto parece estar hablando, pero que, al mismo tiempo, es la única que se ha dado cuenta de que la maestra los fotografía, y mira fijamente a la cámara con ojos grandes y negros. Esa foto, la imagen de las niñas desaparecidas, había de perseguirme durante meses…

Carreño, Lisa y yo nos hemos sentado en un bar cercano y bebemos a pequeños sorbos nuestros cafés. Me fijo en las sillas, iguales o muy parecidas a las que vi en casa de don Ramón, todas de plástico duro y resistente, tanto como para soportar sin problemas el peso de un adulto, tienen las patas en ángulo de noventa grados, con el vértice en la parte exterior y los vectores que acabarían por encontrarse si se prolongaran. Puestas sobre un suelo de tierra o de barro, dejarían marcadas cuatro formas perfectas de la letra L.

—¿Le has contado al escritor lo de Cosme? —pregunta la maestra al policía.

Y ya que oímos que la señorita Ros toma la palabra, tal vez algunos lectores se estén preguntando cómo es o cuál es su aspecto. Y lo cierto es que yo también aproveché el momento de sorpresa que me produjo la pregunta que hizo para fijarme en ella. Tenía una cara con rasgos hermosos, aunque tal vez demasiado redonda, de estatura media y unos treinta y cinco años, morena, delgada y con aspecto de estar ágil y fuerte; cada vez que se movía, aun bajo la ropa, podía notarse que tenía unos brazos fuertes. En aquel momento me pareció, por sus gestos y su forma desenvuelta de hablar, que no engañaba, y la encontré bondadosa en el mejor sentido de la expresión, buena conversadora, dispuesta a colaborar y ayudar en lo que pudiera, y con un punto de pesimismo, como si supiera de antemano que todo saldría mal.

—No, Lisa —le contestó el policía—, creo que es agua pasada y que no hay razones que hagan sospechar de él…

—Bueno, seguro que estás en lo cierto, pero yo, por si acaso, voy a contárselo.

—Cosme —la rebatió Carreño— solo es un desgraciado, un pobre hombre, y fijarnos ahora en él solo sirve para desviar la atención de la investigación.

Lisa nos miró, primero al sargento y después a mí. A menudo, a lo largo de la conversación, la maestra hacía pausas, reflexionaba pendiente de no decir cualquier cosa, y se notaba que pensaba cuidadosamente qué decir y cómo hacerlo con exactitud.

—Mira, Norman, Cosme Gaviria es el padre de Carmencita y, hace cosa de tres años, aprovechando que la niña era todavía muy pequeña, que él estaba borracho como una cuba y que su mujer había salido de casa, se entretuvo, pasó el rato o como quiera llamarlo, babeando mientras manoseaba a su propia hija, que con sus ocho o nueve años de entonces no sabía qué hacer… Cuando la esposa los sorprendió, a don Cosme lo encerraron en un hospital psiquiátrico o en un centro de rehabilitación de alcohólicos, la verdad es que no lo recuerdo muy bien. Y la niña, eso sí que no lo he olvidado, necesitó terapia para superar el trauma, y ya nunca ha vuelto a ser la misma. En clase ya nunca consigo que se concentre en nada y parece ausente o desinteresada por lo que le rodea. Solamente con Rosita y las otras niñas parece revivir… Y en cuanto a su padre, cuando al cabo de un año le dejaron salir, es cierto que nunca se repitió lo sucedido, o no se supo; el señor Gaviria fue aceptado en casa otra vez, como un buen padre de familia, y ahora, como si cumpliera una penitencia, pasa las horas paseando a solas o arrodillado rezando en la iglesia. Lo cierto es que nadie en el pueblo le hace mucho caso ni se fía de él, por más que parezca haberse redimido de su pasado. Puede que, como dice Carreño, no tenga nada que ver con lo que está pasando ahora, pero yo no perdería de vista que quien asesinó a la pequeña Carmen quisiera vengarse de don Cosme.

—¿Y qué quieres decir con eso? —le pregunté—. ¿Por qué habría de tener interés alguien en hacer sufrir a un padre que ya había pasado por algo tan terrible como la pérdida de su hija?

—Por darles, a él y a los otros padres, un escarmiento y conseguir que en todas sus vidas no pudieran ya nunca escapar de los remordimientos. A Cosme Gaviria, por haber abusado de su hija indefensa, y a los demás por no haberlas vigilado, no haberlas acompañado y no saber dónde se encontraban en cada momento. Estoy pensando —siguió Lisa ante mi cara de extrañeza— en un ángel. Un exterminador castigándolos por no haber cuidado de aquellas pobres criaturas, un justiciero que les recuerda su falta de atención, sus olvidos y sus vidas negligentes… Mira, Norman, esos padres, tras lo sucedido, ya nunca dejarán de tener presentes a sus hijas…

Mientras la escuchaba me di cuenta de que Lisa también acababa de unir la culpa y el castigo merecido con el arrepentimiento y el recuerdo de los muertos. Esta idea de una maldición que los persigue se repetía en el pueblo, y podía contener algunas claves para la interpretación de estos sucesos.

—Ya —le dije—, es la idea terrible del exterminador, de alguien que castiga por los pecados cometidos. Lo mismo me dijo Matías, el padre de Rosa Quiroga… Pero, aunque eso sirviera para explicar la muerte de Carmen, ¿qué tendría que ver con las otras niñas?

—Yo, si fuera policía —dijo Lisa mirando a Carreño—, escarbaría un poco en el pasado de todas las familias, puede que nos llevásemos alguna sorpresa, y también preguntaría algunos detalles a don Ramón, que odia a todo el mundo y que no es de fiar…

Al sargento creo que lo que cuenta la maestra le parece una idea disparatada y muy poco consistente, pero se ve que la respeta y que no piensa llevarle la contraria, menos aún delante de un recién llegado como yo.

—Está bien, Lisa —le dije para compensar el silencio del policía —, tendré en cuenta tu punto de vista, no quiero dejar pasar nada por alto en mis investigaciones… Y dime, ¿quiénes son las otras niñas que aparecen en la foto?

—A Carmen, a Rosa y a Virginia tristemente ya las conoces, ya te iré dando más detalles. Esas niñas componían una especie de hermandad, pero ninguna de ellas era nada sencilla, especialmente

Rosa, una chica francamente extraña si quieres saber mi opinión. Las otras dos son Isabel y Gloria. Tal y como te he dicho, eran todas raras, puede que fuera eso lo que las unía, y formaban un grupo muy cerrado, siempre estaban juntas, no dejaban que ninguna otra niña participase, y les gustaba distinguirse del resto llevando una cinta amarilla para el pelo…

El que unas chicas recogieran sus cabellos con una cinta del mismo color resultaba insignificante como noticia, pero no había que perder de vista la verdadera y auténtica profundidad del mensaje.

Intercambié una mirada con Carreño, los dos habíamos pensado lo mismo. Si esto era así, había que tomar la precaución de proteger a las dos niñas vivas, parecía muy posible que la cinta amarilla, de la que ya nos había hablado la madre de Rosa Quiroga, fuera el único patrón que podíamos establecer en el modo de operar del asesino, que, por alguna razón que desconocíamos, quería acabar con aquel grupo de chicas tan especiales.

Lisa tenía mucho que contar, así es que antes de despedirme de ellos preferí aprovechar un poco más la conversación.

—Y tú —le pregunté—, ¿qué piensas de Lucía y de Jacob? ¿Tenías trato con ellos?

—Sí, desde luego, ten en cuenta que ella puede ser una mujer extraña pero interesante, distinta al menos, y él… Bueno, era un escalador que venía al pueblo para repetir una hazaña, pensé que valdría la pena conocerle… Aquí, ya te habrás dado cuenta, no pasan muchas cosas. Y a tu pregunta de qué pienso yo de ellos, pues no sé si sabría contestarte… Para empezar, tienes que tener en cuenta que Lucía había venido del otro lado de los Andes y creo que para ella la cordillera representaba ese lugar en el que una vez se amó la vida y se fue un poco feliz, pero que después ya no se puede soportar. Vivía obsesionada con salir a buscar nuevos horizontes, con escapar, en definitiva, y también con encontrar un poco de sentido para su vida. Me parece que Jacob, al menos al principio, cumplía esa doble función, porque Lucía imaginó en él lo que ella necesitaba: un hombre con toda la belleza, la fuerza y el carácter de una criatura mitológica, y, al mismo tiempo, una buena manera de alcanzar su

propósito de salir de aquí. Unirse a él parecía un buen trampolín y creo que por eso sus fracasos como escalador hicieron que perdiera la confianza en él y terminó por odiarle. La verdad es que es difícil saber a qué se agarró Lucía para demorar tanto un desastre que todos veíamos venir desde hacía meses —dijo tras darse un respiro —. Al principio se las arregló para convencer a Jacob de empezar de nuevo, de que tenían una segunda oportunidad, idea que él aceptó, y que en aquella casucha mugrienta les esperaba una vida en común en la que depositar todas sus esperanzas de futuro… Desde fuera, parecía que los dos habían hecho un gran esfuerzo, que resultó inútil, eso ya lo sabes, por ser felices, pero no era así. Lucía manejaba los hilos y siempre creí que sus sentimientos hacia Jacob no eran tan auténticos como decía, y que, de haber conseguido cumplir sus objetivos, una vez instalados en cualquier ciudad de los Estados Unidos, le habría costado muy poco abandonarle sin ni tan siquiera volverse a mirar atrás. Y después, bueno, el resto puedes suponerlo… Jacob no era ni mucho menos lo que parecía. El escalador brillante que Lucía soñaba como compañero en una nueva vida resultó no ser nada, todo lo más un inútil incapaz de todo.

Puede que, llegados a este punto, alguno de mis lectores se esté preguntando, como yo lo he hecho, si no convendría empezar a mirar a Lucía como a una mantis religiosa, un animal inteligente y calculador que, una vez alcanzados sus objetivos, prescinde del macho y lo elimina.

—Veo —le dije a la maestra— que a Jacob no le tienes muchas simpatías, ¿no?

—Se hace incómodo porque tiene una idea exagerada de sí mismo, cree que sus problemas y la forma de resolverlos interesan a todo el mundo y constantemente plantea grandes dilemas. Como queriéndoselas dar de algo… Puede que presumiendo de tener pensamientos elevados.

—¿A qué te refieres? Porque don Ramón también habló de un sentimiento de superioridad.

—Mira, Norman, no te fíes de don Ramón, pero en este caso estoy de acuerdo con él. Jacob sentía que estaba por encima de

nosotros solamente por venir de los Estados Unidos, pero ni se enteraba. Era educado en extremo con la gente del pueblo y pensaba que las buenas maneras, por sí solas, le abrirían todas las puertas. Puede que al principio fuera así, pero esta es una comunidad cerrada y conservadora y todo lo que decía Jacob era considerado como charlatanería absurda de la que no podían burlarse abiertamente, pero que, probablemente, les asqueaba… Creo que les parecía un holgazán.

—Ya, yo también pienso que hay algo maleducado en ir a resolver dudas y hablar de conflictos delante de quienes han tenido muchas menos oportunidades que tú en la vida.

—Más que maleducado, es obsceno.

Y Lisa dejó unos segundos de pausa, mirando a su taza de café como si buscara en ella inspiración…

—Habíamos pasado un verano extraño con grandes tormentas y alguna nevada. Por todas partes se extendieron unas infecciones para las que no había cura, así que todo el mundo se metió en sus casas. Apenas vinieron turistas y los negocios dejaron de funcionar. Todos estábamos muy deprimidos y aislados en nuestro pueblo. Jacob no tuvo más remedio que esperar al otoño y durante ese tiempo de inactividad estoy segura de que surgieron las primeras desavenencias con Lucía. Debes tener en cuenta que no tenía escapatoria, su única posibilidad de salvarse pasaba por la cumbre de esa roca y él lo sabía, y sabía que no podría. El fracaso lo tenía cercado, se sentía inútil, desengañado de sí mismo, y el desencanto producía en él el efecto de un desgarro… Cuando mejoró el tiempo, durante unos días pareció interesarse de nuevo por el Fitz Roy, pero se le notaba que su entusiasmo ya no era el mismo de antes. Todos en el pueblo supimos que Jacob no podría jamás cumplir sus sueños. Y en esos momentos fue cuando me convencí de que eran la frustración y la derrota constante lo que de verdad les unía. Un vínculo fuerte y sólido, pero que no lograba aplacar sus males. Al contrario, Lucía y Jacob dieron muchos pasos juntos, todos los que necesitaron para destruirse mutuamente. Y yo desde entonces, desde que lo comprendí, ya nunca dejé de verles como lo que en

realidad son: guapos, vacíos y peligrosamente infelices. Por eso, no me extrañó que Jacob fuera detenido ni tampoco que pudiera ser un asesino de niñas.

VIRGINIA BAJO LA TIERRA

Pues bien, yo, por mi parte, tenía tarea por delante, Lisa Ros sabía mucho y tendría que entrevistarme más veces con ella, también quería volver a hablar con aquel escalador derrotado, y aún no había conseguido conocer a la enigmática Lucía.

Pero, entre tanto, sucedieron más cosas importantes, como que Jacob fue puesto en libertad por el juez.

A pesar de que no soy religioso, por la tarde asistí al funeral de Virginia. No conseguí en ningún momento concentrarme en las palabras del sacerdote o en el rito que se celebraba. De vez en cuando recorría con la vista la pequeña iglesia en la que se había congregado todo el pueblo, y no me quitaba de la cabeza que, entre nosotros, sentado en uno de aquellos bancos, con la cabeza hundida y llorando, estaba quien le había dado muerte… Casi al final, hicieron sonar a través de unos pequeños altavoces las notas tristes y sobrecogedoras de una nana, me pareció de Brahms, que se encargó de arrancar las pocas lágrimas que quedaban por caer de los ojos de los presentes. De inmediato me pregunté: «¿Qué es lo que debe imaginar uno mientras escucha esto?». La reacción que se produjo fue muy rápida, y al unísono aparecieron en mi mente las imágenes de unos padres amorosos mirando a una recién nacida en su cuna con el corazón lleno de esperanza… Y creí que buscar a quien había hecho esto era un noble propósito.

Cuatro hombres se acercaron al féretro, pero, antes de que lo levantaran en hombros, la madre de una de las niñas se acercó para acariciar por última vez la madera que guardaba a su hija asesinada.

No estaban enterrando cenizas, sino un cuerpo. Una escena conmovedora y terrible.

Me uní al largo cortejo encabezado por los que portaban la pequeña caja blanca, hasta que llegamos al cementerio. Todos caminaban aparentando mucho respeto, pero yo estaba seguro de que algunos eran de esos que adoran los cotilleos y se vuelven locos con los chismes, más aún si hay sangre o algo trágico de por medio, y asistían en parte por curiosidad y en parte por saborear las desdichas de sus vecinos. Sabía por experiencia que las mentes más retorcidas no podían evitar comparar unos funerales con otros… En este había más gente… O sus hermanos parecían sentirlo menos que cuando murió la otra niña… Sus padres perdieron por completo los nervios y no pararon de dar gritos, no como los de… Para algunos todo formaba parte del espectáculo y de una mezquina contabilidad. Esto último tampoco lo anoté. Me pareció una crueldad innecesaria y de ninguna manera quería herir la sensibilidad de la mucha buena gente que había en el pueblo. Para escribir, preferí fijarme en los que daban a los padres un abrazo sincero y les deseaban valor para seguir.

Además, la muerte de una tercera niña había hecho volver a toda la prensa. Desde muy lejos, veíamos los coches, las cámaras y una buena cantidad de periodistas que, por respeto, no se acercaban, aunque el zumbido de un dron hacía que con cada una de sus pasadas los asistentes alzaran sus cabezas con desconfianza. El dolor de aquel pueblo, colgado en una ladera de los Andes, abriría esta noche los informativos de toda la nación.

En cuanto el sacerdote pronunció las últimas palabras, el hombre que hasta entonces había permanecido rígido y apoyado en una pala comenzó a echar tierra sobre la tumba. Era mayor, con el pelo y la barba blancos y un buzo azul mugriento. Mientras el cura daba las condolencias a los padres, él lanzaba palada tras palada hasta que la tierra cubrió la caja por completo. Cuando acabó, se detuvo y permaneció muy quieto, sin un solo gesto de impaciencia. Las lágrimas le corrían por las mejillas. Todo había terminado para Virginia, que quedaría acompañada para siempre por Carmen y

Rosa. A partir de ahora, su infancia detenida formará parte del universo, el tiempo fragmentará sus huesos, convertirá sus cuerpos en polvo y los protegerá mezclándolos con tierra, mientras lentamente transcurre la eternidad.

Me giré levemente, del cielo caía una lluvia muy fina. En unos instantes el tiempo empeoró y unos pequeños granos de hielo comenzaron a golpearme la cara como perdigones; después, las nubes se apoderaron de todo y a lo lejos la nieve se confundió con el cielo, sin que se pudiera distinguir dónde terminaba una y comenzaba el otro. A nuestro alrededor se extendía una llanura pedregosa, un campo desolado. Se rompía el corazón solo de pensar en dejar allí a unas niñas.

Todo era profundamente desalentador y cualquier esperanza en el futuro quedaba en duda. Hacía un frío terrible y los únicos sonidos eran los de los pies arrastrándose, el llanto y los murmullos doloridos de hombres y mujeres que se avergonzaban de que en su pueblo pasara esto y que, con urgencia, necesitaban un culpable… Me fui separando de todos ellos y me alejé, solitario, de aquel cementerio perdido en una esquina del mundo.

HOSPEDAJE RESIDENCIAL DOÑA ESTHER

Estaba escrito cuidadosamente en un cartel que colgaba junto a la puerta de una casa muy arreglada y con un pequeño jardín a la entrada. Pero antes de ir allí, pasé un momento por la comisaría para que el sargento Carreño me contara algún detalle más acerca de aquella mujer de porte tan elegante y no encontrarme perdido ante ella.

—Es una mujer de mucho carácter, muy seria y trabajadora. Activa en los asuntos de la municipalidad, estuvo a punto de ser elegida alcaldesa, y siempre está dispuesta a echar una mano en lo que haga falta. Pero, también, y eso debes tenerlo en cuenta, es muy rígida, como corresponde a alguien que ha salido adelante con su propio esfuerzo. Enviudó siendo muy joven y se hizo a sí misma sin ayuda de nadie. Ya sabes, hay quien al perder a su pareja no es capaz de recuperarse nunca del golpe, se ampara en la memoria y se ahoga en la tristeza, pero ella no, para doña Esther el dolor y los recuerdos son un refugio, y de ellos saca toda su fortaleza.

—Y te parece que todos estos detalles me resultarán de gran utilidad para comprender y analizar lo que me cuente de Lucía, ¿no es así?

—Sí, porque tendrás que cribar o tamizar toda la información que recibas. Resumiendo, no creo que Lucía, para doña Esther, y mucho menos aún Jacob fueran una idea del modelo a seguir…

A pesar de todo esto que me había contado mi amigo el policía, yo no le daba más importancia que la propia de un personaje

secundario, una figura del coro, aunque a este respecto también me habría de llevar una buena sorpresa, ya que algo de lo que me dijo durante nuestra charla, un comentario dicho de pasada y aparentemente sin ninguna importancia, sirvió para acercarnos al final del enigma.

—Le habrán contado —me dijo nada más sentarnos— que hace mucho que Lucía ya no trabaja para mí, ¿no es así?

—Sí, pero eso es algo que no me atañe. Lo que yo necesito, eso usted ya lo sabe, es hacerme una idea de cómo son los diferentes actores de este drama, y Lucía, aunque solo sea por su proximidad con Jacob, es uno de ellos. Quiero conocerlos, a todos si es posible, tener datos… Cuantos más, mejor.

—Por eso se lo digo, porque creo que lo que voy a contarle le ayudará a saber quién es esa chica… Al principio, cada dos por tres me venía con quejas de que había un par de huéspedes que siempre se las arreglaban para espiarla mientras se cambiaba, y lo cierto es que tampoco me sorprendió porque es una mujer muy hermosa y creo que a cualquier hombre le gustaría mirarla… Pero la cosa fue subiendo de tono y terminó por convertirse en una obsesión. Lucía no dejaba de hablar de que la espiaban, de agujeros en los tabiques a través de los que siempre había alguien observándola… De ojos que la perseguían allá donde fuera… Pero era una excusa.

—¿Una excusa? ¿Para qué?

—Escuche atentamente, porque lo que voy a contarle da una medida exacta de cómo es esa chica en realidad, una manipuladora mentirosa y falsa. Lo que sucedía era, y no digo con esto que mis huéspedes no espiaran a Lucía, que ella, sabiendo que aquellos tipos venían a trabajar y en general se sentían tremendamente solos, se sacaba algún dinero haciéndoles compañía y utilizaba mi casa como un lugar de encuentro. Cuando se lo dije, no hizo nada por negarlo, e intentó embarullarlo todo contándome que Jacob estaba muy desanimado y que ella lo hacía para ver si dándole celos conseguía despertarle de su apatía. Hágame caso, *mister* Scarf, no crea ni una palabra de lo que le cuente Lucía. Todo, absolutamente todo, es mentira…

Mientras escuchaba estaba dudando de si lo que contaba aquella señora era a lo que se había referido Carreño cuando me previno, y producto del desagrado que a doña Esther le producía Lucía, o es que había algo más y tenía que fijarme en la gran cantidad de personas que desconfiaban de la chilena en el pueblo… Y en esas estaba cuando doña Esther pronunció aquellas palabras. Aquella frase larga y cuidadosamente construida, pero que yo en aquel momento no tuve en cuenta, no supe valorar, ni tampoco atribuirle la verdadera importancia que tenía…

Al rato nos despedimos, agradecí la hospitalidad y el trato recibidos, y volví caminando muy despacio al pueblo, haciendo lo posible por ordenar mis pensamientos. Empezando por la impresión que me había causado aquella señora dueña de la casa de huéspedes. Lo que Carreño había llamado ser emprendedora yo lo interpreté como uno de los rasgos propios de una manipuladora, incluso, por su forma mordaz y descarnada de hablar de Lucía con tanta crueldad.

Lo que no me pareció, y en eso me equivoqué, fue mentirosa. Pero lo era.

—Doña Esther —empezó diciendo el sargento cuando llegué a la comisaría— es buena solo cuando se aburre de ser mala…

—¿Qué quieres decir? —le dije sorprendido—. Me ha parecido una señora respetable, educada…

—Pues que se venga de Lucía hablando de ella todo lo mal que puede porque nunca le ha perdonado que no se aviniera a sus planes… Mira, Norman, a doña Esther le gusta que las chicas que trabajan para ella tengan la versatilidad suficiente como para ofrecer algún servicio extra a sus huéspedes. En general, ella misma te lo habrá explicado, hombres que pasan una temporada aquí trabajando y que se sienten aislados. Y Lucía no quiso, así de simple, y ella la utiliza para exculparse. Si lo deseas, en algún momento puedo enseñarte todas las denuncias que tenemos acumuladas contra doña Esther de vecinos aburridos de broncas y peleas, o de tipos borrachos que abandonan la casa al final de la noche alborotando. Ese alojamiento es, más que otra cosa, una tapadera…

Una vez más, tuve ocasión de comprobar que mi amigo Carreño raramente contaba todo lo que sabía.

—¡Vaya! ¿Y por qué no me dijiste todo esto cuando me recomendaste que hablara con ella?

—Tendrás que perdonarme, Norman, pero quería saber qué opinión sacabas de ella sin condicionarte con la mía… Doña Esther, tal y como has visto, es muy capaz de convencer de cualquier cosa y de imponer su opinión… No le des más importancia.

LAS TRES FOTOS

Un par de días después del entierro, pedí a Carreño una foto de cada una de las niñas. Estábamos sentados en su despacho y el policía las sacó de uno de los cajones y las empujó hacia mí deslizándolas sobre la madera de su escritorio. Con las imágenes en el bolsillo, me fui al bosque y las clavé en el tronco de un árbol de arriba abajo según el orden en el que habían sido asesinadas.

Pensé que colocando sus imágenes en un escenario similar al que habían muerto podría captar algo, una pequeña señal que me ayudara a comprender, pero pasé la mayor parte del tiempo temblando bajo la lluvia, sin que una sola idea acudiera en mi auxilio y sintiéndome incapaz de pensar en nada.

Las imágenes de Carmen, Rosa y Virginia me dejaban la cabeza vacía. Buscando algo que ignoraba qué era, me hice un autorretrato con el teléfono en el que mi cara aparecía junto a las de las pequeñas, pero al mirarlo tampoco encontré nada y me sentí profundamente decepcionado. Mi propio rostro me pareció gastado, muy cansado… Mi mirada hueca me impresionó. «Estos ojos no pueden ver ya nada», pensé.

Solo al final del día, cuando ya estaba dispuesto a regresar a El Chaltén con las manos vacías, apareció el sol durante unos momentos y toda la escena se sumergió brevemente en unos colores suaves y luminosos. Probé a moverme con lentitud, a respirar profundamente. De buena gana me habría quedado allí a dormir al raso, para notar los sobresaltos y la adrenalina disparada con cada ruido del bosque, el crujido de los troncos a cada soplo del viento, algún rugido lejano y los pequeños sonidos que, sobre la

hojarasca, parecen pasos o las garras de un puma que está olfateando.

Allí, solo y muerto de miedo, esperando comprender algo de la esencia del bosque que recobra la vida a la hora en que se marcha la luz y las lagunas se vuelven negras como el petróleo. Tumbado en mi saco con los ojos muy abiertos en la oscuridad, con la boca seca y la respiración entrecortada…

Y a las horas, en lo más profundo de la noche, imaginar a los tehuelches, hace mil años, caminando por la tierra como sombras, confiando en que su mundo sería eterno y que los dioses les seguirían facilitando la caza para que ellos pudieran postrarse y adorarlos. Caravana silenciosa con ojos capaces de ver a través de los árboles y de las rocas, espíritus danzando a oscuras.

En un instante la luna desaparece y las siluetas negras pasan a mi lado. El último fantasma me mira al tiempo que se pone el dedo índice sobre los labios y después agita las manos. No consigo entender si me pide silencio o que me vaya. Puede que me anuncie que nunca formaré parte de su mundo ni podré descifrar los secretos ocultos en el bosque.

El sonido de los pasos de los indígenas, leve, tenue, como si volaran sin rozar el suelo, se pierde poco a poco, pero aún noto su aliento cerca de mí. El calor que se desprende de sus cuerpos, embadurnados de grasa y cubiertos por pieles, queda durante un rato en el aire.

Al final, de haber tenido el valor suficiente para aguantar la larga noche, llegaría la mañana. Extraordinaria, con las primeras luces y el final del pánico. Y yo regresaría, esquivando los rincones donde la nieve aún no se hubiera fundido, entre los pájaros que aletean espantados cuando rompo el silencio en cada revuelta del camino.

LUCÍA

Su figura destacaba junto a la puerta el día que por fin me decidí a visitarla; me esperaba sentada muy cerca de un cubo con chatarra, indiferente a la basura y a los trastos viejos e inservibles que la rodeaban. Se levantó al verme llegar, expulsó una gran bocanada de humo y lanzó lo que restaba del cigarrillo lejos, al suelo. La casucha, según de qué lado se mirara, parecía inclinarse, como si estuviera a punto de desmoronarse y ser invadida por la maleza.

Nada más saludarme, Lucía empujó la puerta y entró invitándome a seguirla. Por primera vez estuve en su casa, un lugar que más adelante, y aunque entonces todavía lo ignorase, yo debería tener muy en cuenta para conocer los hechos, porque una parte importante de lo que sucedió tuvo lugar allí.

Todo estaba muy sucio y ella también. El desorden y la ropa tirada y desperdigada por el suelo aumentaban la sensación de desamparo, y tengo que reconocer que lo primero que sentí fue asco, repulsión, aunque más tarde, viendo el agotamiento que había en el fondo de los ojos de Lucía, la compadecí. Creo que todos compartimos la misma ansiedad y la misma frustración. Solo la manera de intentar controlarlas nos diferencia.

El retrato que había hecho de ella la maestra era acertado. Tenía ante mí a una mujer algo ojerosa y con una gran mata de pelo negro. Muy hermosa pero extraña, misteriosa y terriblemente cansada de todo. Aun así, yo iba preparado para encontrarme ante un gesto de amargura, ante una pose altiva diciéndome: «No vales nada, eres vulgar. Todos sois vulgares…». Pero no fue así y, desde el principio y en contra de lo esperado, Lucía se mostró conmigo

abierta y comunicativa, aunque, ahora lo sé, nunca me contó el problema de fondo ni mucho menos la verdad. La tremenda verdad que era la causa de todo.

—Tengo un pánico atroz a estar sola.

Fue uno de sus primeros comentarios que recuerdo y ahora que lo sé todo creo que empezó por ahí de una forma estudiada, para mostrarse débil o incluso para humanizar o dotar de sentimientos a su propio personaje, o tal vez como un truco para que yo me pusiera de su parte, algo que sin duda consiguió. Escuchándola, uno bien podía pensar en ella como en una pobre mujer que pasaba horas lloriqueando o con la mirada puesta en el cielo, quejándose y protestando contra su mala suerte al tiempo que bebía grandes cantidades de alcohol. Y tengo que admitir que toda esa estrategia le dio buen resultado conmigo, al menos hasta que Jacob, a los días de haber salido de la cárcel y antes de abandonar el pueblo, me contó unos cuantos detalles que me hicieron revisar mi opinión.

Cuando nos sentamos, recalco que estoy hablando de los primeros minutos en su casa y que, aunque se estableció entre nosotros una aparente cercanía, en ningún momento dejé de creer que ella ocultaba algo, me fijé en que Lucía estaba muy erguida y que a su gran agotamiento se unía una notable dignidad que la hacía destacar. Tal vez por eso le había tocado que todos en el pueblo hablaran mal de ella… Desde el principio, y para mi sorpresa, me contó infinidad de cosas, pero nunca pudo, o quiso, mostrarme fotos como esas que todo el mundo tiene, tomadas durante celebraciones o viajes familiares.

Le costaba hablar de sus padres y hermanos, y de su propia historia parecían haber desaparecido, suprimidos o censurados, los años de la infancia. Todo, salvo las escasas y leves referencias a las enfermedades que diezmaron a los suyos, comenzaba mucho más tarde, en el momento en el que abandonó Chile. Conscientemente, se había desprendido de toda memoria familiar, algo que mientras la escuchaba me invitó a reflexionar sobre lo infalible de nuestros recuerdos y de cómo los transformamos o moldeamos a nuestra

voluntad hasta que logramos el resultado apetecido para incluirlo en nuestra biografía.

Por lo poco que pude saber, había perdido a su madre antes de llegar a los siete años. Contaba, aunque no sé si aquello del oficio venía a cuento, que su padre era ferroviario y que tras el fallecimiento de su madre se fue, escapó, le gustaba decir a ella. En un par de ocasiones se refirió a él como un hombre que no había dejado de decepcionarla ni un solo minuto de su vida… Y que, aunque regresó a casa cuando ella estaba a punto de cumplir los doce, murió pocos meses después a consecuencia de un extraño virus que durante meses azotó la región. Al poco tiempo, el mismo virus mató también a su hermano pequeño y Lucía se quedó sola. A excepción de estos comentarios, Lucía apenas mencionó a sus padres y hermano y me fue imposible saber a qué se debía su silencio. Desde el principio creí que a esta parte de su infancia le faltaba un relato en primera persona que explicara qué fue lo que pasó y si el origen de sus conflictos pudo estar en haber sido abandonada a su suerte desde niña. Pero no parecía que ella hubiera intentado rellenar o dar un contenido distinto al hueco dejado por sus padres en su vida, ni tampoco haber gastado el tiempo o la energía requeridos para mirar con ojos menos críticos a sus antepasados más recientes.

Lucía situaba en ese momento en el que se vio definitivamente sola el comienzo de su relato. Ya entonces, tan temprano en su vida, tenía la mirada puesta en el alcohol, y sabía que la botella la acompañaría de por vida, según la senda que sus propios padres le habían dejado señalada… Tal como hablaba de ellos, o más bien tal y como los ignoraba, Lucía parecía no echarlos de menos en absoluto o, si lo hacía, lo disimulaba con una gran astucia. Quedaba a la vista que ese mal comienzo la dejó marcada para siempre y que la mujer desilusionada que ahora tenía frente a mí había sido castigada por los reveses y las contrariedades de la vida de una manera profunda que me llevó a compadecerla. Ahora, sin embargo, visto todo aquello con la perspectiva del tiempo, me doy cuenta de

que desde el primer momento su única intención fue la de manipularme.

Además, por lo que yo había oído, a Lucía nunca la quisieron en el pueblo y se lo dije, para ver qué decía…

—Cuando llegué, sentí que este pequeño pueblo me acogía y me pareció haber encontrado una tierra prometida. Lo que pasa es que después todo cambió muy rápidamente.

Las malas lenguas la describían como una especie de médium que ahuyentaba sus penas bebiendo y visitando por la noche el cementerio para convocar a los muertos. Por lo que decían, era fácil verla allí, paseando entre las tumbas y hablando sola en voz alta con palabras que nadie podía entender y que más bien parecían fruto de una alucinación.

Seguramente todo eran fantasías y envidia de su belleza algo distante, eso también. Aunque era mi primera visita, me arriesgué a preguntarle por esos paseos nocturnos y, al principio, me miró extrañada, como si pasar la noche caminando entre las tumbas fuera lo más normal del mundo.

—Sí —me dijo después, cuando pareció reaccionar—, solía hacerlo. La verdad es que hasta que llegó al pueblo Jacob, si exceptúo a don Ramón, me encontraba mejor paseando entre los muertos que entre mis vecinos vivos, que ni me miraban a la cara. Allí había paz y algo de la calma que no conseguía encontrar por las calles del pueblo. Te confesaré que cada vez más a menudo la figura de la muerte representaba para mí el descanso y el sosiego. Eso es cierto, lo demás —siguió con una sonrisa triste—, lo de las voces extrañas, idiomas raros y todo eso, son, simplemente, habladurías de gente aburrida.

Pero mientras ella hablaba yo me la imaginaba caminando en medio de la noche, hermosa y altiva, con el pelo muy negro y los dientes blancos, rodeada por personajes siniestros, seres fantasmales y algunos espectros.

—Te he oído citar a don Ramón y, por lo que dices, durante los primeros meses aquí él te trataba mucho mejor que el resto, ¿no?

—¿Me estás preguntando si las cosas fueron mejor al principio? Bueno, hace ya tanto tiempo de eso que nadie puede acordarse, ¿no te parece? Además, ¿a quién podría importarle ya?

Fue una de las clásicas reacciones de Lucía. Después tendría ocasión de verla hacer lo mismo en multitud de ocasiones. Una salida de tono, con una media sonrisa en los labios, fingiendo encontrarse a una gran distancia y como si nada pudiera afectarla.

—Te lo he preguntado porque tengo la impresión de que don Ramón no es precisamente una persona sencilla ni fácil de tratar, y por eso me ha sorprendido que tuvieras tan buena relación con él.

—Sí, puede que tenga fama de ser un hombre desagradable, aun así, conmigo se portó casi como un padre, pero…

—¿Pero? —le dije viendo que no se decidía con la siguiente frase.

—Pues, sencillamente, que llegó un momento en el que me sentí espiada y no había manera de que me dejara en paz.

Yo no esperaba aquella confesión acerca de su vecino y supongo que no fui capaz de disimular mi cara de extrañeza. Tengo que admitirlo, me costó aprender a tratarla y saber cómo interpretar sus claves y, cuando lo descubrí, puede que ya fuera demasiado tarde. Era difícil y atormentada, pero desde el primer momento me gustó sentarme frente a ella para escucharla, para mirarla mientras tanto sin necesidad de disimulo. Tenía algo trágico y magnético al mismo tiempo. Se juzgaba, y juzgaba a los demás, con una dureza que se acercaba a la crueldad, no perdonaba nada ni a nadie y su terrible obsesión con la muerte, la naturalidad con la que hablaba de tumbas y cementerios a cada paso, lo impregnaba todo.

—Don Ramón, como te decía, al principio mostró mucho interés en cuidar de mí, pero demasiado pronto empecé a encontrármelo por todas partes, era como si esos ojos tan penetrantes que tiene me vigilaran todo el día, estuviera donde estuviera. Acabé por imaginármelo con la oreja pegada a la pared, queriendo adivinar qué hacía, o escuchándome mientras dormía, y siempre me quedé con la duda de si no tendría algún agujero en la pared por el que observarme desde su casa, a oscuras, pegado al tabique que nos separaba, temblando y volviéndose loco con sus fantasías de mirón…

Y entonces le dio por llamarme Lucy. Y, aunque sabía que a mí no me gustaba, él lo repetía mirándome, Lucy, Lucy… Empecé a tenerle miedo. Siempre se presentaba de improviso, con movimientos lentos y cautelosos. Sin hacer ruido, y yo de pronto, al darme la vuelta, me lo encontraba a pocos metros, no tenía ni idea de cómo había llegado, pero allí estaba. Sin quitarme los ojos de encima.

Dejé que siguiera hablando sin interrumpirla, pero enseguida me vino a la memoria lo que me había contado doña Esther. Lucía siempre volvía a la imagen de una mujer sola que está siendo observada a través de un tabique perforado o de una puerta que había quedado entreabierta en un descuido.

La soledad y la presencia obsesiva y constante de ojos penetrantes que la contemplan detenidamente o que la espían eran, al igual que una cota significativa o un valle surcado por un río, un dato que permitía interpretar con algo más de claridad el mapa complicado de la vida de Lucía.

—Tuve que distanciarme de él, no me quedó más remedio, y desde entonces empezó a odiarme y a hablar mal de mí por todas partes. Después, cuando llegó Jacob, hizo como que le caía bien, pero era otra maniobra suya, en el fondo se lo comían los celos y también empezó a sembrar cizaña en torno a él, diciendo a los vecinos que el yanqui, como siempre le llamaba, era una influencia negativa para el pueblo. Ahora, con todo lo que sé de él, no me fiaría ni un pelo de ese tipo.

—Pero ¿tanto como para pensar que pudo haber tenido algo que ver con las niñas o con culpabilizar a Jacob?

Creo que me dejé engañar por la aparente sinceridad que ella mostraba y fui demasiado directo… Todavía puedo recordar perfectamente el momento. Se levantó y, al hacerlo, noté que, de pasada, se miraba en el espejo y que su imagen envejecida le causaba pavor. No conseguía disimularlo, aún era muy hermosa, pero los años y el alcohol empezaban a hacer mella y lo que veía le disgustaba profundamente. Involuntariamente, torció la boca en una mueca de asco ante una belleza que se le escapaba para siempre… Después, tras dar unos pasos, quedó muy quieta frente a una

ventana, parecía tener la vista puesta en el horizonte, pero los ojos se le llenaron de lágrimas; aun así, a los pocos minutos reaccionó casi violentamente.

—Ya sé, Norman, que algunas personas, a veces, hacen cosas para las que no les creíamos capaces… De haber hablado contigo hace tiempo, te habría dicho que a Jacob le faltaba valor para escalar, pero también para matar.

A pesar de su enfado, su voz sonaba sincera y parecía compartir conmigo sus preocupaciones, incluso yo podía pensar que me tenía por un confidente, así es que me decidí a seguir preguntando.

—¿Y por qué dices que a Jacob le faltaba valor?

—Mira, Norman —me dijo, sin duda en otro intento de que me pusiera de su lado—, al principio le cuidé. Comprendí sus dilemas y su lucha, y lo hice porque le amaba. Pero después todo cambió y ya no fui capaz de aguantar ni un segundo más. Su debilidad y su miedo eran una enfermedad terrible que acabó por arruinarle la vida. Yo hacía todo por él y me sometía a mí misma a una tremenda presión por hacerle feliz… Con Jacob todo eran problemas y yo entonces creía que el amor sería suficiente para vencerlos, que no se estropearía con las dificultades, pero no fue así.

Lucía se quedó mirándome durante unos instantes a los ojos, por vez primera me fijé en que tenía una pequeña separación entre sus dientes delanteros que la hacía extraordinariamente bella. Escuchándola, uno tendía a pensar en una mujer dispuesta a todo con tal de rescatar a su pareja de la apatía, pero creo que eso no era todo. O, al menos, no era exactamente como ella lo contaba.

—No creas a quienes te digan que Jacob y yo éramos dos extraños viviendo bajo un mismo techo, porque eso no es cierto. Durante mucho tiempo fuimos uno solo moviéndonos al unísono y pensando al igual que si fuéramos almas gemelas, pero después su presencia se volvió una sombra que lo oscurecía todo y que yo ya no fui capaz de soportar. Ahora, tras todo lo que ha sucedido —recalcó mirándome—, no dejo ni un instante de pensar en que convivimos con desconocidos, y por mucho tiempo que lo hagamos, ignoramos de ellos casi todo.

—Creo que ni uno mismo llega a saber del todo quién es…

—Estoy segura —dijo categóricamente por toda respuesta y como si no hubiera oído nada de lo que dije—, Jacob es el culpable.

EN LIBERTAD

Aunque no hubiera aparecido el cadáver de Virginia, el juez también habría terminado por poner a Jacob Anderson en la calle. En parte, por lo endeble de las pruebas aportadas por la policía y en parte también porque, de no haberlo hecho por propia iniciativa, en pocos días hasta el abogado más inútil habría demostrado que los mosquetones azules no tenían nada que los relacionase con el escalador, ni huellas ni rastros de ADN, y en el caso de que fueran suyos, lo que tampoco quedaba probado, cualquier otra persona podría haberlos sustraído y utilizado para el crimen. No existía ni una sola evidencia y todo se había debido a un linchamiento, a una presión invisible y silenciosa, inducida por el alcalde en su deseo de echar tierra lo antes posible sobre aquellos terribles sucesos y que las cosas volvieran a ser como siempre. Los que pensaron en un caso resuelto, empezando por el propio alcalde Acosta, sin duda se habían apresurado en sus conclusiones y tendrían que volver a empezar desde el principio.

Fui a buscarle a la pensión en la que se alojaba desde que salió de la cárcel. Había hablado por teléfono con él y me dio su permiso. Por lo visto, tenía ganas o necesidad de hablar con alguien y para cuando llegué ya me esperaba en la calle. El nadador estaba ojeroso, pero parecía conservar su fortaleza y haber recuperado algo del buen aspecto que tenía antes de que le detuvieran. A medida que me acerco, mirándole todavía desde lejos, comparo mi soledad con la suya poniendo como fondo aquel hermoso paisaje y, aunque al principio no obtengo resultado alguno, al cabo de unos minutos

empiezo a pensar que no somos tan distintos. Puede que, a lo sumo, Jacob esté algo más desesperado.

Me saluda con afecto, pero, en cuanto abre la boca, se nota que está en las últimas. Se muestra tranquilo en los gestos, y también al expresarse, pero de todo cuanto hace se desprende un inconfundible toque de amargura. Está libre, pero sabe que se ha librado por los pelos y ya no confía en que para él haya una segunda oportunidad.

—Quise demostrarle a Lucía que yo valía para algo, que era merecedor de tenerla por pareja. Yo necesitaba alcanzar la gloria en aquella gran pared y que ella supiera que aquella escalada requería de un terrible sacrificio. Pero cada vez que levantaba los ojos hacia la cúspide del Fitz Roy veía que había fracasado y que ella me odiaría por mi cobardía y nunca podría perdonarme mi falta de valor.

Oyéndole, se me ocurrió pensar que tal vez esta fuera la única manera que Jacob encontró de expresar sus sentimientos sin que fuera puesta en duda su virilidad y que cualquier otra forma le habría resultado afeminada. Puede que el buen puñado de sinsabores y decepciones que le acompañaban desde la infancia tuvieran que ver con aquella noción seguramente equivocada, y casi medieval, de la hombría, del tipo valiente que conquista a la dama a base de orgullo y de poner a prueba su valor.

En el fondo, parecía resistirse a aceptar su derrota y de vez en cuando se le escapaba hablar de entrenamiento psicológico, de prepararse para otro intento más adelante. La verdad es que mirándole comprendí que no hay nada más doloroso, ni más triste, que el espectáculo de quien se niega a ver la realidad mientras se hunde. El fracaso ante una escalada en solitario solo era una representación metafórica de los imposibles, de todo lo que no se puede hacer en la vida.

Mientras le escuchaba, me fijé en la fachada junto a la que nos encontrábamos; junto a ella, en el suelo de tierra, brotaban algunas pequeñas flores a las que no prestamos atención. La naturaleza ocupaba una parte tan enorme de lo que teníamos ante los ojos que un detalle, que podía ser esperanzador, carecía de importancia y pasaba desapercibido…

—A los pocos días de haber llegado a El Chaltén —dijo Jacob—, ya empecé a torturarme con la idea de que me faltaba voluntad y que yo era indigno de una montaña de belleza tan extraordinaria. Al principio, me consolaba pensando que tarde o temprano aparecería una señal que me ayudaría a reconocer el camino, pero el tiempo se esfumaba y ese signo esperado solo quedó en una quimera y no se dejó ver por ningún lado. A menudo, me quedaba hechizado por la sombra del Fitz Roy y perdía la noción del tiempo, pasaba horas mirando aquella roca gigante y afilada que me había traído hasta aquí y durante unos minutos sentía una misteriosa felicidad que, al poco, desaparecía. Uno de esos días, oí repicar las campanas y noté la punzada anunciadora de que todo acabaría mal. Muy cerca del pueblo habían encontrado el cuerpo sin vida de Carmen Gaviria. Era una tragedia terrible. Todos estábamos nerviosos… Mira, Norman, al principio solo fueron malas caras, gente que dejaba de saludarme y se cambiaba de acera haciendo como que no me veía, pero en pocos días todo empeoró rápidamente. Primero fueron los sobresaltos causados por las piedras que, a medianoche, rompían los cristales de las ventanas. Después, a los pocos días, le tocó el turno a nuestro gato, al que encontramos abierto en canal frente a la puerta, dentro de un gran charco de sangre. Alguno de nuestros vecinos se había esmerado trabajando con la navaja y, tras el hallazgo, ya no me quedó ninguna duda de que yo no había sabido ganarme el respeto de mis vecinos o, si en algún momento lo tuve, lo había perdido por completo. Me había quedado irremediablemente solo frente a todo el pueblo. El miedo a lo que se nos venía encima era lo único que nos mantenía unidos, pero Lucía pareció volverse loca y a menudo descargaba toda su ira contra mí, con lo que conseguía que yo le respondiera diciéndole que ella también era una fracasada, una negada para la vida… Y siempre que empezábamos así, terminábamos enzarzados en tremendas disputas.

Hice gestos de asentimiento, pero, ya que Jacob no los nombraba, no me atreví a preguntarle por el alcohol ni por las veces en que, según su vecino, aquellas peleas terminaban llegando a las manos…

—Lucía estaba muy mal, cada noche sufría pesadillas, sueños terribles en los que se convulsionaba mientras deliraba; siempre que estaba en este estado decía algo de un barco y de alguien que murió, a veces pronunciaba nombres que parecían ser de mujer, pero que nunca llegué a entender ni saber a quién se refería… Sin que ella se diera cuenta, yo pasaba horas mirándola mientras se retorcía desnuda en la cama como si hubiera bebido veneno, pero en ningún momento tuve el valor suficiente como para atreverme a despertarla…

Pensé que a cualquiera que imaginara la escena le resultaría difícil determinar si Jacob permanecía quieto, disfrutando de su cuerpo en tensión, o simplemente lo hacía por verla sufrir, como una venganza por la dureza con la que ella le trataba.

—Mientras soñaba parecía querer correr, escapar de algo terrible que le causaba un gran temor. Las frases entrecortadas e incomprensibles que balbuceaba puede que contuvieran la clave o alguna pista acerca de qué le causaba tanto terror. Algunas veces parecía que llamaba a su madre, aunque yo nunca le había oído hablar de ella. A menudo, yo apartaba la ropa que la cubría para contemplarla en sus pesadillas, con toda la piel cubierta por el sudor y jadeante. Y me quedaba allí, muy quieto, sin poder apartar los ojos de ella, que lanzaba manotazos como si quisiera atrapar porciones de aire, pero terminaba arañando la pared por encima de la almohada, con las uñas blancas de cal. En segundos, todo el calor de nuestros cuerpos se perdía y yo notaba que me iba quedando helado y avergonzado por no hacer nada. Una parte importante de la escena —me dijo como para darle más realismo— eran sus largos cabellos, que dejaban de ser algo hermoso cuando eran movidos por el viento para transformarse en una masa grasienta que a cada movimiento se pegaba a su cara y se enredaba con su cuello… Al despertar, Lucía nunca recordaba nada. Sin embargo, otras veces, también durante la noche, surgía desde lo más profundo de alguno de sus sueños espantosos y saltaba de la cama diciendo que escuchaba alimañas revolviendo basura junto a nuestra puerta. Podía oírlas gruñir, hurgar y pelearse entre ellas; a veces, llegaba a

decir que veía sus ojos brillantes y sus bocas abiertas y llenas de babas como si estuvieran dentro de la casa. Seguramente era solo el sonido del viento y su imaginación atormentada, pero ya no podía volver a dormirse y para entonces habían pasado tantas horas que, fuera, empezaba a amanecer, volvía la vida y llegaban a nuestros oídos algunas voces y pasos por la calle. ¿Sabes? —me dijo el nadador como queriendo concluir—, al final nada ha sido como lo esperaba. Ahora creo que debí haber comprendido todo desde la primera vez que la vi, desde que escuché sus primeras palabras, pero, claro, es muy fácil interpretar las cosas cuando ya han pasado…

Contarme todo aquello debió de suponer un gran esfuerzo para Jacob y cuando terminó le temblaban las manos.

—Mira, Norman —me dijo poniéndose más tenso aún—, yo tenía los mosquetones y el resto de mis cosas tirados por ahí, el asesino pudo haberlos cogido con facilidad, nuestra casa siempre estaba abierta… Y Lucía se precipitaba a menudo en depresiones y en cualquier clase de locura que fácilmente podían conducirla a hacer algo irreparable.

—Pero ¿qué me dices, Jacob, que Lucía puede ser la asesina de las niñas?

—No, o no me atrevería a asegurarlo. Pero nadie, salvo quien me los robó y la propia Lucía, conocía la existencia de aquellos mosquetones, y no olvides que fue ella la encargada de mostrarle a la policía ese detalle como pista… Seguramente ya te lo habrán contado, pero la noche que vinieron a detenerme no protesté ni dije nada, pero, cuando oí el llanto y los gritos de Lucía, estuve seguro de que ella me había traicionado y vendido… Y que, al hacerlo, se estaba vengando de mí. Esa fue la única razón por la que en aquel momento, al comprender por fin qué había pasado, todo se me vino abajo. Lloré pensando en lo que Lucía y yo pudimos haber sido, pero, sobre todo, pensando en lo que habíamos perdido, pero en ningún momento quise dar a entender que aceptaba mi culpabilidad, tal y como se ha dicho. Bien, Norman, estoy seguro de que al final atraparéis a quien esté haciendo esto. No pensaba contártelo, pero

ayer volví muy cerca del Fitz Roy, a la laguna de los Tres… Y ya sabes cómo son por aquí las cosas… El viento hizo que el tiempo cambiara en segundos, el cielo azul desapareció y empezó a caer un poco de nieve. Era un chispear fino y helado, y me quedé allí, de pie, minúsculo frente a esa torre gigantesca que entonces las nubes también ocultaban, y empecé a pensar, como en una iluminación súbita, que no iba a perdonar que Lucía hubiera querido vengarse de mí haciéndome parecer un asesino, que no me iba a callar y que ahora lo que yo necesitaba es que fuera ella la que tuviera que dar explicaciones, al menos por haber hecho equivocarse a la policía… Estuve allí un buen rato, sin mover un músculo, hipnotizado mientras los copos caían sobre mi cabeza como unas losas blancas y pulidas… En cuanto llegué al pueblo te llamé, y ahora ya lo sabes todo.

Pero yo no lo sabía todo. Ni mucho menos. Prácticamente no había avanzado nada en todos los días que llevaba allí.

Me quedé muy pensativo, la maestra opinaba que Jacob bien podía haber sido utilizado por Lucía para alcanzar sus fines y, ahora, el propio Jacob también hablaba de sentirse traicionado por ella. Puede que fuera un buen momento para reflexionar acerca de qué tipo de persona era en realidad Lucía y cuál era su papel en todo esto…

OTRA VEZ EN SU CASA

Así es que volví a la casa de aquella mujer enigmática con la esperanza de aclarar mis ideas y también porque, secretamente, tenía ganas de volver a verla.

—Me dejaste impresionado con lo que me dijiste el otro día acerca de la culpabilidad de Jacob. No creo —le dije mientras ella me miraba fijamente— que la cosa esté, ni mucho menos, tan clara y a mí me quedan muchas dudas.

Lucía, al escucharme, levantó la vista y dejó de garabatear sobre una revista vieja y muy sucia que había sobre la mesa. Tal y como estaba, recibiendo algo de luz lateral que se colaba entre los visillos, podía haber posado para un cuadro. Solo duró un instante, y, cuando volvió a empuñar el lápiz, lo hizo con tanta fuerza que el papel se rasgó.

—Lo vi en su cara, Norman —dijo entonces, como si reaccionara o regresara desde muy lejos—. Nadie puede quedar impasible ante una acusación como esa. Su mirada era de loco, de un loco asesino. Somos solo lo que escondemos, no valemos nada sin nuestros secretos, y Jacob también guardaba el suyo y era que podía convertirse en un tipo peligroso.

—Pero ahora la aparición del cadáver de Virginia lo cambia todo…

—Puede, pero para mí no cambia nada. Jacob sigue siendo el culpable, lo que pasa es que alguien en el pueblo, otro loco, está queriendo llamar la atención o emularle…

Aquella frase era una salida de tono, un disparate que no llevaba a ninguna parte, y así se lo dije.

—Eso, Lucía, no tiene ni pies ni cabeza…

Pero ella ya lo sabía. Por primera vez fui verdaderamente consciente de lo desesperada que estaba por vengarse de Jacob y de cuánto tiempo malgastaba en odiarle. Lucía sería capaz de hacer cualquier cosa con tal de ver al yanqui convertido en culpable. Por ejemplo, mentir todo lo que hiciera falta…

Creo que ella también se dio cuenta y quiso rectificar.

—Puede que tengas razón, la muerte de Virginia me ha enloquecido a mí también, pero lo cierto es que nadie pudo ver como yo la cara de Jacob al ser detenido y tampoco olvides el detalle de que las niñas hayan sido colgadas utilizando sus mosquetones… Desde que aceptó que no podía escalar el Fitz Roy, su comportamiento fue muy extraño. Alguien debería haberse esforzado en interpretar sus gestos y, entonces, habría comprendido que Jacob podía ser peligroso.

—¿Alguien? ¿Y por qué no tú?

—Porque yo para entonces apenas podía soportarlo, tanta derrota, tanta frustración habían terminado por aburrirme y solo quería que se fuera para siempre y no verle más…

Se me ocurrían cientos de preguntas, como, por ejemplo, si Lucía tenía tantas ganas de perderle de vista como para alegrarse de que le metieran en la cárcel, pero, por el momento, las olvidé e hice lo posible por retomar la conversación cambiando bruscamente de tema.

—¿Por qué viniste a El Chaltén, Lucía? ¿Por qué a un lugar tan especial y tan hermoso como este?

—Casi por casualidad. En parte, porque desde donde yo vivía esta es la población argentina más cercana. Esa sería la respuesta simple, pero hay algo más…

—¿Sí? ¿Y qué es?

—Ten en cuenta, Norman, que para mí era el principio de una nueva vida. Viajé poseída por tanta belleza que quienes no la conocen no podrían ni tan siquiera imaginarla. Hacía mucho frío y el aliento formaba nubes que se detenían un momento en el aire, como si fueran humo, para después desaparecer.

Me quedé mirándola y Lucía siguió tras tomar aliento.

—Desde Villa O'Higgins tomé el barco que cruza el lago hasta la antigua hacienda de Candelario Mancilla, un pionero. Al día siguiente me llevaron en una furgoneta hasta donde la pista es transitable y después fui caminando por Laguna Redonda hasta alcanzar el Lago del Desierto y, tras cruzarlo, un colectivo me dejó aquí, en El Chaltén. Todo parecía esperanzador, pero… Bueno, tú ya lo sabes, Norman. No duró mucho.

Yo debía de tener para entonces una gran expresión de incredulidad, pero ella siguió.

—Además, ten en cuenta que cuando dejé Chile pensé que este era solo el primer peldaño. Una estación más, una escala en un largo periplo… Y ya ves, aún no he conseguido salir de aquí, de este pueblucho que poco a poco está acabando conmigo.

Estas palabras sí que se correspondían exactamente con lo que me había adelantado Lisa. Lucía hacía ver que se sentía atraída por lo desconocido, daba una versión enriquecida de sí misma, pero no había sido capaz de moverse de El Chaltén. Escapar era su único propósito, el que consumía su vida y la torturaba, huir como fuera, a cualquier precio, y puede que tuviera lógica lo que creía la maestra, que se había unido a Jacob con ese fin. Incluso con ese único fin. Tras mi conversación con Lucía, yo estaba del todo de acuerdo con Lisa, y si alguien me hubiera pedido que señalara un rasgo común entre ellos, aunque fuera uno solo, habría respondido sin dudar que las ganas de huir. La necesidad profunda de escapar era lo único que compartían aquellos dos seres, por lo demás tan dispares. Noté un murmullo dentro de mi cabeza, tal vez me estuviera dejando influenciar por las palabras de Lisa, pero yo estaba cambiando de opinión. Apenas conocía a Lucía, pero creo que sobra decir que no me creía ni una palabra de lo que contaba.

JACOB ABANDONA EL CHALTÉN

Antes de abandonar el pueblo para siempre, quiso fotografiarse frente a la casa destartalada que compartió con Lucía. La que fue testigo de sus días felices, y de los menos felices, que fueron la mayoría, y escenario también del terrible desenlace.

Le acompañé, y, como estábamos solos, me tocó apretar el disparador. El nadador estaba casi en el mismo lugar, y casi en la misma postura, que en la foto de aquel periódico que llegó a mis manos hace ya meses. Visto así, parecía encarnar al mismo tiempo los espíritus de la vitalidad y de la inocencia, de las ganas de vivir, de la derrota y de la fe en un futuro prometedor aunque huidizo. La cabeza no le alcanzaba para pensar en sí mismo como en alguien destinado a cumplir un gran sueño y morir por él; Jacob era demasiado simple como para concebir esa altura de miras, si no, habría dado para construir a partir de él un personaje fabuloso, un capitán Scott dispuesto trágicamente a dejarse la vida con tal de poner sus pies sobre el manto blanco y helado del Polo Sur.

Sus ojos lo decían todo y el brillo había desaparecido de los suyos para siempre, dando paso a un rostro envejecido y triste.

Me pidió unos minutos para quedarse allí a solas. Supuse que necesitaba hacer una especie de despedida o un inventario de sus recuerdos.

—¿Te preguntas alguna vez cómo habría sido tu vida de no haber venido a este pueblo? —le pregunté cuando volvió adonde yo le estaba esperando.

—A veces me arrepiento. Otras, creo que algo de esto me servirá en el futuro, que habré aprendido algo…

Era una respuesta, como todo en Jacob, casi conmovedora por infantil, pero, aun así, le creí.

En ningún momento de nuestra conversación dejó de mirarme a los ojos. Se trataba de un hombre valiente pero derrotado. Había vivido la escalada como una fe, practicando el culto y todos sus rituales con dedicación absoluta, pero ahora sus palabras confirmaban que estaba defraudado y necesitaba dejar todo eso atrás, aunque no parecía tener ni idea de hacia dónde dirigirse. No me cabía duda de que se hacía preguntas acerca de si las cosas tenían algún sentido, y nunca encontraba ni una sola respuesta. A partir de entonces ya no conseguí olvidar la expresión de su cara por el profundo vacío que se reflejaba en ella. Duró solo un segundo y después volvió a querer quitar importancia a todo, como si de un momento a otro fuera a decir algo así como… Bueno, no pasa nada, sigamos adelante… Pero yo estaba seguro de que era la de antes la verdadera cara de Jacob, la que expresaba toda su amargura. Me dio pena. Al final, mi manera de escribir, aunque sin perder de vista la verdad, siempre me llevaba a apiadarme de los personajes.

—Escúchame, Norman. Desaparecieron las niñas y también Lucía, al menos tal y como yo la había conocido… La vida es triste cuando se está solo…

Yo eso también lo sabía, pero no dije nada y me quedé mirándole mientras Jacob me hablaba de la ilusión perdida, de su mirada melancólica a lo que pudo haber sido y no fue. Del tiempo en el que Lucía aún no se había convertido para él en un peso difícil de acarrear. Creí que iba a contarme algo más, parecía querer evocar con nostalgia sus primeros días en el pueblo, pero ya no dijo nada más y se hundió en sus pensamientos mientras se le humedecían los ojos.

Le puse la mano en el hombro y, de repente, como si mi brazo se estuviera convirtiendo en un conductor de corriente eléctrica, reviví la desazón de cuando yo tenía los mismos años que él ahora, la incertidumbre de estar en un mundo ancho e incomprensible en el que todos menos yo parecían haber encontrado el lugar que les correspondía.

Me despedí de Jacob y mientras lo hacía pensé que aquello era un último adiós, que no volvería a ver nunca más a aquel pobre tipo. Después, él nunca hizo nada por ponerse en contacto conmigo ni yo tampoco di un solo paso, aunque sí que en muchas ocasiones me pregunté qué habría sido de él. Creo que yo, por mi parte, ya había tenido demasiado de todos los protagonistas de aquella historia y no necesitaba nada más.

Seguro que en el tiempo que siguió Jacob tampoco encontró lo que buscaba, si es que alguna vez supo qué era.

Años después me escribió otro Anderson, su hijo:

> Fuiste muy importante en la vida de mi padre. Siempre nos decía, y lo repitió hasta que la muerte se lo llevó, que eras el único que le escuchó.

Me pregunté si se habría suicidado, pero, como su hijo no dijo nada, no me atreví a mencionarlo. Esperé unos cuantos días y respondí dándole el pésame, y él también volvió a escribirme. No me contó nada de los últimos años de vida de Jacob, pero lo que me dijo fue amargo, salvaje y, desde cualquier punto de vista, terrible.

Con el tiempo, se resignó a la monotonía y a la mediocridad, abandonó todos sus sueños de las grandes escaladas y empezó a escribir. Más bien, a poner sobre el papel los delirios del alcohólico que nunca dejó de ser. No había pensado enviártelo, más que todo porque nunca creí que fueras a contestarme, pero, ya que lo has hecho, te mando la última página de su cuaderno. Estoy seguro de que a mi padre le habría gustado que tú la conservaras.

Uno puede escribir tanto como quiera, inventarse o recrear universos paralelos en los que habitar más cómodo, pero nada sustituye a la vida de verdad. Crecer es dejar de codiciar. Es renunciar, olvidar la grandeza de las metas que nos hicieron justos y también la belleza que perseguimos durante años creyendo que la haríamos nuestra para siempre.

Madurar es pensar que eres feliz mientras llenas el depósito de gasolina o viendo parpadear las lucecitas de la ciudad, sabiendo que, tras ellas, solo hay otros desgraciados como tú. Madurar es saber que las lágrimas ahogan las ilusiones y anegan el horizonte. Que si te detienes te traicionas a ti mismo, pero que al caminar pisoteas el arcoíris.

Y que solo queda sentarse a contemplar las luces misteriosas del día cayendo…

Cada vez miro más al dolor como a un compañero fiel y a la felicidad como a una sorpresa desconcertante… Y siento lástima por todos nosotros…

Después de leer aquello, más que otra cosa, el producto de la mente de un trastornado, me pregunté si Jacob no era más de lo que yo supe ver, si no tenía algo más que ofrecer de lo que yo ni me enteré. Ahora, visto desde esta gran distancia, creo que mereció algo mejor que ser mirado como un gringo loco que no sabía en qué malgastar su tiempo…

Doblé la carta y me quedé mirando a través de los cristales de mi ventana. Afuera comenzaba el otoño, la mejor estación del año, y todo se estaba llenando de hojas muertas.

Al fin, tras un largo camino del que yo había visto solo una parte, Jacob había encontrado el descanso.

LISA Y SUS ALUMNAS

—He venido a verte —le dije a la maestra— porque llevo toda una semana haciéndome preguntas, pero sin lograr ni el más mínimo avance. Hasta ahora, si te fijas en las fechas, resulta llamativo el corto espacio de tiempo en el que han pasado tantas cosas en un lugar en el que, aparentemente, nunca pasa nada. Pero ahora llevamos siete días sin sufrir un solo sobresalto y, en lugar de tranquilizarme, mi inquietud no para de crecer. ¿Está el asesino a la espera? Y si es así, ¿a la espera de qué? ¿Nos quedaremos sin saber quién es el culpable y nunca más volverá a dar señales de vida?

—En apariencia todo el mundo está volviendo como puede a sus ocupaciones y a sus quehaceres, por más que el corazón les palpite todavía asustado… Hacen lo que pueden por volver a sus vidas, pero yo creo que todo es un espejismo y que algo muy malo va a suceder en cualquier momento.

—Sí, soy de la misma opinión, por eso he venido, quiero saber más cosas de las niñas, puede que, conociéndolas mejor, vea alguna luz en alguna parte, y creo que tú eres una de las personas que mejor las conocía.

La maestra y yo nos encontrábamos en una esquina del patio mientras las niñas jugaban aprovechando el tiempo del recreo.

—Míralas bien —me dijo señalando a las chicas que jugaban y correteaban a nuestro alrededor—. Me he fijado con mucha atención en ellas cada vez que se ha producido una muerte…

—¿Y? —le pregunté sin comprender hacia dónde iba o qué me quería decir.

—Pues que cada vez que una de las pequeñas ha sido asesinada, el pueblo entero ha quedado paralizado, hundido, como si hubiera desaparecido la última niña que quedara sobre la Tierra. El patio de juegos quedaba triste, perdía el bullicio de otros días. Sin embargo, sus compañeras más próximas, las que debían estar más afectadas por la ausencia de sus amigas, en ningún momento han detenido sus juegos ni tampoco se ha dejado de oír su risa…

—Bueno, son niñas, perciben las tragedias de otra manera…

—Podría ser, pero es que las tres chicas que han desaparecido, igual que sus dos amigas, eran frías y malas. Ya sé —siguió ante la cara de sorpresa que debí de poner— que es difícil hablar de buenos o malos… Pero, créeme, aquellas tres lo eran, al igual que las dos que quedan.

Y a continuación la maestra me sorprendió, como seguramente sorprenderá a todos los lectores, con una frase que no solo resultaba extraordinariamente dura, sino que además ponía en cuestión todo lo que ella misma había dicho en anteriores ocasiones, cuando se mostraba siempre tan sensible y, sobre todo, tan cercana a las niñas.

—Esas chicas —me dijo muy seria— eran unas perfectas zorras. En especial Rosita, la que dice su madre que se le aparece en visiones por los pasillos… Era una niña muy especial, muy inteligente, muy flaca, pero, sobre todo, alarmantemente extraña. Lo que se dice un auténtico bicho raro. No era simpática, pero llamaba la atención, era una especie de niña superdotada y sabelotodo que parecía venida de otra galaxia y tan necesitada de que se fijaran en ella y la escucharan que, a veces, la mayor parte de las veces, resultaba insoportable. Le bastaba oír una sola vez una palabra en otro idioma para aprenderla para siempre y sabía hablar con distintos tonos de voz, así es que sus amigas tenían que taparse los oídos cuando, en medio de una conversación y sin que viniera a cuento, empezaba a dar auténticos alaridos con palabras que nadie conocía y que, ¡vete a saber!, lo mismo eran hindi que cantonés. Pero esto no era todo, también tenía una facilidad asombrosa para inventar historias y, cuando les hablaba a las otras de sus extrañas

visiones, hacía muecas con la cara solo para deleitarse, por el puro placer de asustar a sus compañeras. Pero, aun así, aunque no la entendían y le tenían miedo, Rosa capitaneaba a las otras cuatro, que solo eran sus comparsas, sus monaguillos, pero que junto a ella se sentían importantes y poderosas… Cuando se reunían se creían las más listas de la clase y se pasaban la vida aguijoneando y despreciando a las demás, siempre burlándose con saña de las más débiles, las feas o las gordas. Eran capaces de cualquier cosa, y lo mismo les daba una niña que llevara el pelo sucio, tuviera lamparones en la blusa o legañas en los ojos. Todo les venía bien para sus burlas y sus exhibiciones de sadismo.

—Resulta sorprendente la gran cantidad de crueldad que puede llegar a acumular un pequeño grupo de niñas… Pero me estás contando detalles muy diferentes a los que me diste el otro día.

—Todo lo que te conté es cierto, tal vez es que frente a Carreño no quise hablar mal de mis alumnas, no te confundas, y ahora tampoco lo hago. Lo que necesito es puntualizar que la escuela es un entorno duro en el que conocemos las primeras manifestaciones de violencia, de abuso de poder y de lejanía con respecto a los demás. Sin duda, todo es un anticipo, un avance de lo que vendrá después… Esas chicas se sentían superiores y soñaban con que, cuando crecieran, conservarían sus cintas amarillas en lugares distintos del mundo, porque las cinco coincidían en creer que les aguardaban unas vidas maravillosas, y que así se mantendrían unidas… Pero…

—¿Pero? —le pregunté totalmente intrigado.

—Pues que eran solo ilusiones. La realidad es que todas sus compañeras las odiaban y les tenían asco…

—¿Tanto como para matarlas?

—No, hombre —respondió sin dudarlo—, desde luego que no… Pero sí lo suficiente como para no lamentarlo si les pasaba algo… A veces algunos padres de otras niñas, algunas madres exactamente, porque los padres no suelen ocuparse de esas cosas, vinieron a quejarse diciendo que sus hijas les contaban los insultos y las burlas

a las que las sometían las del grupo de las cintas amarillas… Estaban indignadas…

Aquello del grupo de las cinco, pensé, casi sonaba a mafia, a miedo nocturno y abusones que pronuncian amenazas que piensan cumplir… Debería pensar más en esa idea…

—¿Y qué crees? ¿Que una de aquellas madres dolidas pudo tomarse la justicia por su cuenta?

—No, tampoco, no creo que ninguna de ellas te valga para encontrar a un culpable… No tienes más remedio que seguir preguntándote el porqué de todo esto, las razones que pueden llevar a alguien a un comportamiento tan terrible.

Las palabras de Lisa ponían en cuestión todas las que me había dicho anteriormente, incluso las que me dijo el primer día, cuando parecía tan apesadumbrada por cómo debería seguir dando malas noticias a las otras niñas. La maestra parecía otra, y esto bien podía deberse a que ahora tenía más confianza conmigo y eso la hacía ser más sincera, o a la propia evolución de los acontecimientos. También me convenía recordar que no somos siempre los mismos y cambiamos de opinión con facilidad… En cualquier caso, de dar crédito a esta nueva versión, las niñas asesinadas iban a pasar a la historia de aquella pequeña comunidad andina no como unos ángeles llegados del cielo para mostrarnos el camino correcto, sino convertidas en unas pequeñas rameras. Tampoco tenía por qué creérmelo, pero sí que debería introducir alguna corrección en las ideas que manejaba, aunque siguiera desconfiando. Por lo demás, seguía resultando igual de triste pensar en aquellas niñas que ya no estaban…

—¿Sabes si alguna de las chicas llevaba un diario? —le pregunté —. Sería una buena manera de conocerlas mejor.

—Te puedo asegurar que no —respondió muy segura de lo que decía—. A la bruja de Rosita los diarios le parecían una cursilería… Y si a ella se lo parecía, pues ya puedes imaginarte el resto, a las demás también. ¿No estarás pensando —me dijo tras unos pocos segundos de reflexión— que el hecho de que todas llevaran la cinta amarilla es lo que hace que el asesino las escoja?

—No lo sé, pero es lo único que las unía, un detalle que pudo haber ayudado al criminal a fijarse en ellas y no en otras… O puede que se trate de un juego, de un acertijo con el que reírse de los que estamos investigando. Sea como sea, no tenemos nada más a lo que agarrarnos que la hipótesis de que el asesino pueda tener los ojos puestos en Isabel y en Gloria. Hoy por hoy, esa es nuestra única pista para atraparle.

Y no quise contarle nada más. Por primera vez sospeché de la actitud de Lisa y tuve la impresión de que quería sonsacarme y saber qué era lo que yo sabía…

—Creo —contestó Lisa, que se había quedado dándole vueltas a la idea de que eran las cintas amarillas las que llamaban la atención del asesino— que debemos llamar a Carreño para que proteja a Isabel y a Gloria cuanto antes…

Nervioso, muy confuso, con la idea de que sabía algo más que antes, pero también con la sospecha de que Lisa ocultaba algo, fui hasta la oficina de Carreño, que estaba sentado tras su mesa y oculto tras una montaña de papeles.

—Mira —le dije nada más tomar asiento en su despacho—, hay objetos que cuentan una historia que nos acerca a antiguas creencias o que nos recuerdan a lugares lejanos, pero hay otros, como las cintas amarillas de las niñas, que nos hablan de quienes los poseen, que nos dicen cosas interesantes de la vida de sus dueños…

—Muy bien, Norman —el policía tenía una buena cantidad de trabajo y de problemas, pero, aun así, conservaba algo de su buen humor—, un buen párrafo para un libro, puede que el comienzo de un capítulo, de verdad que me ha gustado… Ahora, te agradecería que me dijeras qué quiere decir o en qué parte de la investigación debo incluirlo.

Por el momento, no quise involucrar a Carreño en mis sospechas y preferí callarme lo que creía saber.

—Acabo de entrevistarme otra vez con Lisa y ha recalcado que las cintas amarillas eran para las chicas una seña de identidad, algo con lo que se distinguían de las otras y las hacía sentirse superiores… Y me ha dado por suponer que, si nosotros nos hemos

fijado en ese detalle, tal vez el asesino también y que las esté eliminando una por una siguiendo un orden que solo él conoce. Puede que sea descabellado, pero me parece que ahora sí que valdría la pena vigilar discretamente a Isabel y a Gloria. De esta manera estaríamos protegiéndolas y, si yo tuviera razón, podríamos atraparle en cuanto se le ocurriera hacer cualquier movimiento.

—¿Discretamente dices? —me respondió poniéndose las manos en la nuca y balanceándose en la silla—. Esto no es Nueva York, Norman, aquí la discreción no existe, si pongo un policía frente a sus casas, mañana todo el mundo hablará. Seguramente más de uno ya sabrá que eran amigas, y, si me apuras, hasta lo de las cintas amarillas… Te aseguro, Norman, que, si el asesino no lo sabía, no tardaría en hacerlo y nunca conseguiríamos pescarle… En todo caso, se me ocurre mientras hablamos que podías pedir a la maestra, como si se te hubiera ocurrido a ti, que las vigilara con alguna excusa, como darles gratis una clase de refuerzo a las dos juntas en casa de una, y, al acabar, que acompañe a la otra a la suya… Al menos así sabríamos que no andan solas por la calle cuando salen de la escuela.

Me pareció buena idea y, en vez de llamar por teléfono, volví otra vez a casa de Lisa, que, una vez más, retorció la conversación proporcionándome nuevas sorpresas y alguna duda más respecto al papel que ella había jugado en los crímenes…

NUEVAS SORPRESAS CON LA MAESTRA

—Por supuesto que puedo hacerlo, Norman, y lo haré. Pero solo por cumplir con mi deber, porque esas niñas, desde luego, no se lo merecen… —Lisa se fijó en que yo arqueaba las cejas con un gesto de sorpresa, y antes de que pudiera decirle nada, siguió—: Mira, Norman, yo les dediqué todo, pero ellas sin embargo preferían a Lucía, y, por alguna razón que no consigo explicarme, se encontraban mejor en su compañía. Iban a su casa siempre que podían, cualquier excusa les venía bien. Admiraban su belleza y el halo de misterio que la acompañaba, creo que en sus sueños infantiles se imaginaban de mayores siendo como ella. Por lo que se ve, les contaba cosas de su vida, historias seguramente inventadas, pero conseguía que le tuvieran adoración. Nunca supe a ciencia cierta cómo lo hacía, pero lograba engatusarlas y que cayeran rendidas a sus pies. Conmigo, por el contrario, en especial Rosa Quiroga, cada vez se mostraban menos confiadas a pesar de todo lo que yo había hecho por ellas. Créeme, Norman. Nadie, jamás, entregó tanto a cambio de tan poco como yo.

—¿Celosa? —le pregunté.

—Sabía que lo creerías, y es por eso por lo que me ha costado tanto hablarte de mi verdadera relación con esas niñas. Y no, creo que celosa no es la palabra, decepcionada tal vez. Como te acabo de decir, no siempre lo que entregas guarda relación con lo que recibes a cambio, y yo no pedía gran cosa, me habría conformado con un

poco de afecto. Mira, Norman, si no la hubieran colgado, Rosita bien podría haber seguido así toda la vida.

—Así, ¿cómo?

—Haciendo daño a todo el mundo y dándoselas de importante, de vidente, o de lo que le gustara imaginar que era en cada momento…

—O sea, que te parece que alguien lo hizo para evitar males mayores…

—No lo sé, Norman, solo te cuento lo que yo veía a diario, nada más.

Desde luego que esta nueva entrevista con Lisa, más allá de su aceptación a regañadientes de la tarea de vigilar a Isabel y a Gloria, no estaba produciendo los resultados que yo esperaba, más bien al contrario, el papel de la maestra aparecía cada vez como algo más confuso y sin un rumbo preciso o, si lo había, tan cambiante que me era imposible seguirlo.

Me despedí de ella lo antes posible y me fui de su casa reflexionando acerca de su comportamiento sorprendente y haciéndome preguntas, cada vez más difíciles de responder, acerca del papel de Lisa en los sucesos. Hasta ese día todo había ido bien, pero, de pronto, algo empezó a girar, a moverse rítmicamente arriba y abajo, a dar pequeños saltitos alzando una mano para advertirme de que algún detalle se me escapaba. La maestra daba tantos giros a lo que contaba, ponía tantas excusas, que me pareció que, como mínimo, ella misma se estaba haciendo un lío. Se estaban produciendo cambios importantes, yo ya no podía mirar a Lisa de la misma manera que antes y sus palabras cada vez me producían más dudas y desconfianza.

De vuelta en el hotel no conseguí pegar ojo y pasé toda la noche pensando en unas niñas con una cinta amarilla sujetándoles el pelo, en toda la vida que les quedaba por delante. Demasiado jóvenes para morir, aunque ¿cuándo se deja de ser demasiado joven para ser asesinado? ¿En qué momento se alcanza una buena edad para que alguien te mate?

Durante los días siguientes, y a pesar de lo acordado con la maestra, hice cuanto pude por encargarme de la vigilancia de las niñas. Era una excusa, mis dudas crecían por momentos, y a quien necesitaba observar de cerca era a Lisa, que cada vez me daba algún motivo nuevo de sospecha.

La seguía a todas partes, unas veces escondiéndome y otras fingiendo encontrarme con ella con cualquier pretexto. Estaba convencido de que en cualquier momento la sorprendería dándole algo de beber a una niña y llevándosela, paso a paso, hacia el bosque.

A partir de aquí, el resto era un sueño en el que yo veía, con extraordinaria nitidez y claridad, a Carreño junto a algunos de sus hombres que, alertados por mi llamada, asistían, ocultos entre las lengas y en primera fila, al terrible ritual de vendas y mordazas, de pies y manos amarrados con cinta de precinto, y de metros de cuerda con un nudo corredizo en un extremo y sujetos a un árbol por el otro con un mosquetón de color azul muy brillante.

Una escena magnífica, con la maestra ocupando el centro, ayudando a una niña aturdida a subir a una silla de plástico y con la gran sorpresa de la repentina aparición de los cuatro uniformados pistola en mano.

Al fin la pequeña estaba a salvo entre los agentes, derramando lágrimas en las que la gratitud aparecía mezclada con el pánico sufrido, y Lisa volvía a ser la principal protagonista, de rodillas en el suelo, con las manos esposadas a la espalda, asistiendo aún sorprendida al espectáculo de los agentes que, poco a poco y meticulosamente, metían en bolsas todos los objetos que la maestra había estado a punto de utilizar para su crimen, convertidos ahora en pruebas que la conducirían directamente a la cárcel.

Pero todo era producto de mi imaginación de escritor haciendo su trabajo o, como he dicho antes, de un sueño que, como tal, no se cumplió. En cualquier caso, no renunciaba, siempre que podía la acompañaba para observar sus gestos y tratar de saber quién era en realidad y qué se ocultaba tras su cara de buena persona. Yo desconfiaba de todo y Lisa cada vez me parecía menos sincera.

Desde sus primeras declaraciones había ido transformándose y recorriendo un camino que comenzaba en la maestra responsable, preocupada por la educación como único motor de cambio en la vida de sus alumnos, pero que terminaba con ella misma siendo justamente lo opuesto, una persona que parecía odiar a las niñas y que sentía por ellas más desprecio que otra cosa.

Cada día me da algún nuevo motivo para sospechar. El último ha sido que nunca muestra las manos y las mantiene ocultas en las mangas del abrigo o bajo la mesa si estamos sentados. Hoy, en un descuido, mientras hablaba con la vehemencia y el nerviosismo de siempre, las ha agitado y he visto que tenía unas rozaduras en los dedos, como las que se producen al trepar con esfuerzo por una soga, o al tirar de ella para levantar un peso sin guantes.

Al ver esas marcas las dudas se disipan. Paso un buen rato dando rodeos, acercándome y alejándome de la cuestión de los crímenes para que no sospeche de mis intenciones de acusarla. Hago preguntas como las que haría un simple curioso y a veces cambio de tema, hablo de algo que no tiene nada que ver con las niñas.

Entonces parece relajarse y respirar aliviada, pero yo, al poco, para sorprenderla y poder medir sus gestos y su comportamiento, retomo bruscamente la conversación justo donde la había dejado y Lisa cada vez se muestra más incómoda y más tensa.

Al rato, creo que ha llegado el momento de decírselo abiertamente, sin aplazar por más tiempo la pregunta ni perder detalle de sus reacciones. Así que tomo sus manos entre las mías y mirándola a los ojos la interrogo:

—¿Dónde estabas cuando desapareció Carmen? ¿Fuiste la última en ver a Rosita y a Virginia?

Lisa estaba muy nerviosa, empezó a balbucear excusas, pero no supo qué contestar.

—Al fin puedo entender por qué las niñas iban tan confiadas con su asesino. Porque eras tú, te conocían de sobra y confiaban en ti. Nunca supusieron, ni tan siquiera se les ocurrió, que de tu mano llegara la muerte… Ahora, Lisa, te contaré lo que va a suceder. Te

acusarán de tres asesinatos porque las pruebas son abrumadoras y vas a pasar muchos años entre barrotes, allí tendrás mucho tiempo para pensar en lo que hiciste mientras miras al techo de tu celda. Eso en los días buenos, claro, cuando no tengas que defenderte de tus propias compañeras… No sé si habrás oído que en las cárceles de mujeres se vuelven locas con las asesinas de niños… Serán crueles contigo, más de lo que puedas imaginar. Pero, bueno, no sufras, no todas las presas se comportarán igual contigo. Algunas no te romperán la cara a mamporros, ni tan siquiera te pondrán un dedo encima, esas solo se reirán de ti cuando las demás lo hayan hecho y se quedarán a tu alrededor burlándose mientras, sin poderte todavía levantar del suelo, recién golpeada, te quites la sangre de la nariz y de la boca, y llores por no poderte limpiar de la humillación ni del recuerdo de tu vida destrozada en pedazos. Ah, y puedes olvidarte de las visitas, porque todos los del pueblo sentirán vergüenza por lo que hiciste. Cuando alguien les hable de ti, dudarán unos segundos, pero luego dirán que apenas te conocían, que en realidad amigos, lo que se dice amigos, no fuisteis nunca… En resumen, que vas a disponer de una oportunidad magnífica para reflexionar acerca de lo que hiciste y arrepentirte, y también para comprobar si los que creías tus amigos servían para algo. Es triste decirlo, pero las duras experiencias vividas en la cárcel te afectarán y ya no serás la misma cuando salgas otra vez a la calle cansada y envejecida. Además —le mentí para reforzar mi estrategia—, hay un testigo. Alguien a quien tú no viste te vio.

Creo que se encontraba a punto de que la tensión pudiera con ella y le impidiera seguir respirando. Yo esperaba impresionarla y que cediera porque, en realidad, evidencias no había ninguna. En el fondo, era lo mismo que había sucedido cuando detuvieron a Jacob, porque pruebas, tal y como todo el mundo sabe, son las huellas dactilares, los rastros de ADN o el hecho de ser sorprendido con las manos en la masa, lo demás son solo cotilleos, chismorreos dichos en voz baja que podían causar una gran impresión, pero que no contaban para un juez.

Cerré mi cuaderno bruscamente, haciendo ruido con las tapas, para que viera que yo iba en serio y que aquella era su última oportunidad.

—Te conviene contarme lo que sepas, porque los muchachos de Carreño no tendrán contigo tanta paciencia.

El impacto de lo que oía fue tal que Lisa no supo qué decir. Abría la boca como un pez fuera del agua, pero era incapaz de articular una sola palabra y, cuando logró recuperar el habla, la voz de la maestra transmitía una profunda inquietud. Se puso a insultarme y preguntarme, fuera de sus casillas, si me estaba volviendo loco.

Yo estaba totalmente convencido de que Lisa, cada vez que hablaba, solo afirmaba su culpabilidad y que ya no tenía escapatoria, aunque lo cierto es que a duras penas me reconocía en aquellas palabras tan duras. Pero saberme tan cerca del final del enigma me empujaba a seguir y, además, también me sentía engañado por la buena cara de la maestra y encontraba justificado que ahora lo pagara y sufriera un poco.

Pero en ese momento, cuando ya estaba a punto de llamar a Carreño para decirle que tenía a la culpable, me di cuenta de que aún tenía preguntas sin responder. Lisa parecía ser la asesina, pero ¿cuáles eran sus motivos? ¿Era suficiente el desprecio de sus alumnas como para querer matarlas? ¿Podían la humillación y los celos conducir a este desastre? ¿Había perdido la maestra la cabeza? ¿Qué habría que hacer para que revelara su secreto? ¿Eran unas marcas en una mano una prueba suficiente?

También recordé algo que me había contado Jacob antes de marcharse y me di cuenta de que podía haber algo de cierto en las apreciaciones del norteamericano.

En el momento en el que saqué mi móvil del bolsillo con intención de llamar a Carreño, entró una llamada del sargento. La noticia resultaba aterradora y, además, tiraba por tierra todo lo que yo creía saber hasta entonces.

De las dos niñas supervivientes de la cofradía de la cinta, una, Isabel, acababa de ser encontrada muerta. Colgada por el cuello, un detalle que la unía para siempre con sus amigas.

Pero, antes de continuar con la historia, y aquí pido un poco de paciencia a mis lectores, por temor a volver a equivocarme dramáticamente, necesitaré hacer una pausa y revisar cómo había evolucionado todo desde que tuve las primeras noticias de aquel drama. Y si es preciso que me detenga ahora es porque después ya no será posible hacerlo, ya que los días que siguieron habrían de correr a una gran velocidad.

Hay muchos escritores que viajan hasta el lugar en el que sucedieron los hechos pensando que, solo por respirar el mismo aire, acabarán por captar algún detalle que al resto de investigadores se les ha pasado por alto, pero que a ellos, sin embargo, les llevará a descubrir la verdad. Como si creyeran que las botas embarradas, la chaqueta empapada por la lluvia y los dedos ateridos de frío les fueran, como por arte de magia, a revelar algo que, misteriosamente, había permanecido oculto a los ojos de los demás. Casi todos ellos regresan al lugar del que vinieron sin haber avanzado un solo milímetro ni haber conseguido el más mínimo progreso. Yo, por el contrario, ahora sí, conocía la solución y sabía quién era el culpable, pero aún no pensaba desvelarlo. Creía que ahora era importante no faltar al respeto a mis lectores y que lo justo sería mostrarles, paso a paso, cada giro que había sufrido la historia y de qué manera había ido evolucionando.

Si vuelvo la vista atrás, desde mi primer día en El Chaltén supe que me gustaría pasar aquí un invierno. Dando largos paseos sobre una capa de nieve que cede bajo los pies y amortigua el sonido de mis pasos. Una superficie lisa, destinada a ser convertida en hielo, y de la que terminaría por refugiarme al tiempo que mis pupilas, viniendo de la luz y desde el extraordinario brillo del blanco reluciente, harían el trabajo de adaptarse a la penumbra.

Un tiempo para pensar, para la calma y el silencio solo roto por las rachas de viento. Siempre el viento… Pero ahora debía reconocer que la tensión y las dudas terribles de los últimos días habían hecho mella en mi estado de ánimo y el lugar empezaba a ser una carga.

La tristeza profunda y justificada de sus habitantes se me hacía cada vez más dura y difícil de soportar y yo estaba seguro de que mi

tiempo aquí había concluido y debía marcharme.

Había algo definitivo en la despedida y en cuanto lo supe me di cuenta de que ya siempre echaría de menos El Chaltén y pensaría en él a menudo como en un lugar en el que pude haber sido feliz durante un tiempo largo de días cortos y muy fríos. Solo con que alguien pronunciara su nombre desencadenaría toda una sucesión de emociones. Quien ha conocido este lugar y lo abandona enferma para siempre de nostalgia, y el hielo, las rocas y el inhóspito desierto le persiguen de por vida formando enormes espejismos.

Así es que ordené todo el material que tenía recopilado. En mis cuadernos había de todo: notas tomadas apresuradamente, palabras capturadas al azar durante alguna conversación (porque, por alguna razón, en aquel momento creí que querían decir algo importante), nombres y direcciones, trozos de un mapa con los lugares más significativos y una larga lista de sospechosos en la que prácticamente, no hay que olvidar que la confeccioné en mis primeros días allí, aparecía todo el pueblo. También descripciones de paisajes de montaña que pensaba que algún día me servirían para un libro, y una foto muy estropeada que me regaló Lucía al poco de conocerla y en la que aparece con una belleza que no puede ser de este mundo.

Dentro de poco serían restos del pasado y no valdrían de nada. Durante un rato, pasé las hojas con descuido, me había involucrado tanto que no sabía qué haría cuando me fuera. Aun así, subí a un avión y regresé a Londres.

Pero, una vez en mi casa, instalado en mi escritorio, los días iban pasando sin que yo fuera capaz de poner ni una sola letra sobre el papel. Así que no tuve más remedio que afrontar la realidad: las conclusiones de mi investigación eran nauseabundas, tanto que me costaría años superarlas, pero también era cierto que mis dudas, mis errores a la hora de interpretar los pequeños detalles y las pruebas, habían estado a punto de crear una segunda tragedia casi tan grande como la primera. Mi fracaso como investigador era indudable y empecé a preguntarme si yo tenía algún derecho para contar esa historia.

El día en el que llegué a El Chaltén lo primero en lo que me fijé fue en una esquina desierta de las afueras del pueblo. Allí había una placa con el nombre de una calle que, en realidad, no indicaba nada, porque no había nada. Algún día aquello sería una zona urbanizada, y alguien en la Municipalidad ya estaría imaginando casas, tiendas, aceras y hasta personas caminando por ellas y pagando impuestos, pero, por el momento, solo era un sitio vacío y algo extraño…

Era muy pronto para todo y yo aún no sabía nada ni del pueblo ni de lo que me esperaba. Al principio, todo giraba en torno a mi interés por el culpable, por fundirme con su figura y conocerle, por comprender qué había marcado su vida hasta transformarlo en un asesino. Admito que lo terrible de sus crímenes me hizo pensar en que tenía ante mis ojos una gran historia para escribir y me atrajo desde el principio como un imán. Tanto que, cuando al final supe la verdad, no fui capaz de soportarla.

La condición humana es miserable, pero eso ya lo sabía de antes y nunca me había impedido escribir, pero esta vez he cedido mi posición, he dejado de mirar a todos como personajes para caer en la trampa de convertirme en una pieza más de la historia y, sobre todo, de padecer lo que en ella sucedía.

Sé que durante el resto de mis días me perseguirán esas niñas que, cada pocos días, aparecían colgadas de las ramas de los árboles. Cuando cierro los ojos aún veo sus caras, las de sus padres, unas calles desiertas y, en el suelo, trozos de soga con nudos corredizos en un extremo. Aunque pasen años me seguirán atormentando y yo me quedaré como quien sobrevive a una guerra, temblando en mitad de la noche y preguntándome por qué sigo vivo, qué derecho tengo a la vida mientras otros han muerto…

EL RÍO ELÉCTRICO

Solté las manos de la maestra, que aún mantenía entre las mías a pesar de sus protestas, y me fui de allí sin darle una sola explicación, dejándola aterrada, sola y creyendo que la policía estaba a punto de llegar a por ella haciendo sonar las sirenas. Fui cruel con ella deliberadamente, para que pagara durante un rato todas las dudas y sospechas que me había hecho tener, a pesar de que ahora quedaba claro que Lisa estaba limpia y que yo me había equivocado.

Mientras me dirigía a la comisaría a paso rápido, no dejaba de ver las caras de Carmen, de Rosa, de Virginia y ahora de Isabel, a la que apenas había llegado a ver un par de veces. ¿Qué era este nuevo crimen? ¿Una advertencia del asesino para que no nos relajáramos, dándonos a entender que aún no nos había mostrado todo lo que podía hacer, todo de lo que era capaz?

Me encontraba aturdido bajo la fuerte impresión de no haber sabido vigilar a las dos niñas tal como había pensado hacer. Fui un ingenuo y un incauto al enfocar la vista solo en la maestra, y ahora me atormentaban los remordimientos.

Mis errores y mis descuidos estaban causando víctimas… Y mi papel estaba resultando inútil, no había sido capaz de entender nada y solo asistía a la muerte de unas niñas sacrificadas para satisfacer los prejuicios morales de otros, ahorcadas por el peso de la religión, de las mentiras y de la siniestra mirada delatora de sus propios vecinos.

Pero El Chaltén no era Salem por mucho que me lo recordara. Aquí lo sucedido nos dice que no hay segundas oportunidades, que una vez que se marcha el tren se escapa para siempre, y que no es

posible volver atrás una vez que se ha dado muerte a una niña. Que, conque una de ellas falte, el mundo ya no vuelve a ser igual.

Todo tiene su origen en la desesperación, en la imborrable estela que deja tras de sí el fracaso y en la extrema complejidad del ser humano, que puede dar como resultado algo temible.

Carreño me recibe nervioso, algo nada común en él, y, comprendiendo mejor que nadie mi impaciencia, comienza el relato casi sin esperar a que me siente…

—Hoy al mediodía don Pedro, el de la tienda de chucherías, ha abandonado el pueblo por la ruta 23 hacia el norte. Este hombre hace fotos y también le gusta pescar y, por lo visto, se dirigía a la laguna Cóndor, pero, al alcanzar el puente que cruza el río Eléctrico, ha visto que hacía un día tan hermoso que ha estacionado el auto y ha comenzado a caminar por la pista del lado sur del río, la que conduce al refugio de los Troncos y al lago Eléctrico del que nace el río… Un sitio magnífico, no sé si lo conoces, desde el que puede vislumbrarse una esquina del glaciar Marconi… Pero nada más dar los primeros pasos ha visto estacionada esa camioneta destartalada que tiene don Ramón y le ha extrañado, ya que en raras ocasiones abandona el pueblo, así es que se ha acercado a mirar. Ha encontrado la furgoneta vacía y con las llaves puestas en el contacto. Ojeando los alrededores, se ha fijado en que, casi desde el mismo lugar en el que estaba, partía un sendero muy estrecho entre los árboles y los matorrales, y algo, alguna intuición o sospecha, le ha hecho adentrarse por el camino. Cuando, según sus propias palabras, no había recorrido ni diez minutos, se ha encontrado frente al cuerpo de la pequeña Isabel, que pendía de la rama de una lenga.

El lugar escogido esta vez para el crimen era distinto, pero solo porque estaba lejos del pueblo en vez de en los alrededores. Por lo demás, aunque don Pedro no hubiera explicado nada, Carreño y yo sabíamos que la escena era exactamente la misma e igual de espantosa, con una niña colgada por el cuello y con la cabeza ligeramente ladeada hacia el lado contrario del nudo corredizo de la soga, con los ojos vendados, la boca amordazada y los pies y las manos sólidamente amarrados. El resto, lo que había alrededor,

tampoco variaba demasiado y estaba formado por el verde de la hierba, ahora salpicado por las hojas de las hayas que empezaban a caer, por una tupida barrera de lengas cerrando el recinto y unos pocos rayos de sol colándose tímidamente entre ellas.

Cuando el cuerpo de la pequeña Isabel sea descolgado, verán que tiene el cuello marcado por la abrasión que produce una cuerda, pero por lo demás estará intacta. Simplemente, alguien se habrá apropiado de sus años jóvenes y de cualquier cosa, buena o mala, que le tuviera reservado el futuro.

Unas horas más tarde del terrible hallazgo, don Pedro firma su declaración en comisaría, sin que Carreño se lleve ninguna sorpresa ni se entere de nada que no supiera ya de antes. «Un cuerpo pequeño, colgado, con una mordaza en la boca, vendas tapándole los ojos… y las manos y los pies amarrados… Imagínense el susto que me he llevado, el corazón me ha empezado a palpitar a mil por hora y lo primero que se me ha ocurrido es echarme a correr. Pero, pasados unos minutos, he procurado sobreponerme y calmarme un poco y me he acercado al cuerpo de la niña para poder tocarlo. Todavía estaba caliente, así es que debía de llevar muy pocas horas muerta, además, aún hace calor, así es que, de llevar más tiempo, habría tenido una nube de moscas revoloteando a su alrededor. Y después de esto sí que he salido como alma que lleva el diablo hasta el auto y he manejado a toda la velocidad posible hasta donde encontrar cobertura para contárselo y pedirles que vinieran cuanto antes».

Y a partir de este momento, en el que nos encontramos con un cadáver más, una furgoneta vieja de la que conocemos a su propietario y un escenario que cambia por completo todos los anteriores, los acontecimientos podrían desarrollarse de tres maneras distintas y cada una de ellas, o al menos una de ellas, habría de tener consecuencias muy diferentes para el desenlace.

En la primera, a la policía le falta tiempo para salir corriendo, con la sirena sonando sin parar y sospechando, lógicamente, de don Ramón, a pesar de que el sargento Carreño siempre lo había considerado un tipo avinagrado pero inofensivo. Desde el pueblo

hasta el puente del río Eléctrico solamente hay quince kilómetros, pero seguramente a ellos se les hacen eternos.

Una vez en el bosque, inspeccionan por encima el lugar, ponen una cinta de plástico atada entre las lengas para garantizar un perímetro de seguridad, y Carreño, tras dejar a un par de hombres como retén, a la espera de que lleguen los de la científica y el juez que levantará el cadáver, regresa al pueblo con otros dos agentes dispuesto a detener a don Ramón. Pero resulta que, cuando están a punto de alcanzar las primeras casas del pueblo, ven con sorpresa que es el propio don Ramón el que sale a su encuentro, haciendo gestos y agitando los brazos, pálido. Por vez primera, el sargento lo ve como lo que seguramente es, un hombre mayor y gastado por la vida que ya no camina tan erguido como acostumbra y que ha perdido su mirada severa… Frenan en seco, aquel hombre que va hacia ellos es el sospechoso al que iban a capturar porque su propia furgoneta le incriminaba, el mismo que al dar con sus huesos en la cárcel devolvería la tranquilidad al pueblo y haría que terminaran las dudas, los enigmas y las sospechas. El que por fin iba a pagar por las tragedias y los dramas que había ido dejando a su paso.

—Tomás —le dijo al sargento, que se extrañó de que le llamara por su nombre de pila—, ahora iba a la comisaría. —Hay que hacer notar que don Ramón no tiene teléfono fijo ni móvil—. Acabo de llegar a casa y me han robado la camioneta…

La policía, tras las comprobaciones oportunas, tiene que dejar libre a don Ramón porque durante el tiempo en el que se produjo el crimen se encontraba en Don Guerra, rodeado de testigos que le han visto y le servían como coartada.

Así es que, en este primer caso, en esta primera posibilidad, volveríamos a quedarnos completamente a oscuras y tendríamos que seguir investigando a la espera de un culpable. Tal y como dijo el sargento Carreño: «Hemos vuelto a retroceder hasta la casilla de salida, amigo Norman».

En la segunda, todo sucede exactamente igual hasta que Carreño y sus hombres llegan al lugar del crimen, pero, una vez allí y convencidos de que el culpable no ha podido regresar dejando allí la

camioneta, peinan los alrededores de la escena del crimen, pero no encuentran nada, así es que, una vez que la policía científica toma las muestras y saca fotos del lugar y el juez ordena el levantamiento del cuerpo, forman una comitiva para regresar, compuesta por los vehículos policiales, el auto en el que han llevado al juez, una grúa que traslada la furgoneta y una ambulancia que lleva a la morgue el pequeño cadáver envuelto en una manta.

Mientras todo esto sucede, don Ramón se presenta en comisaría y denuncia el robo de su camioneta. La tarde está cayendo y quien sea que haya sido el asesino, que ha conseguido mantenerse hábilmente escondido y a salvo de las miradas de los agentes, antes de que oscurezca completamente, recordando que por esa zona suelen merodear los pumas, toma una bicicleta muy vieja que transportó para este fin y hasta entonces tuvo bien oculta entre los matorrales, y regresa al pueblo, a su casa, tranquilamente y sin que nadie se entere.

Sobra decir que, de haber sucedido las cosas así, en esta segunda posibilidad también nos quedaríamos sin conocer la identidad del culpable y, en todo caso, nuestra situación habría empeorado notablemente, ya que, además, ahora tendríamos un crimen más que sumar a los anteriores.

Y en la tercera todo transcurre de la misma forma hasta que la persona que monta la bicicleta llega al pueblo y desde muy lejos, pero no tanto como para no poder distinguirla, su figura es vista por el sargento Carreño y por Norman Scarf que pasean por una calle casi a oscuras, recapitulando sus impresiones acerca de los últimos acontecimientos e intentando sacar alguna conclusión. Y fue entonces, durante aquellos breves instantes, cuando Norman enlazó aquel sospechoso regreso con todos los datos que ya tenía almacenados y supo que la culpable era la bella Lucía.

CULPABLE

Ahora sí que estábamos muy cerca de conocer la verdad, rozándola con las yemas de los dedos, solo me faltaba convencer al sargento Carreño de que hiciera una última comprobación, un último esfuerzo del que saldría una prueba concluyente.

—Estoy consternado —le confesé—, he estado a punto de acusar a Lisa. Durante estos últimos días todos los detalles me llevaban a culparla, sus contradicciones, sus cambios de opinión, el hecho de que nunca contestara con claridad a mis preguntas o que no fuera capaz de decir dónde se encontraba durante los crímenes. La última ha sido ver que tenía unas rozaduras en las manos que intentaba a toda costa ocultar… Como pasa tantas y tantas veces, solo he visto lo que esperaba, lo que quería ver. Y, al mismo tiempo, me estaba olvidando de dos detalles a los que hasta hoy no había dado importancia, pero que ahora me parecen contener la clave de todo.

Carreño cambia de postura y apoya los codos sobre el escritorio mirándome fijamente. La tensión se va apoderando de todo su cuerpo a medida que oye lo que le cuento.

—El primero es que Jacob me confesó antes de marcharse del pueblo que no iba a dejar así como así que Lucía, después de haber pretendido inculparlo, se fuera de rositas. Me dijo exactamente: «Dile a tu amigo el policía que si investiga a fondo la vida de Lucía encontrará detalles interesantes. Ella odiaba profundamente a esas niñas». Con esa frase terminó la conversación. Lo recuerdo bien porque me impresionó la fuerza y la convicción con que lo dijo y por eso la anoté textualmente en mi cuaderno. Pero lo que pasó —seguí ante la mirada perpleja del sargento— es que en aquel momento no

concedí ningún crédito a sus palabras y atribuí todo al despecho y a las ganas de vengarse de Lucía. Ya sé —le dije a Carreño, que me miraba con gran interés— que voy a sorprenderte, pero gran parte del problema, si no todo, gira en torno a la maternidad frustrada.

Para empezar, le mostré un informe que había solicitado hacía días y que me había llegado desde una universidad de Washington y se lo fui traduciendo.

—Y esto era lo que decía la doctora Elizabeth Smith-Table. «Traumas derivados de la esterilidad en la mujer. El 60 % de las mujeres con infertilidad presentan problemas de ansiedad y depresión, y ese estado de estrés permanente afecta al sistema endocrino y a las hormonas que participan en la tarea del proceso reproductivo. Toda semilla florece de una u otra manera dependiendo de en qué terreno caiga. Si hay un fondo de ansiedad en la personalidad, esto podría aumentar la intensidad y disparar cuadros de trastornos fundamentalmente depresivos y obsesivos. La cantidad de ansiedad se encuentra en la base de un buen número de disfunciones, problemas y trastornos. Un parámetro importante a tener en cuenta sería la flexibilidad, la capacidad para adaptarse a situaciones diversas o directamente adversas, y, también, como una segunda variable, se encontraría el impacto de la esterilidad sobre la vida personal. Es decir, la importancia que para la persona tenga el hecho de ser madre, en términos de dar sentido a la vida, y está demostrado que hay personas que se sienten profundamente incompletas si no consiguen serlo. A lo largo de mis investigaciones y en el ejercicio de la profesión, he visto trastornos de ansiedad y de pérdida del sentido de la vida por ese motivo y también conductas bastante irracionales para conseguirlo por todos los medios. Por otra parte, también pudiera ser que tuviera que ver con el mundo simbólico y con el sentirse despojado de la capacidad de producir vida, un sentimiento que transmite poder y que roza con lo mágico. Son sentimientos normalmente rodeados por un gran hermetismo que hace que difícilmente afloren o se hagan visibles y que forman parte de un universo de sufrimiento enorme que late en lo más profundo del ser».

»En realidad —le dije al sargento—, lo que se oculta tras estos trastornos, una vez más, es el miedo, el pánico a no ser como los demás. Como las demás, en este caso.

—Bueno, esto lo cambia todo, desde luego. ¿Y el segundo? Porque me habías hablado de dos detalles.

—Sí, el segundo es que el día que estuve visitando a doña Esther, entre las muchas cosas que me contó para desacreditar ante mis ojos a Lucía, dijo una frase que parecía no tener ninguna importancia, pero que de pronto he visto, como en un fogonazo, que explica gran parte de lo sucedido… Parecía ser lo único que tenía a favor de la chilena y, aun así, lo dijo como si quisiera quitarle importancia… Como de pasada. Mira, Carreño, aquel día a la entrevista con doña Esther no llevé el cuaderno que siempre cargo conmigo. Pero, como por una intuición, sí una pequeña grabadora, por eso pude transcribir sus palabras exactas tal como ella las pronunció:

«Mire, Norman, Lucía estaba obsesionada con la limpieza, veía manchas en cualquier sitio, tanto, que constantemente pasaba un trapo por todas las esquinas y hasta por los rincones más escondidos… A ella, que para otras cosas tenía costumbres tan relajadas, incluso», y aquí viene lo interesante —le subrayé a Carreño haciendo una pequeña pausa—, «la he visto varias veces limpiando las patas de las sillas en su parte inferior… Pasándoles un trapo por donde se apoyan en el suelo… No sé, pero se me ocurre pensar que tal vez lo hiciera como una forma de compensar todo lo que hacía mal».

Tú me hablaste de que, por precaución, querías mantener en secreto la importancia de la silla según los informes periciales y que, de esa manera, en algún descuido el asesino pudiera autoinculparse. Pues bien, estoy seguro de que la silla que tanto hemos buscado la encontraremos dentro de la casa de Lucía, y el hecho de que ella estuviera obsesionada con limpiar cientos de veces todas las sillas que tenía a su alcance no era sino una muestra de que conocía el valor de esa prueba, que la conduciría directamente a la cárcel.

—Sí, puede ser como el caso frecuente de esos asesinos que regresan una y otra vez al lugar del crimen, preocupados por haber dejado tras ellos alguna pista o alguna huella… ¿En qué piensas, Norman? Deberías animarte, creo que ahora sí que hemos alcanzado el final de esta pesadilla…

—Sí, ya lo creo, y estoy más tranquilo… Pero me he quedado reflexionando acerca de todo lo que he ignorado o malinterpretado, aunque estuviera sucediendo ante mis propias narices… Haciendo un repaso de mis errores. Todo el mundo en el pueblo chismorreaba acerca de los paseos nocturnos de Lucía por el cementerio. Ella misma los contaba con una aparente naturalidad…

—¿Y?

—Pues que en ningún momento supe ver que a lo largo de sus caminatas nocturnas Lucía no escuchaba las voces de espectros, sino las de los fantasmas aún no nacidos de los hijos que no tuvo. Unos espíritus que, lejos de mostrarse temibles, estaban hechos solo de llanto, de tristeza y de todas las sustancias que componen lo que es imposible lograr…

EL REGISTRO DE LA CASA DE LUCÍA

Carreño y tres agentes más se dirigieron a la vivienda de Lucía. Yo, en principio, no podía acompañarles durante una tarea oficial de la policía, pero el sargento, haciendo la vista gorda y conociendo la cantidad de información de la que yo disponía, me permitió asistir y que no tuviera que quedarme a la espera.

Al principio Lucía se mostró muy segura de sus palabras, les recriminó que sospecharan de ella y no quiso responder a ninguna de sus preguntas. Nada más comenzar el registro, en un armario apareció un atlas de Norteamérica con muchos nombres rodeados por un círculo rojo… Denver, Portland, Sheridan, Billings. Lugares con los que ella alguna vez debió de soñar antes de darse por vencida y aceptar que todo saldría mal.

Los agentes rápidamente se olvidaron de los mapas y empezaron a buscar por toda la casa, cada vez con más detenimiento y de una forma más meticulosa.

Yo estaba sentado frente a ella y, de pronto, se produjo un gran silencio. Lucía no decía nada y yo tampoco y solo parecía interesada en aguantarme la mirada y demostrarme que era mucho más fuerte que yo, pero, cuando ya estaba a punto de renunciar, cuando pensé que no confesaría, de pronto, los agentes, que para entonces ya miraban hasta en los últimos rincones, encontraron en el fondo de un cajón dos cintas amarillas. Las de Carmen y Virginia, y en ese momento, repentinamente, Lucía se vino abajo y admitió haber perdido la tercera en el lugar en el que dio muerte a Rosita. Instantes antes de confesar, solo con ver que los agentes se acercaban al mueble en el que fueron halladas las pruebas, tuvo una

reacción que casi por sí sola ya afirmaba su culpabilidad: puede que por puro nerviosismo, todo su cuerpo se puso tenso, empezó a parpadear cientos de veces por segundo, a removerse inquieta en la silla moviendo sin parar los brazos y las manos, pero, sobre todo, y ese fue el detalle más llamativo, empezó a reírse ruidosamente. A carcajadas. Me pregunté si habría hecho tantos aspavientos mientras ahorcaba a las niñas…

Mientras se producía el registro, siguiendo las órdenes de Carreño, uno de los policías prestó especial atención a las cuatro sillas de plástico duro y color blanco que Lucía tenía en casa. Las patas de todas ellas estaban llamativamente limpias, especialmente una de ellas, que parecía haber sido restregada hasta casi el desgaste, a pesar de que en la casa la suciedad estaba presente por todas partes. A los pocos días, los análisis revelaron que, sin lugar a dudas, las manchas más profundas, las huellas que no habían podido ser ocultadas a sofisticados métodos de búsqueda, provenían del mismo tipo de tierra en el que habían aparecido los cuerpos… También aparecieron sus huellas en el volante de la camioneta. Y la forma de las suelas de sus zapatos pudo ser identificada en la tierra blanda que había en la zona donde se encontró el cuerpo de Isabel.

Sin duda, ahora sí que habíamos atrapado al culpable. A la culpable, porque yo también me había equivocado cuando pensé que había que sospechar de los hombres…

Por primera vez desde que entramos en su casa Lucía me miró fijamente, como si acabara de darse cuenta de mi presencia. Como música de fondo, los dos podíamos oír el sonido que producían la poca ropa que tenía, algunos papeles y revistas y un par de libros al ser revueltos y tirados por el suelo.

—Había muchos candidatos —le dije—, pero tú eras mi preferida.

—¿Tu preferida para qué?

—Para ser la culpable. Lo tenías todo, elegancia, determinación y esa manera tan personal de hacer que todos te despreciaran o te tuvieran envidia, que al final es casi lo mismo. Solo te faltaba una nota trágica, que no te importara la muerte ni la vida tampoco, y acabas de demostrarme que también la tenías, que eras capaz de

decidir quién quedaba con vida y por qué. Ahora veo que tú, Lucía, mi sospechosa favorita, habías hecho tu tarea, habías cumplido lo que considerabas tu misión, sin que te temblaran las manos ni la voz. Los que investigábamos pensábamos en un lunático, pero, en mi opinión, tú estás muy cuerda y siempre supiste lo que hacías. Ahora, cuando se conozcan tus crímenes —la amenacé—, todos te odiarán…

—Cuando se sepa lo que hecho será mucho peor, todos me tendrán lástima.

Ahora sí que parecía que todo había terminado y pensé que tal vez Lucía tuviera algo de razón. Como antes me había pasado con Jacob, empecé a compadecerme de ella, a sentir piedad por su vida destrozada, llena de dificultades y sinsabores. Probé por un instante a ponerme en su lugar y, sin decir nada, me levanté y dándole la espalda me fui caminando hacia el pueblo mientras la esposaban.

Cuando el coche de la policía se detuvo frente a la comisaría, esperé junto a la entrada para ver cómo reaccionaba. En la calle arreciaron los gritos de los que, no sé cómo, ya se habían enterado y esperaban su llegada, pero tampoco pareció sentirse afectada. Se fijó en mí en el momento en el que la hicieron salir del coche, e hizo un amago de saludarme levantando a un tiempo las dos manos unidas por las esposas. Ni por un segundo bajó la mirada ni pareció sentirse intimidada por los insultos. Durante todo el día, y desde que se extendió por el pueblo la noticia de que Lucía parecía ser la culpable, se había corrido el rumor de que la policía iba a desentenderse de ella fingiendo que no podía contener a la multitud para que los vecinos más exaltados pudieran lincharla. En todo momento creí que aquello eran solo habladurías y, desde luego, que nada sucedió durante su traslado. Aunque confesaré que me vino a la cabeza, con una sorprendente nitidez, su cara desfigurada tras haber recibido los primeros golpes y pensé, debo confesarlo, en la escena de una turba violenta y desatada ajustando las cuentas a golpes con una chica como un gran final para mi novela. Por primera vez me pregunté si no estaría cometiendo el error de verlo todo a través de un punto de vista literario.

Más tarde, Lucía confesaría a los investigadores que vivía traumatizada por la esterilidad, y que el hecho de no poder ser madre había arruinado su vida por completo desde que lo supo. También dijo, con aparente tranquilidad, que ella lo consideraba un conflicto latente, un terrible problema que en general tenía bien controlado y que parecía dormir mientras no tenía pareja, pero que su relación con Jacob reactivó, y que por eso quiso vengarse en niñas que alcanzaban la pubertad y que en nada, si lo deseaban, podrían ser madres. Algo que ella nunca conseguiría y por lo que se sentía martirizada. Según sus palabras, las niñas de El Chaltén se mataron a sí mismas. Era como si ya hubieran decidido morir cada vez que se paseaban ante ella mostrándole su juventud recién estrenada y su futuro repleto de promesas radiantes.

Sería interesante saber qué opinarían de estas palabras los expertos llamados a dictaminar acerca de la salud mental de Lucía. La idea de vengarse en cabeza ajena implica, ya de por sí, una decisión terrible que supone haber olvidado cualquier clase de moral.

En realidad, envidiaba a las niñas y verlas a diario llevaba a sus oídos un eco extraño de soledad. De deseos primero frustrados y más tarde abandonados por imposibles. De todo lo que quiso ir dejando por el camino, pero que, al final, lejos de desaparecer, volvió para arrollarla. Es fácil que después de tantos años de dolor y sufrimiento la idea de matar empezara a tomar cuerpo y a alojarse entre sus pensamientos.

Lo que había hecho no se debía a un impulso, sino a una idea cuidadosamente planificada sabiendo los efectos que tendría y queriendo causar daño. Ella había sido la ejecutora, pero a las niñas las habían matado el desconocimiento, la envidia y el resquemor hacia lo que viene de lejos. Aunque la estrechez de miras, la falta de humildad y la avidez por buscar problemas y sembrar cizaña también pusieron de su parte.

Carreño le preguntó por un detalle que a todos nos tenía intrigados.

—¿Por qué cambiaste de escenario esta vez y te fuiste tan lejos del pueblo? ¿Querías decirnos algo o transmitirnos un nuevo

mensaje?

—Solo lo hice por innovar, por ser original y no repetir siempre lo mismo… Y también —y esto último lo dijo con una sonrisa fría y mirándonos a todos a la cara, como si encontrara la respuesta divertida— por daros algún quebradero de cabeza más y que no lo tuvierais tan fácil.

—Todo fueron sueños que quedaron en nada —dijo después en su declaración volviendo a ponerse seria— o que yo no puse el empeño suficiente por conseguir…

Esta humildad era nueva. Lucía parecía haber recuperado la calma y se movía con la misma dignidad, la misma elegancia que siempre la acompañaba y que yo había notado en ella cada vez que la vi.

—Podría decir que hice solo lo que me dictó mi conciencia y puede que así sea, pero eso no es todo. No es fácil explicar el sufrimiento, la puñalada que se siente al ver que otros pueden hacer lo que tú no puedes. Cada vez que esas chiquillas venían conmigo, notaba una herida abriéndose y, desde el principio, supe que, tarde o temprano, tendría que tomar cartas en el asunto para cerrarla definitivamente.

No sé qué habría de cierto en lo que confesaba o si había empezado a representar la mejor versión de su propio personaje y lo estaba adornando con nuevos matices… Sospecho que su acercamiento a Carmen, Rosa, Virginia e Isabel para ganarse su confianza era algo que Lucía tenía ya planificado desde el principio, desde sus primeras decepciones con Jacob. Ella sabía lo que hacía y quería hacerlo y ni tan siquiera creo que se sintiera culpable, más bien las propias niñas le parecían responsables de lo que les sucedió y, aunque ya en la cárcel amenazó con hacerlo y tuvieron que vigilarla con atención, creo que la idea de colgarse nunca estuvo realmente cerca.

Lucía siempre fue una desdichada. Ahora, desde la distancia, se me representa a menudo como otra Medea, terriblemente sola frente a todos mientras mata a sus hijos, condenándose a sí misma

a la locura y a la perdición, rodeada de muerte para vengarse del mundo.

Ha pasado casi un año cuando leo que un escalador ha celebrado sus cuarenta años de vida trepando entre las agujas de unas catedrales luminosas y los esbeltos campanarios de nueve picos del perfil afilado del Fitz Roy.

Por lo que cuentan, al regresar dijo:

«Me encanta este lugar. Es salvaje, con un tiempo feroz y ofrece aventuras ilimitadas. Entre otras razones, decidí bautizar este recorrido como Moonwalk por su increíble escenario y la atmósfera especial. Estás tan lejos de cualquier parte que podrías perfectamente estar en la luna».

Yo añadiría que es casi imposible describir tanta belleza como la que él recorre escalando. Un territorio fronterizo entre la roca y los glaciares, eternamente custodiado por una sucesión de centinelas enérgicos esparcidos entre el hielo, astillas de granito que destacan sobre el blanco intenso… Y que nos compensan de todos los desengaños.

También, casi al mismo tiempo, ha fallecido Cesare Maestri, llevándose a la tumba lo que supiera del gran enigma de una escalada que él mismo afirmó haber acabado por aborrecer.

A pesar de la nostalgia que siento, veo que aquel trozo de tierra no ha renunciado a su hechizo. Espero que la hazaña de Sean Villanueva haga que el nombre de El Chaltén esté dando la vuelta al mundo y que esto no les traiga nuevas desgracias.

Los hijos y los nietos de este pueblo ya no recibirán como legado una porción de terror, sino un futuro abierto a la vida y lleno de promesas y este será en realidad el verdadero final feliz de esta dramática historia.

Noto que escribo su nombre o pienso en El Chaltén y se apodera de mí una extraña melancolía.

Cada vez que me acuerdo de aquellas niñas, y creo que no pasa un día sin que lo haga, al instante me viene a la cabeza el cementerio perdido en medio de la nada en el que están enterradas. Aquel mar seco de cruces oxidadas. Solo unos pocos metros separan

a unas de otras, y aún puedo ver a sus padres, reunidos alrededor de unas tumbas que les hielan la sangre, mientras renuevan puntualmente las flores en cada aniversario y las sujetan con alambres a las lápidas en las que están escritos sus nombres, evitando que el viento pueda arrastrarlas hacia el olvido.

AGRADECIMIENTOS

A Antonio Lozano por haber confiado en mi novela, y a todo el equipo de RBA Serie Negra por su profesionalidad, dedicación y por hacer que todo resulte tan fácil.

También, a la agencia Marcapáginas, que con su trabajo ha hecho posible que este libro viera la luz. Y a Inma Lumbier, Elena Sueskun y Albert Padrol por sus críticas, comentarios y puntualizaciones como primeros lectores, guiándome para que pueda avanzar hasta el fin de una novela.

A la psicóloga Carmen Azparren, que aparece como la doctora Elizabeth Smith-Table, por su aportación fundamental para la resolución del enigma.

A Sebastián Álvaro, seguramente la persona que más sabe de historia del alpinismo en este país, porque siempre me ayuda a que los montañeros de mis novelas cuenten la verdad.

Y por descontado, a los habitantes de El Chaltén —uno de los lugares más bellos del mundo— y a todos los que emplean su valioso tiempo en leer lo que escribo.